DIRTY WORKS

DAR LA CARA

Larry Brown

Traducción Javier Lucini

DAR LA CARA

LARRY BROWN

Traducción Javier Lucini

LARRY BROWN nació en 1951 en Yocona, Mississippi, cerca de Oxford, en pleno condado de Yoknapatawpha, territorio de los indios chickasaw, bajo la sombra cansina e insorteable de William Faulkner. Antes de entrar a formar parte del cuerpo de bomberos, sirvió un par de años en los marines y se ganó la vida como pintor, limpiador de alfombras, leñador y carpintero. En 1990 decidió dedicarse por entero a la literatura. Para entonces ya había escrito alrededor de cien relatos, cinco novelas y una obra de teatro que, en su mayor parte, acabaron en el cubo de la basura. Su obra, galardonada con numerosos premios, es un fiel reflejo del Sur profundo. Un crisol de vidas solitarias caracterizadas por el alcoholismo, la pobreza y la desesperación. Falleció a causa de un ataque al corazón en noviembre de 2004. Bebía, pescaba y odiaba las ciudades. Nunca consiguió un bestseller. No obstante, Harry Crews lo tuvo claro desde el principio (nosotros también): «Escriba lo que escriba, lo leeré».

Título original:
Facing the Music

Algonquin Books of Chapel Hill, 1988
Primera edición Dirty Works:
Septiembre 2018

© Larry Brown, 1972

© 2018 de la traducción: Javier Lucini
© de esta edición: Dirty Works S.L.
Asturias, 33 — 08012 Barcelona
www.dirtyworkseditorial.com

Traducción: Javier Lucini (con la asistencia de Tomás Cobos)
Diseño de cubierta: Nacho Reig
Ilustración: © Antonio Jesús Moreno «El Ciento»
Maquetación: Marga Suárez
Correcciones: Marta Velasco Merino

ISBN: 978-84-19288-12-7
Producción del ePub: booqlab

Para Mary Annie

Dar la cara

Para Richard Howorth

Miro de reojo porque sé lo que se me viene encima.

—¿Quieres que apague la luz, cariño? —dice ella. Muy bajito. Veo igual de bien con luz que sin ella. Están echando una vieja película, Ray Milland en *Días sin huella*. Hace de un tío que haría lo que fuera por una copa. Seguro que hasta vendería niños a cambio de una copa. Ese es el tipo de persona que interpreta Ray.

A veces me cuesta descansar por la noche, así que me pongo a ver pelis hasta que me vence el sueño. En esas cadenas de Memphis y Tupelo pasan películas toda la noche. Seguro que hay un montón de gente como yo, incapaz de dormir, tirada por ahí, pegada a la pantalla. Tengo mando a distancia, así que puedo encenderla y apagarla, y cambiar de canal a mi antojo. Ella anda enredando por el dormitorio, haciendo cosas, haciendo algo, no sé qué. Tiene que mantenerse ocupada. Nuestros hijos se fueron y no tenemos mascotas. Una vez tuvimos un perro, un perrito color café, muy mono, pero lo maté accidentalmente. Rodé sobre su cabeza al retroceder una mañana con la camioneta. Ella le daba de comer en la cocina nada más llegar a casa del hospital. Pero yo le dije: «Ninguno más». Duele demasiado perderlos.

—Me da igual —respondo al final, pero no es lo que pienso.

—Ese es Ray Milland —dice ella—. Sí que era joven en esa época. —Con nostalgia.

Sí que lo era. Yo también. Lo mismo que ella. Como todo el mundo. Pero esta película tendrá ya cerca de cuarenta años.

—¿Vas a acabar de verla? —me pregunta. Se sienta en la cama a mi lado. Yo estoy apoyado en el almohadón de ver la tele. Es de pana azul y fue mi regalo de Navidad del año pasado. Ella dijo que me pasaba mucho tiempo en la cama y que lo mejor sería que estuviese cómodo. También dijo que se podía usar para otras cosas. Yo quise saber: «¿Qué cosas?».

No sé por qué tengo que ser tan malo con ella, como si tuviese la culpa. Me pregunta si quiero un poco más de hielo. Estoy con whisky. Ella sabe que me hace bien. No soy tan cabrón como para ignorar que me quiere.

En realidad, es peor que eso. No pretendo ofender a Dios, pero a veces pienso que me venera.

—Estoy bien —le digo.

La botella de Ray cuelga de un cordel por la ventana (para que no la encuentren los ladrones de botellas de los que está intentando huir)

y, en breve, va a tener que dar la cara y enfrentarse a la realidad. Ray nunca es capaz de encontrar un buen lugar para ocultar sus botellas. Se emborracha tanto que luego, cuando está sobrio, no se acuerda de dónde las ha escondido. Más adelante, va a intentar escribir una novela, tecleará el título y su nombre con dos dedos. Pero lo va a pasar mal. El alcohol le enloquece y ni siquiera sabe escribir a máquina.

Puede que ella empiece a frotarse conmigo. Con eso tengo que estar alerta. Es lo que hace siempre. Se mete conmigo en la cama cuando estoy viendo una película y empieza a frotarse conmigo. No lo soporto. Sobre todo lo que no soporto es que esté la luz encendida cuando lo hace. Si lo hace con la luz encendida acaba siempre llorando en el cuarto de baño. Esa es la clase de marido que soy.

Pero de momento todo va bien. Todavía no ha empezado a frotarse conmigo. Me sirvo otra copa. Tengo una botella llena junto a la cama. La otra noche celebramos la Navidad en el parque de bomberos y nos regalaron una botella a cada uno. Mi mujer no fue. Dijo que todos la mirarían. Yo le dije que no lo harían, pero no quise discutir. De todas maneras me tocaba estar de servicio y no iba a poder beber ni gota. Solo podría zamparme mi filete y mirar a los demás, hincharme a café.

—Pídeme lo que quieras —dice ella. Me está provocando, pero va en serio. Tengo que sonreír. Una de esas sonrisas falsas. Me entran ganas de coger la escopeta y volarnos los sesos a los dos, porque se ha arreglado el pelo y está estrenando un camisón.

—Podría apagar la lámpara —dice ella.

Tengo que tener mucho cuidado. Si digo algo equivocado se lo tomará a mal. Si digo algo equivocado acabará llorando en el baño. No sé qué decir. Ray acaba de conocer a esa preciosidad (¿Jane Wyman?) y sé que más adelante le va a robar el bolso a una señora; no quiero perdérmelo. Yo podría acabar haciendo las mismas cosas que hace Ray Milland en esta película, y cosas mucho peores. Ay, Dios. Ya lo creo. Pero la tengo pegada a mi cara, a la espera de una respuesta. Ahora. Me está sonriendo. Se lame los labios. No quiero ceder. Ceder conduce a otras cosas, a otras cesiones.

Tengo que decir algo. Pero no digo nada.

Ella se levanta y regresa a su tocador. Coge su cepillo. Oigo los tirones. Es como si se estuviese arrancando el pelo de raíz. No me queda otra que quedarme aquí y escucharlo. Entiendo por qué hay gente que salta de los puentes.

—¿Quieres una copa? —le digo—. Puedo prepararte un bourbon con Coca-Cola.

—Ya tengo —dice ella, y levanta su lata para que la vea. Coca-Cola light. Al menos seis al día. La nevera está atestada de sus latas. Me

cuesta acceder a mis cervezas. Creo que solo tienen una caloría o algo así. Piensa que está gorda y que por eso no le hago caso, pero no es cierto.

Ha sufrido. Me consta. Puedes pasarte la vida en casa y pensar que estás a salvo. Mentira. Algo de fuera o de dentro puede surgir en cualquier momento y alcanzarte. Puede que te pongas enfermo y tengas que ir al hospital. Cualquier loco puede entrar una noche en el parque de bomberos y matarnos a todos mientras dormimos. No hay una sola mañana en que no salga una noticia parecida en el periódico. Yo trato de no darle muchas vueltas. Me limito a hacer mi trabajo, vuelvo a casa e intento pasar el rato con ella. Pero a veces es superior a mis fuerzas.

La semana pasada estaba en un bar de la ciudad. Fui con algunos de los muchachos a los que estamos domando, novatos. Chavales jóvenes, de diecinueve o veinte años. Habían pasado el período de prueba y querían celebrarlo, así que nos sumamos unos cuantos veteranos. Nos bebimos unas cuantas jarras de cerveza y escuchamos a la banda. Era una banda bastante buena. Tocaron varias de Willie y de Waylon. Pienso en todo esto mientras ella se levanta y recorre la habitación asomándose a las ventanas. No para quieta.

Yo no soy de los que salen a ver si cae algo, para nada, pero más tarde, en fin, apareció esa mujer. No era joven. Más joven que yo, eso sí. De unos cuarenta. Estaba sentada sola. Yo no tenía prisa por volver a casa. Todos los muchachos se habían ido, Bradshaw también. Yo era el único que quedaba del grupo. Así que me dije: ¡Qué demonios! Me acerqué a la barra, pagué dos copas y me dirigí con los vasos a su mesa. Me senté y le sonreí. Y ella me devolvió la sonrisa. Una hora más tarde estábamos en su casa.

No sé por qué lo hice. Nunca había hecho una cosa así. Ella tenía pasta. Se veía por la casa y lo que había dentro. Yo estaba un poco borracho, aunque ya sé que no es excusa. Me hizo entrar en su dormitorio y puso un disco, una orquesta tocando temas agradables y lentos, creo recordar. Me pasé todo el rato tumbado en la cama, sabiendo que mi mujer me esperaba en casa. Esa mujer, de pie en medio de la habitación, comenzó a girarse. Con los brazos alzados por encima de la cabeza. El pelo blanco recogido en lo alto. Cuando se quitó la chaqueta pude ver que lo que tenía debajo estaba muy bien. Se quitó la camisa y sus pechos me parecieron salidos de una película, amplios y abundantes, como los que solo se ven en las playas. Antes de que me diese tiempo a reaccionar estaba en la cama conmigo, metiéndome un pecho en la boca.

—¿Seguro que no quieres una copa? —le digo a mi mujer.

—Te quiero a ti —me responde ella, y yo no sé qué decir a eso. No me mira a mí. Ha desviado la mirada hacia la ventana. Ahora Ray está

saliendo de los servicios con el bolso de la señora bajo el brazo. Pero yo sé que van a estar esperándole todos en la puerta, el club entero. Sé cómo se va a sentir. Todo el mundo taladrándole con la vista.

Cuando aquella mujer se me puso encima, lo único que pude pensar fue: «Dios».

—¿Qué vamos a hacer? —me dice.

—Nada —digo yo.

Pero no sé ni lo que digo. Aún tengo esos grandes y suaves pezones en la boca y no puedo pensar en otra cosa. Estoy intentando recordar exactamente cómo fue.

Pensé que, de alguna manera, ella percibiría algo diferente en mí, que notaría un cambio. Pensé que sabría lo que había hecho con solo mirarme. Pero no. Ni se dio cuenta.

La miro y veo que sus hombros tiemblan bajo el pequeño camisón verde. Siempre la hago llorar, y no es mi intención. Esta es la clase de hijoputa que soy: mi mujer llora porque me desea, y yo estoy aquí tumbado mirando a Ray Milland, bebiendo whisky y pensando en los pezones de otra mujer en mi boca. La tenía encima y sus pechos colgaban sobre mi cara. Fue maravilloso, pero ahora me parece tan horrible que se me hace casi insoportable pensar en ello.

—Entiendo cómo te sientes —dice ella—. ¿Pero cómo te crees que me siento yo?

No está hablando conmigo; está hablando con la ventana y Ray se tambalea por la calle bajo el sol ardiente en busca de una casa de empeños en la que poder dejar la máquina de escribir con la que tenía intención de escribir su novela.

Irrumpe un anuncio, un hombre vendiendo comida para perros. No puedo quedarme aquí sentado sin decir nada. Algo tendré que decir. Pero, por Dios, duele.

—Lo sé —digo. Que es casi lo mismo que no decir nada. No tiene ningún sentido.

Llevamos casados veintitrés años.

—No, no lo sabes —dice ella—. No tienes ni idea de lo que pasa por mi cabeza.

Sé lo que va a decir. Y sé muy bien lo que pasa por su cabeza. Me ve abalanzándome sobre ella, sus piernas ancladas alrededor de mis hombros. Pero no se va a quitar el camisón. Se lo subirá y punto. Ya nunca se quita el camisón, porque no quiere que yo vea. Y sé también lo que pasará entonces. No puedo hacer nada al respecto. En cualquier momento va a empezar a frotarse conmigo y, como yo no esté por la labor, parará y acabará llorando en el cuarto de baño.

—¿Por qué no te sirves una copa? —le digo. Ojalá se sirviera una copa. Ojalá se quedara dormida. Ojalá se pusiera a ver la peli

conmigo. ¿Por qué no puede simplemente ver la peli conmigo?

—Me tendría que haber muerto —dice ella—. Así podrías haberte buscado a otra.

Supongo que se refiere a alguien como la simpática mujer de la casa y los pezones bonitos.

No sé. No termino de encontrar una posición cómoda para el cuello.

—No deberías decir eso.

—Bueno, es la verdad. Ya no soy una mujer entera. Solo soy una carga para ti.

—Eso no es verdad.

—Desde la operación no me deseas.

Siempre me sale con lo mismo. Quiere que lo admita. Y yo no quiero seguir mintiendo, no quiero seguir evitando herir sus sentimientos, quiero que sepa que yo también tengo sentimientos y que me duele casi tanto como a ella. Pero no es eso lo que digo. Eso no se puede decir.

—Claro que te deseo —digo. Tengo que decírselo. Ella me obliga.

—Entonces demuéstralo —me dice. Se acerca a la cama y se inclina hacia mí. Se ha pintado las cejas con algo negro y casi no me puedo creer la cantidad de maquillaje que se ha puesto en la cara.

—Te has pasado un poco con el maquillaje —susurro.

Se va. Está en el cuarto de baño, restregándose. Oigo el grifo abierto. Ray está borracho como una cuba. Todo el mundo le oculta el whisky y se muere por otra copa. Está fatal, deambula en círculos y se le altera la visión. Va camino del manicomio.

No te sientas como un llanero solitario, Ray.

El agua deja de correr. Apaga la luz del baño y sale. Yo no despego la vista de la pantalla. Están poniendo un anuncio de una ferretería. Martillos y sierras circulares Skilsaw en una pared. Siempre sale ese bellezón de pechos enormes vendiendo las herramientas. La gran oferta especial de esta semana es una manguera de jardín. Dice que puedes adquirir una de treinta metros por menos de cuatro dólares.

El televisor no es más que una débil mancha grisácea entre mis calcetines. Ella se mete en la cama, apoya una rodilla y se sube el borde del camisón. No puede esperar. Yo vuelvo a pensar en lo mismo, en los pechos de aquella mujer, con la camisa puesta, antes de quitársela, en cuando descubrí que lo que tenía debajo estaba muy bien, en lo maravilloso que fue estar borracho en aquel momento, sabiendo lo que se disponía a hacer.

Ha llegado el momento. Ya me está tocando. Sus manos se mueven, se deslizan por mi cuerpo. Por todas partes. Ray está escribiendo a máquina con dos dedos en algún lugar, solo el título y su

nombre. Oigo cómo aporrea las teclas. Ese buen hombre está intentando hacer lo que sabe que tiene que hacer. Tiene responsabilidades con gente que le quiere y que le necesita; no puede defraudarles. Pero se muere de miedo. No sabe ni por dónde empezar.

—¿Vas a seguir viendo eso? —dice ella, pero lo dice con voz soñadora, besándome, como si no le importase mi respuesta.

No digo nada al apagar la tele. No puedo hablar. Pienso en nuestra luna de miel, en aquella pequeña habitación de Hattiesburg, cuando ella se llevó los brazos a la espalda y echó los hombros hacia delante, en cómo se aflojaron y cayeron las copas del sujetador cuando se deslizaron los tirantes por sus brazos. Creo que el primer amor es el mejor, que uno ya nunca encuentra nada mejor. Lo hizo como si me estuviese diciendo: «Aquí estoy, soy toda tuya, enterita, para siempre». Nada ha cambiado. Ella apaga la luz y ambos tendemos los brazos para encontrarnos en la oscuridad, como dos ciegos.

Kubuku a las riendas

(El resultado es este)

Angel oye la puerta de atrás. La puerta es Alan, de vuelta del trabajo. Ella se dispone a ocultar el vaso pero, luego, al diablo, no oculta el vaso, Alan tiene el olfato de un sabueso y lo va a oler de todas formas, así que se queda sentada en el sofá. Va a actuar como si nada, como si todo fuese sobre ruedas. El pequeño juega en el jardín, sin enterarse de nada. Se piensa que mamá está aquí dentro viendo a Andy Griffith. Haciendo la cena. En cualquier caso, ahora ella se encuentra mucho mejor. Solo vino y cerveza, nada de whisky, nada de vodka. Nada de ginebra. Está progresando, va a conseguirlo. Hay que ser paciente con ella. Lo está intentando. Tampoco es que él sea un dechado de virtudes.

Se dispone a levantarse, pero al momento no, es mejor si se queda sentada, como si no pasara nada. Aunque está nerviosa. Sabe que la mira, tratando de pillarla en un renuncio. La observa como un halcón, como si tuviera ojos en la nuca. Casi nada se le escapa. Entra en la habitación y la ve. Ella sonríe, hace el esfuerzo, pero está mal, sabe que está mal, es culpable. Él lo ve. Lleva todo el día cargando maderos o lo que sea, está cansado y listo para la cena. Pero aún no hay cena. Ella sabe todo eso y no dice ni mu. Teme hablar porque le pesa la culpa. Pero se enfada por sentirse culpable, porque parte de esa culpa es culpa de él. No toda la culpa. Pero parte. Puede que la mitad. Puede que menos. Llevan así un tiempo. No es nada nuevo.

—Hola, cariño —dice ella.

—Hoy he descargado dos toneladas de tablones —dice él.

—Pobrecito mío —dice ella—. Ven y tómate algo con mami.

Decir eso no ha sido lo más acertado.

—¿Qué? —dice él—. ¿Has vuelto a beber? Mira que te lo dije y no me he cansado de repetírtelo.

—Es solo vino —dice ella.

—Bueno, ¿y cuántos vasos llevas ya, mujer?

—Este es el primero —dice ella, pero está mintiendo. Ya lleva cinco y ni siquiera ha sacado nada del congelador. Acabarán comiendo pastel de pavo o algo así. Algo así que nadie querrá. Ella es incapaz de ponerse a cocinar hasta que no averigüe qué va a hacer. No sabe qué va a hacer. Se levanta decidida a no beber. Se pasa todo el día preocupada, pensando en la bebida y luego, por la tarde, tanto ha sido su empeño en no beber que acaba bebiendo. Se encuentra en uno de esos círculos viciosos. Hasta ha pensado en acabar con su vida, pero le aterra la idea de dejar a su marido y a su hijito solos en el mundo. Eso

arruinaría la vida de su hijo. Aparte, no quiere morir. No ha cumplido aún ni los treinta. Sigue siendo atractiva. Y ama a su marido como Dios ama a Jesús. No hay respuesta, eso es.

—¿Dónde tienes la botella? —dice él.

Ahora ella va a actuar como si no supiera de qué le habla.

—¿Qué botella? —le pregunta.

—Joder, mujer. La botella que te estás bebiendo. ¿Qué botella va a ser?

Ella ahora se asusta, le aterra su ira. No suele estallar. Pero ahora va a estallar en cualquier momento porque la ha pillado bebiendo. Él puede dejar pasar lo que sea, menos eso.

—En la nevera —dice ella.

Se lanza a la cocina. Le oye abrir la puerta. Va a reventar la botella en mil pedazos. Ella se levanta y va tras él, tambaleante. Se agarra a las puertas y a las cosas intentando llegar hasta allí. Él le quitó el dinero, no se fía de ella. No le deja firmar cheques. Alza la botella para que ella pueda verla bien. Está prácticamente vacía.

Él dice:

—El primer vaso, mis cojones.

—Oh, Alan —dice ella—. Esa botella es vieja.

—¿Vieja? ¿Dices que es una botella vieja?

—La encontré —dice ella.

—¡Mientes! —dice él.

Ella sacude la cabeza para decir no no no no no. Quiere beberse lo que queda en esa botella porque las demás están ocultas.

—¿Cómo te has atrevido a salir a comprar más? —dice él. Se le han abultado las venas del cuello. Está cabreado, jamás le había visto tan cabreado.

—Oh, Alan, por favor —dice ella. Odia verse suplicando de este modo. Aunque está dispuesta a arrodillarse si es necesario.

—La encontré —dice ella.

—Has ido a la tienda. Venga, reconócelo —dice él—. Has ido a la tienda, ¿verdad?

Angel empieza a decir algo, empieza a gritar algo, pero ve que Randy llega del jardín delantero. Se detiene junto a su padre. Mamá a punto de tirarse al suelo por esa botella. Papá gritando no sé qué. No ha sido un buen momento para entrar. Tiene ocho años pero sabe lo que pasa. Retrocede de puntillas.

—No lo tires —dice ella—. Déjame terminarlo y paro. Me pongo a hacer la cena —dice ella.

—Miénteme —dice él—. Miénteme, quítame el dinero y sigue prometiendo. ¿Cuántas veces me lo has prometido?

Ella se acerca a él. Él se lleva la botella a la espalda y dice:

—No, ya está bien, cariño. —Parece que gime.

—Alan, por favor —dice ella. Le rodea la cintura con el brazo y trata de alcanzar la botella. Él es más fuerte que ella. ¡No es justo! Dan tumbos por toda la cocina. Ella intenta arrebatarle la botella, él se dirige al fregadero, ella intenta impedírselo. No es la primera vez que se ven en estas. Hace tiempo que dejó de ser divertido.

Él dice:

—Ya te dije lo que iba a hacer.

Ella dice:

—Déjame terminármela, Alan. No me obligues a suplicártelo.

Eso es lo que ella dice. No puede detenerle, él es muy fuerte. Hace pesas tres días a la semana. Sale a correr. Tiene músculos de cemento. Boxea, aunque nunca la ha pegado. Ella a él sí, muchas veces, con sus pequeños puños de borracha, aunque no le hace daño. Él se vuelve y empieza a desenroscar el tapón. Ella intenta arrebatársela. Agarra la botella con las dos manos. Él intenta impedírselo. Ella jadea. Él aparta la botella y la inclina sobre el fregadero para vaciarla. Al final van a romperla. Alguien se va a cortar. Puede que él, puede que ella. Da igual. Tiran, forcejean de un lado a otro, arriba y abajo. Los dos han perdido los papeles.

—¡Suéltala! —dice ella. Sabe que Randy lo está oyendo. Ya huyó una vez. Eso no la detiene. Debería detenerla, pero no.

Él tira bruscamente de la botella, golpea con ella el extremo del fregadero y se rompe. La mano le sangra a borbotones. Se mezcla con el vino. Sangre y vino por todo el fregadero. No pinta bien. Pinta fatal. Pinta como si uno de los dos tuviera que matarse para dar todo por concluido. No pueden seguir así. La cosa ha ido demasiado lejos.

—Me cago en la puta —dice él.

Se ha rebanado la mano de mala manera. Es grave, ella no es consciente de lo grave que es. Angel no quiere mirar. Corre de vuelta al salón para acabarse lo que le queda en el vaso. Si no se lo bebe, él acabará quitándoselo. Lo agarra. Se lo bebe de un trago. Cinco centímetros de vino. Y ya está. Lanza el vaso contra el espejo y todo se rompe. Alan grita algo en la cocina y ella vuelve a toda prisa y mira. Tiene la mano envuelta en una toalla ensangrentada. Hoy ha descargado dos toneladas de maderos y la factura del hospital va a superar lo que ha ganado. En menos de un cuarto de hora les habrán despachado. Los atracos del servicio de urgencias duran más que un asalto normal, pero a esos cabrones no les hace falta apuntarte con una pistola.

Él grita:

—¡Se acabó! —Llora y no llora—. ¡No lo aguanto más! ¡Estoy

harto!

Ella también está harta. Él no la va a dejar en paz. La ama. Se ha hecho ese tajo en la mano a causa de su amor. Está llorando y el pequeño está aterrado. Va a volver a huir, alguien va a raptarle y nunca volverán a saber de él. Eso debería bastar, pero no basta. Nunca basta.

Ella ahora se ha puesto a recordar. Tuvo un accidente de coche hace unas semanas. Había salido con unas amigas, Betty, Glynnis y Sue. Había comprado ropa para Randy, toallas para su madre y unas botas camperas para Alan. Unas botas preciosas. De piel de rinoceronte y punta cuadrada. En esa época trabaja, ella en esa época sigue teniendo un curro. Es sábado. Alan ha ido al partido de béisbol de Randy. Ella tiene idea de pasarse luego, pero no va a llegar. En lugar de eso, se emborracha.

Van a tomarse solo una copita, ella, Betty, Sue y las demás. Una copita de nada no hace daño a nadie. Betty habla de su divorcio y de los nuevos hombres que está catando. Aunque no entra en detalles. Las amigas beben un vino blanco ligero, pero Angel se está tomando un Bacardi 151 doble con Coca-Cola. No se anda con tonterías. Esto es hace unas semanas, no va a perder el tiempo con vino. Y se bebe la copa muy rápido, pide otra y se la traen antes de que las demás se hayan acabado sus primeros vinos. Se piensa que lo mismo no se han percatado de que ya lleva dos, están demasiado enfrascadas en la historia de Betty sobre esos pringados con los que se lía. Pero la historia apenas tiene interés y se dan cuenta enseguida. Aunque ella va a ir al partido. No se va a perder el partido ni loca. Se lo ha prometido a todo el mundo. Es el momento de actuar con rectitud. Tiene que dejar de romper promesas. Tiene que dejarse ya de mentiras y confabulaciones.

Al rato las otras empiezan a hablar de levantar el campamento. Les pide que se queden, les dice: «Por favor, quedaos y tomaos otra». Pero no, se tienen que ir. Glynnis sostiene que por la noche tiene una cita ardiente. Lo dice como si tuviera una cada noche. Betty ha empezado a salir con otro hombre y tiene que rizarse el pelo y esas cosas. Sue, en cambio, es leal. Angel fue al instituto con ella. Fueron juntas al colegio en la época de llevar pantalones cortos. Son como amigas de toda la vida. Aunque Sue sabe lo que está pasando. Lo que ocurre es que le incomoda hablarlo. Le incomoda sacarlo a la luz. Aunque algo va a tener que decir. Espera hasta que las demás se van y solo entonces habla.

Dice:

—Chica, creí que ibas a ir al partido. —Consulta su reloj.

—Sí, cariño —dice Angel—. Claro que voy a ir. No me lo perdería

por nada del mundo. Pero primero voy a tomarme otro ron con Coca-Cola.

Sue sabe que miente. Miente a todo el mundo sobre cualquier cosa. Es un problema que no puede evitar. Ha tenido problemas en el trabajo. Ha llamado para decir que llega tarde, que está enferma, ha llamado con resaca y ha mentido como una perra a propósito de su estado de salud.

Ahora Angel se siente dolida. Sabe que Sue sabe la verdad pero es demasiado buena para echárselo en cara. Sabe que Sue es una buena persona con la que siempre se puede contar, pero también sabe que Sue no va a consentir que ella se suicide delante de sus narices. Sabe que Sue va a decir algo, pero Sue no dice nada hasta que se acaba su segundo vino. Y solo después de que Angel le proponga pedirse un tercero. Alguien tiene que detenerla. Si sigue así le pedirá que se quede y se tome un octavo y un noveno. Le pedirá que se quede hasta que el bar cierre.

Así que Sue dice:

—Te vas a perder el partido, amiga.

Ella dice que ya llega tarde. Con un gesto pide otra copa. Sue extiende el brazo, posa la mano en el vaso de Angel y dice:

—No lo hagas.

—Ya llego tarde —dice ella—. Lo mismo da una más.

Ella sabe que ya se le nota al hablar. Resulta embarazoso, pero la camarera le trae la copa. Y Sue la detiene, pone la mano sobre el vaso y le dice:

—Mujer, no le des esa mierda.

La chica retrocede y dice:

—¿Señora? —en un tono de lo más agradable.

—No le des eso —dice Sue.

La chica dice:

—Sí señora, pero lo ha pedido, señora.

La chica mira a Angel.

—Gracias, cariño —dice Angel.

Agarra el vaso y le da algo de dinero. Añade un dólar de propina y la chica se retira. Angel se aferra a la copa y se derrama un poco encima. Se da cuenta, pero no puede evitarlo. No sabe qué ha podido fallar. Estaba de compras y tenía intención de ir al partido, y de pronto ha vuelto a ocurrir. No va a ir a ningún partido. Que le den al partido. Puede que esté de vuelta a las dos o a las tres de la madrugada.

Sue ya está harta.

—¿Cuándo vas a admitirlo? —dice.

—¿Admitir qué?

—Ya lo sabes, amiga. Que vienes a emborracharte aquí todas las noches. Hasta las tantas.

Ella dice:

—No sé de qué me hablas —como si se sintiese ofendida.

Ella bebe a diario. Incluso los domingos. Sobre todo los domingos. Los domingos son lo peor porque no hay nada abierto. Como no se pase por la tienda el sábado por la noche, el domingo por la tarde va a estar subiéndose por las paredes. Ha llegado a emborracharse viendo la misa que retransmiten por la tele el domingo por la mañana, hasta deprimirse y acabar inconsciente antes de la hora de comer. Entonces Alan y Randy tienen que volver a comer pastel de pavo.

—Alan y Randy no me comprenden —dice ella.

—Te quieren —dice Sue.

—Y yo a ellos —dice ella.

—Escúchame —le dice Sue—, si sigues haciendo el tonto vas a acabar perdiéndolos.

—Eso no va a pasar nunca —dice ella, pero sabe que Sue tiene razón. Sigue empinando el codo, no afloja para nada. Basta con negar la verdad porque la verdad es demasiado dolorosa para hacerle frente.

Sue se levanta, con lágrimas en los ojos, se las seca con un Kleenex. Nadie puede hacer entrar en razón a esta imbécil.

—Sí va a pasar —dice ella, y se va.

No piensa quedarse a ver como se autodestruye. Esta mujer es una bomba de relojería. Tiene que alejarse de aquí antes de que estalle, así que sale precipitadamente por la puerta. Se larga a su casa. Todo el mundo está mirando.

Angel se ha quedado sola. Sigue con el ron, ahora solo, pide dos y se los bebe. Pero ya está completamente ebria cuando se bebe la última copa, lleva una hora y media plantada en el reservado. Lo que sugiere a algunos hombres la idea de tirarle los tejos, ya han valorado sus piernas delgadas y todo el percal. Un pobre diablo se acerca a la mesa, da por supuesto que está sola y con ganas de compañía masculina, se piensa que puede aproximarse como si fuese Robert Goulet o alguien así y sentarse con ella sin ser invitado. Ha visto su alianza, pero piensa: «Tío, es una calentorra, de lo contrario no estaría sentada aquí sola». Y el muy imbécil se dispone a sentarse en su reservado, la va a invitar a una copa y le va a soltar unas cuantas gilipolleces, aunque en realidad lo único que tiene en mente es llevársela al motel más cercano y quitarle las bragas. Pero ella lo ve venir de lejos, no quiere saber nada de ese payaso. Le suelta de sopetón que se largue. Por supuesto, el tipo se hace el ofendido y se va. Perfecto. ¿Qué es eso de sentarse así, por las buenas? Menudo cretino.

Acaba de decidir que no quiere tomarse otra copa en este sitio. La vieja depresión empieza a asentarse. La gente entra a comer marisco en familia, niños pequeños y abuelas, en ese plan, así que ha llegado el momento de marcharse. Los camareros la miran. Ella sabe que quieren que se largue porque da mala imagen al local. Además está ocupando uno de los reservados que podría ocupar una de esas familias que esperan para atacar un buen filete de bagre. Lo sabe de sobra. Sabe que lo mejor es irse antes de que se lo pidan. Ya ha pasado bastante vergüenza, no necesita más.

Sigue sin comer. No quiere comer. Ni siquiera en casa come ya mucho. Ha perdido peso, tiene los pechos caídos, antes eran bonitos y firmes, las piernas se le han quedado en nada. Sabe que Alan lo nota cuando la ve desnudarse. Ya ni siquiera pesa lo que pesaba en la noche de bodas, cuando se entregó a él. Sabe que está muy preocupado. La mete en la cama y la abraza con tanta fuerza que le hace daño, pero ella nunca le dice: «Suéltame».

Trata de andar en línea recta al salir en busca de su coche, pero no puede evitar parecer una borracha. Tropieza con los capós y otros obstáculos. Ya se le ha hecho tarde. El partido ha terminado. Son más de las seis y Randy y Alan ya estarán de vuelta en casa. Ni de coña va a volver ahora. No para enfrentarse a sus rostros llorosos. Además, si vuelve ahora a casa, Alan no le va a dejar beber ni una gota más. Así que decide comprarse una botella y darse una vuelta por ahí. Conducirá un rato hasta que se le pase la borrachera y solo entonces volverá a casa. En cualquier caso necesita hacerlo porque así le dará tiempo a inventarse algo como que el coche no arrancaba y de ahí su retraso.

Lo único es que ha ido tantas veces a la tienda que ya le da vergüenza. Siempre se topa con la misma gente y sabe lo que piensan: Joder, esta mujer ha venido ya cuatro veces esta semana. Es una esponja. No le gusta mirar a esa gente a los ojos. Así que prefiere buscar otra tienda en la otra punta del pueblo. Como no quiere emborracharse demasiado se contenta con un pack de seis cervezas y una botella de licor. Va a estar dando vueltas, va a pasear por ahí hasta que se le pase la borrachera. Esa es su idea.

Conduce sin problemas. De vez en cuando echa un trago de cerveza y cada pocos minutos le mete un buen tiento al licor de melocotón porque está riquísimo y solo tiene cuarenta y ocho grados. Imposible emborracharse con eso, no con una botella tan pequeña, veinticinco centilitros, demasiado suave. Como mucho se propone estar dando vueltas una hora. Luego tirará para casa.

No se atreve a beber cuando tiene un coche detrás. Piensa que la policía la va a ver y se le va a echar encima con sus luces azules. Luego le tocará llamar a Alan desde el calabozo para que vaya a

pagarle la fianza. Algo que ya ha tenido que hacer en dos ocasiones. No quiere quedarse en el pueblo. Va a salir por la carretera del lago. Por ahí no hay tanto tráfico. Así que ni se lo piensa y enfila por la carretera asfaltada. Va a ir hasta el embarcadero. Allí no hay nadie, hace demasiado frío para pescar. Avanza durante cinco o seis kilómetros de curvas por el bosque. Se acaba una de las cervezas y arroja la botella por la ventanilla. Coge otra y le da otro buen tiento al licor. Entra tan fácil que es difícil parar. Normalmente, cuando abre una de esas botellitas, lanza la tapa lo más lejos que puede.

Angel zigzaguea un poco, pero no está borracha. Solo un poco cansada. Ahora mismo desearía estar en casa, en su cama. Sabe que van a tener una discusión fuerte cuando llegue. Lo teme. Alan va a tener que prepararle la cena a Randy y su madre no le enseñó a cocinar. Lo único que sabe hacer es calentar cenas precocinadas, y Randy se mosquea cada vez que tiene que comerse esa bazofia. Ahora se arrepiente de no haber vuelto a casa directamente. Entonces la cosa no habría sido tan grave. Ahora va a ser peor, muchísimo peor que si hubiese vuelto a casa después de los Bacardi 151 dobles. Pero así son las cosas. Una vez que empieza, no puede parar. Se toma esa primera copa y ya no hay quien la pare hasta que se desploma o se agota el suministro. No sabe qué es. Ni ella misma lo entiende. La cosa no empezó así. Al principio, nada que ver. Una cervecita de vez en cuando, un vinito en Año Nuevo. Pero se le fue de las manos. Nunca pretendió llegar a este punto. Pero no pudo evitarlo. A Alan le gustaba beber cerveza los fines de semana, pero ahora no las quiere ni oler. Ahora ni siquiera soporta estar cerca de gente que bebe. Ahora si alguien le ofrece una copa no tarda ni un segundo en soltar alguna impertinencia. Ha perdido unos cuantos amigos por eso.

Angel llega al embarcadero, no hay ni un alma. Hace viento, aguas oscuras, se caga de miedo solo de verlas. ¿Cómo será estar en medio de esas olas, hundiéndote en esas olas negras sin que nadie oiga tus gritos? Se te empapará el abrigo y te arrastrará hacia el fondo. Sufrirás un poco y ya está. Apenas unos segundos de sufrimiento. Y morirás, ni te enterarás. Se acabaron los sufrimientos. La salida fácil. Al final todos ellos lo superarán. Podría hacer que pareciese un accidente. Lanzarse con el coche al agua, todos pensarán que fue un fallo. Una tragedia, ¿qué le vamos a hacer?, una desgracia. No quiere hacer daño a nadie. ¿Qué hay de malo en su vida que le hace hacer las cosas que hace? Matar a su pequeño y a su hombre poco a poco. Y a sí misma. Pero es superior a ella. Cuando bebe se pone a pensar en cosas en las que jamás pensaría estando sobria. Pero ahora bebe todo el rato, así que piensa en esas cosas constantemente.

Bebe más cerveza y sigue dándole al licor, luego pierde el conocimiento o se queda dormida, no sabría decir si lo uno o lo otro.

Lo mismo da. Si duerme no tiene que seguir pensando. El sufrimiento cesa al dormir. Dormir es bueno, pero no se puede dormir eternamente. Alguien la despierta golpeando el cristal. Ahí fuera hay un chaval. Un chaval de instituto. Hay una furgoneta aparcada al lado, con más chavales dentro. Al principio se asusta, piensa lo peor. Pero parecen majos. No tienen pinta de malvados ni nada por el estilo. Solo preocupados. Se incorpora y baja un poco la ventanilla, apenas una rendija.

—¿Señora? —dice el chaval—. ¿Se encuentra usted bien, señora?

—Sí —dice ella—. Muy bien, gracias.

—La vimos aquí parada —dice él—. Pensamos que lo mismo se le había averiado el coche.

—No —dice Angel.

Dice:

—Solo me quedé adormilada.

Dice:

—Ya me voy.

Y vuelve a subir la ventanilla. Enciende los faros, el coche sigue en marcha, ni siquiera había apagado el motor. Dormida en mitad de ninguna parte, sin bloquear las puertas. Alguien podría haberse acercado para degollarla y ni se habría enterado. Está loca. Tiene que volver a casa. No sabe cuánto tiempo lleva dormida.

Tiene miedo de que la sigan. Y eso hacen. No soporta tener a nadie detrás. Le pone nerviosa. Decide acelerar y perderles de vista. Sube a ciento cinco. Comienza a alejarse. Se le ha pasado un poco la borrachera mientras dormía. No pasa nada por beberse otra cerveza de la bolsa. La bolsa de las cervezas está en el suelo. Tiene que inclinarse y apartar un momento la mirada de la carretera para coger esa cerveza, ningún problema.

Su cara golpea el parabrisas, el asiento la proyecta hacia arriba. Muy rápido. Los faros iluminan un árbol. No sabe ni lo que ha sucedido. El parabrisas se revienta en mil pedazos. Sale humo del capó. Se limpia la cara. Las luces del interior están encendidas, tiene las manos llenas de sangre. Le sangra la cara. Se mira en el espejo retrovisor, no se reconoce a sí misma. Parece algo sacado de una película de monstruos. Rompe a gritar. La cara desfigurada de cortes. Vuelve a perder el conocimiento. Se despierta tendida sobre la tierra. Hay gente ayudándola a ponerse en pie. Ella grita: «¡Estoy desfigurada, estoy desfigurada!». Luces que la deslumbran, piernas moviéndose frente a ella. Niños hablando. Uno de ellos dice que se ha salido de la carretera y se ha estampado contra ese árbol. Ella no se lo cree. La carretera se movió o algo parecido. Conduce demasiado bien para que le suceda una cosa así.

Esta vez la reparación del coche les va a salir por tres mil dólares. Y ya no funciona bien. Alan dice que el chasis se ha deformado. Alan dice que ya nunca va a volver a funcionar bien. Y ni siquiera han acabado de pagar las letras. Ella no sabe ni lo que es el chasis. Solo sabe que el coche dio un respingo en la carretera.

Pasa un tiempo en el hospital. No recuerda muy bien cuántos días, tres o cuatro. Han tenido que suturarle la cara. Por mucho que se maquille durante el resto de su vida, la gente verá las cicatrices. Está tan magullada que se pasa una semana sin salir de la cama. Alan sigue diciendo que han tenido suerte, que podía haber muerto. Da gracias a Dios por ello. Ella sabe que volverá a repetirse el ciclo, hasta que ocurra lo peor. La policía vino a hablar con ella. Pero ella salió del apuro mintiendo. No pudieron probar nada. Alan sigue diciendo que han tenido suerte.

De suerte, nada. El jefe la llama, quiere saber cuándo va a volver al trabajo. Ella vacila. No se ha presentado ni un solo lunes. No puede darle una respuesta definitiva. Él se aclara la garganta. Dado que no puede asegurarle nada, quizá debería ponerse a buscar otra persona para ocupar su puesto. «Bueno, sí señor», dice ella, «sí señor, si usted piensa que es lo mejor».

Alan se queda muy callado después de lo sucedido. Permanece sentado, mirando al vacío. Ella le toca en el porche y él se aparta. Como si sentir su mano fuese algo malo. Esto dura alrededor de una semana. Entonces vuelve a casa una tarde del trabajo y se la encuentra sentada en el salón con un vaso de vino en la mano.

Acaba de volver de que le cosan la mano. Está sentado en la cocina tomándose un café, ha comprado tabaco y está fumando como un carretero. Lleva dos años sin fumar, dice que es lo más duro que ha hecho en su vida. Dice que nunca se le pasan las ganas de fumar, que todos los días tiene que contenerse. Y ahora ha vuelto. Ella lo sabe: es por su culpa.

Angel no bebe. No es que no tenga nada para beber. Es solo que ahora mismo no puede hacerlo. Ahora mismo él está despierto. Más tarde estará dormido. Entonces sí. Él cree que en la casa no hay ni gota de alcohol. Pero no es así. Si de verdad necesitas ocultar algo, hay un montón de sitios para esconder cosas. No en plan huevos de Pascua o regalos de Navidad, sino como si fuese una cuestión de vida o muerte.

En su noche de bodas jamás se habría podido imaginar que llegarían a este punto. Ella está sola en el salón, él en la cocina. La tele está puesta, pero ella no la está viendo, un imbécil en el programa de Johnny Carson cuenta cosas que no tienen la menor gracia. No ha

puesto el sonido. Ni oye ni ve nada. Está atenta a él, lo oye, de vez en cuando parece que se ahoga. Randy duerme en su cama. Ella se muere por levantarse, entrar en la cocina y decirle a Alan: «Cariño, te juro que voy a dejarlo». Otra vez. Pero es inútil, porque no se lo cree ni ella. Son solo palabras. No significan nada. Además, ya no hay confianza. Cuando un matrimonio pierde la confianza, lo ha perdido todo. Aunque ella lo dejara ahora, aunque lo dejara de verdad, él seguiría mirando siempre por encima de su hombro, seguiría olisqueándole el aliento. Ella ya nunca va a recuperar la confianza perdida.

Al final sale de la cocina. Ha estado llorando, ella se da cuenta en cuanto lo mira. No es por sí mismo, ni por su mano. Si ella se lo pidiera, se cortaría la mano y la tiraría a la basura. Llora por ella. Ella lo sabe, no necesita que nadie se lo diga. De nada sirve hablar con ella. Ella ya lo sabe.

—Cariño —dice él—. Me voy a la cama. Ha sido un día muy largo.

A juzgar por su rostro parece que tiene cerca de sesenta años. Tiene treinta y uno. Pesa setenta y cinco kilos y levanta ciento treinta en el press de banca.

—¿Vienes? —dice.

Ella quiere. Podría aguantar hasta la mañana siguiente para seguir bebiendo. Él se habrá ido a trabajar, Randy estará en el colegio. La casa se quedará vacía sobre las siete y media. Entonces podrá hacer lo que quiera. Dispondrá de todo el día para hacer lo que quiera. Quizá mañana las cosas mejoren. Les va a preparar algo rico para cenar, les va a hacer una tarta, como en los viejos tiempos, y van a tomar helado. Ella va a ponerse mejor. Saben que lo está intentando. Lo que pasa es que es débil, solo necesita un poco de tiempo. No se trata de algo que se cure como un resfriado. Esto es muy grave, esto ha acabado con gente mucho mejor que ella.

Angel dice:

—Todavía no, mi vida. Me voy a quedar un ratito más en el salón. Siento mucho que te hayas cortado la mano.

—¿Quieres que nos mudemos? —dice él—. ¿A otro estado? ¿A otro país? Basta con que lo digas y mañana mismo dejo el trabajo. No importa. Es solo un trabajo —dice.

—No me quiero mudar —dice ella. Tiembla.

—Da igual lo que piense la gente —dice él.

Angel piensa que va a acercarse a ella, que se va a echar al suelo, que le va a abrazar las rodillas y se va a poner a llorar, pero no. Da la impresión de que se está conteniendo. Y ella se alegra de que sea así. De lo contrario, tendría que volver con las promesas. Le prometería lo que fuese con tal de que dejase de llorar.

—Vale —dice él—. Yo me voy ya a la cama. —Parece abatido.

Se va. Ella se queda sola. Ahora reina un silencio absoluto. Cualquier cosa se oye. La pared que cruje, un ratón que se mueve. Están devorando algo en la despensa, va a tener que poner trampas.

El tiempo pasa muy despacio. Sabe que él está en el dormitorio, con la antena puesta. Atento a cada paso que se le ocurra dar, sabiendo en todo momento en qué habitación está, qué mueble se dispone a abrir. Así que tiene que esperar. Ahora es arriesgado. Como piense que está bebiendo, van a tenerla otra vez. Y una por noche es más que suficiente. Lo inteligente sería irse a la cama con él. Eso es lo que él quiere. Tendría que ser lo que quiere ella. Como antes.

Media hora así es mucho tiempo. Ella contiene la respiración al asomarse al dormitorio. No es más que un bulto en la oscuridad. No sabría decir si duerme o no. Podría estar ahí tumbado, mirándola. Está demasiado oscuro. Aunque lo más seguro es que esté dormido. Está cansado y ha caído redondo. Trabaja duro por los dos.

Mañana irá mejor. Mañana tendrá que esforzarse más. Ella sabe que puede hacerlo, tiene fuerza de voluntad. Solo necesita un poco de tiempo. Tienen que tener paciencia con ella. Roma no se hizo en un día. Y va a ser tan buena de ahora en adelante que no le va a hacer ningún mal tomarse unas cervezas fresquitas esta noche. Ya no bebe whisky. Aparte, la tienda está cerrada. El Big Star sigue abierto. Podría acercarse en un momento, comprar cerveza y regresar en un santiamén. Así no tendría que beberse lo que ha escondido. Lo más seguro es que luego no lo necesite, de todas formas va a dejar de beber, pero solo por si acaso.

Ella sabe dónde está el talonario. No hace ruido. Si estuviera despierto diría algo. Si estuviera despierto ya le habría dicho algo. No se enterará de que ha salido. Imposible que eche de menos un cheque de tres dólares. Lo añadirá en algún momento a la cuenta de la compra.

La puerta lateral chirría siempre. De día nunca se había percatado. Por la noche hace un ruido infernal. La luz del porche está encendida. Él siempre la deja encendida cuando ella sale. No hace falta que la apague. Estará de vuelta en diez minutos. Él nunca se enterará de que ha salido. El coche está en el camino de entrada. Llueve. Un poco.

No hace frío. No necesita el abrigo.

Se sube al coche, abre y cierra la puerta con mucha suavidad. Trata de hacer el menor ruido posible. Él está muy cansado, necesita sus horas de sueño. Ella mira la ventana del dormitorio al girar la llave de contacto. Y ve cómo se enciende la luz del interior.

La ha pillado. Ni siquiera estaba dormido. Lo tenía planeado. Quería pillarla. Tendido en la oscuridad haciéndose el dormido. No

confía en ella. Nunca volverá a confiar en ella. Es como si la obligase a escabullirse. Ya le vale, qué cabrón.

Ahora no le queda más remedio que hablar con él. Está de pie en las escaleras, en calzoncillos. Ella mete la marcha atrás y retrocede. Se detiene junto a él y baja la ventanilla. Detesta hacerlo. Los vecinos lo verán ahí fuera, en calzoncillos. Además, ¿qué se ha creído? ¿No puede dejarla en paz? ¿No puede dejar de tratarla como a un bebé del que no se puede despegar la vista ni cinco minutos?

—Voy un momento a la tienda —dice ella—. Vuelvo enseguida.

—No me importa que vayas a la tienda —dice él—. Siempre que vuelvas. ¿Vas a volver?

Se cubre el pecho con los brazos, se estremece en el aire nocturno. Da la impresión de que estaba dormido.

—Solo voy a por tabaco —dice ella—. No tardo ni diez minutos. Métete en la cama. Vuelvo enseguida. Te lo prometo.

Baja del porche y se aproxima al coche. Se abraza a sí mismo, tiembla, está descalzo. Se planta en el camino de entrada, se está empapando.

—Me da igual que bebas, pero hazlo en casa —dice él—. Ve a comprar todo el alcohol que quieras. Pero vuelve a casa —dice—. Por favor —dice.

Eso la golpea, eso es más que suficiente. Más que suficiente para detener lo que sea, a quien sea, para detenerlo todo. Él se ha rendido.

—Cariño —dice él—, sé que no vas a parar. Ya te he dicho todo lo que podía decirte. Solo te pido que no bebas en la carretera. El coche me da igual. Pero no te mates, solo eso.

—Te he dicho que volveré en diez minutos —dice ella—. Y volveré en diez minutos.

Algo cruza el rostro de Alan. Imposible discernir si son lágrimas o lluvia. Pero lo que le hace temblar no cree que sea el frío.

—Vale, cariño —dice él—. Vale. —Y se da la vuelta.

Ella se siente aliviada. Es posible que no haya discusión. Es posible que no haya temor. En cualquier caso, ella ha dicho la verdad. Solo va a ir al Big Star. Estará de vuelta en diez minutos. Tanto alboroto por nada. Seguro que los vecinos están asomados a las ventanas.

Él sube al porche y posa la mano en la puerta. Se queda mirando cómo sale marcha atrás del camino de entrada, ella no despega la mirada de él, ahí de pie, medio desnudo. Tanta bobada por un viajecito de nada al Big Star. Sacude la cabeza mientras retrocede hasta la calzada. Es casi como si él ni siquiera esperase que fuese a volver. Le entran ganas de echarse a reír. Salvo los bares, a estas horas no hay nada abierto, y ella no va a ir a ningún bar, ni hablar. Observa de nuevo cómo la mira y, acto seguido, ve que entra. Eso es lo que

tiene que hacer. Volver a la cama, descansar un poco. Mañana tiene que madrugar para ir a trabajar. Ella no tiene otra cosa que hacer que dormir.

Pone en marcha los limpiaparabrisas para ver mejor. La luz amarillenta del porche brilla en el exterior revelando la lluvia que ahora ha empezado a caer con más fuerza. Brilla sobre el encharcado camino de entrada, sobre la bicicleta de Randy y sobre la parrilla de la barbacoa. Le hace sentir bien saber que todo eso es suyo, que siempre podrá volver a todo eso. Es la luz que le muestra su casa, ese lugar cálido que le pertenece y que significa tanto para ella. Esa luz que siempre está encendida para ella. Es lo que está pensando cuando, de repente, se apaga.

Los ricos

El señor Pellisher trabaja en la agencia de viajes y se relaciona con los ricos. A veces los ricos se dejan caer durante las horas en que los ciudadanos trabajadores han abandonado las calles para fichar. Los ricos son ajenos a martes entrada 6:57 salida 12:01 entrada 12:29 salida 3:30. El señor Pellisher oculta esmeradamente la máquina de fichar detrás de unas pilas de folletos de viajes, como para dar a entender que cobra un sueldo fijo. Como si fuese igual que los ricos, como si estuviese libre de las ataduras mundanas del cronómetro. Reserva una cafetera siempre caliente para los ricos, por si se dignan a tomarse una taza con él, aunque tenga que pagarla siempre de su bolsillo.

Pero los ricos no toman café por las tardes. Prefieren Campari y soda, Perrier y botellas del vino más añejo. Los ricos son impertinentes. Los ricos son impacientes. Los ricos son ricos.

Por la ventana de la oficina, en la que se pasa el día examinando detenidamente folletos de playas soleadas y palmeras ondulantes, de bañistas saltando desde barrancos y buceadores en busca de ostras, el señor Pellisher ve llegar a los ricos. Los ricos llegan a bordo de Lincolns blancos y resplandecientes, con tapacubos que brillan como diamantes. Son largos y elegantes esos coches que conducen los ricos, y muy limpios. Nadie ha vomitado jamás en las alfombrillas de los coches que pertenecen a los ricos. No encontrarás bolsas vacías de patatas fritas ni envoltorios de chocolatinas (ni latas de Coca-Cola ni pajitas de plástico) en los asientos de los coches de los ricos.

Se ajusta la corbata cuando ve llegar a los ricos y prepara las tazas de poliestireno y los terrones de azúcar. Ordena la mesa y saca sillas a la espera de los ricos. Y cuando los ricos entran empujando la puerta, salta de la mesa con la mano tendida para ofrecerles un impetuoso apretón de entrega incondicional. Pero los ricos dan la mano con flacidez, sin sentimiento, sin la menor muestra de emoción. El señor Pellisher estrecha las manos de los ricos como si estuviese ordeñando dinero de sus dedos. Los dedos de los ricos son gordos y blancos, como larvas hinchadas. El señor Pellisher les ofrece asiento a los ricos. Les ofrece café. Los ricos declinan ambas cosas con un gesto fofo de sus hinchadas manos lechosas. Los ricos suelen llevar cadenitas de oro alrededor del cuello. La mayoría de los ricos llevan anillos de diamantes. Algunos llevan huesos de oro en la nariz. Muchos ricos, sobre todo los más viejos, han sido renovados quirúrgicamente. Los ricos pueden permitirse retoques y tijeretazos. Sin ropa, del mentón para abajo, la mayoría de los ricos son solo sacos de arrugas.

Los ricos nadan en la abundancia. Los ricos son unos engreídos. A los ricos los malcrían los pobres que quieren ser ricos. Para el señor Pellisher, que es pobre, los ricos son símbolos a los que hay que admirar, modelos de excelencia a los que hay que aspirar. Los ricos, por ejemplo, siempre se están yendo de vacaciones.

El señor Pellisher sube un poco el aire acondicionado en su despacho cuando los ricos empiezan a sudar. Les vuelve a ofrecer café. Los ricos vuelven a rechazarlo. Los ricos no pueden perder más de dos minutos. Dejan sus planes en las capaces manos del señor Pellisher y se largan para ocuparse de los tejemanejes de ricos a los que se dedican los ricos para hacerse más ricos. Aunque solo fuese una vez, al señor Pellisher le gustaría tomarse unas vacaciones como las que se toman los ricos, ver las cosas que ven los ricos, acostarse con las mujeres con las que se acuestan los ricos. A menudo se pregunta por la vida sexual de los ricos. Especula sobre cómo se procuran mujeres. ¿Se anuncian los ricos? ¿Frecuentan los ricos los lugares favoritos de otros ricos con la esperanza de localizar ninfómanas ricas? ¿O acaso contratan los ricos a gente que se ocupa de sus encuentros sexuales de ricos? ¿Cómo hacen exactamente los ricos para establecer conversación en bares llenos de desconocidos? ¿Dicen los ricos: «Soy rico», y luego a ver qué pasa? ¿O es que los ricos saben deslizarse con habilidad dentro de una conversación hablando de acciones y bonos? ¿Son los ricos unos pervertidos? ¿Llevan a cabo los ricos actos sexuales contra natura? ¿Los ricos tienen la capacidad de ponerse cachondos? ¿Los ricos tienen sexo todas las noches? ¿Ven películas baratas de kung-fu? ¿Se descongelan cenas precocinadas? ¿Se compran sus propias cervezas? ¿Se friegan sus platos? ¿Son los ricos distintos a él?

Él piensa que no. Sabe que solo son ricos. Y si de alguna manera, a saber cómo, él llegase en algún momento a ser tan rico como ellos, sabe que sería exactamente igual que ellos. Sabe que le invitarían a sus fiestas. Le convocarían a sus exposiciones de arte. Le sacarían de los confines oscuros de su propio castillo, que sería enorme y monstruosamente impresionante, para que se sentara a las mesas de otros ricos y contara las más ocurrentes anécdotas, de las que tiene un repertorio infinito. Sabe que los ricos no son distintos a él. No son de otra raza, ni de otro credo, ni de otra piel. No adoran a un Dios diferente.

El señor Pellisher tiene muchos folletos de viajes. Los despliega ante los ricos como si se tratase de una baraja. Tiene hasta el último punto del globo terrestre a su alcance, como los ricos, y puede disponerlo todo a través del pequeño teléfono color canela que tiene en la mesa. Es imperioso, está preparado. Ha pegado una fotocopia con números internacionales debajo de la plancha de metacrilato que

cubre la mesa. Puede enviar a los ricos a cualquier rincón del planeta, por remoto que sea, con tan solo unos golpecitos expertos de sus dedos. Puede organizar hoteles, vistas, visados, tarjetas Visa y pasaportes; puede hacer reservas, obtener permisos de caza, contratar guías, sherpas, sirvientes, campesinos, camareros, camareras expertas en cócteles, jardineros, veterinarios, prostitutas y corredores de apuestas; puede apostar, cubrir hándicaps, confirmar las condiciones meteorológicas, reservar yates, capitanes, segundos de a bordo, cañas de pescar y carretes; conseguir entradas de teatro, realizar transacciones, verificar entornos hostiles en países tercermundistas, enviar giros, localizar cocaína, comprar apartamentos, cerrar fábricas, supervisar el mercado de valores, comprar, vender, comerciar, robar. Con su teléfono y el beneplácito de los ricos, él es como uno más entre ellos. Es su sirviente, su confidente, su mensajero. Es todo lo que a cualquier rico se le pueda antojar que sea.

Pero a veces se pregunta si los ricos, en el fondo, le desprecian. A veces se pregunta si es posible que los ricos se crean un poco mejores que él. Los ricos están siempre yendo a convites y a preestrenos. Los ricos tienen hijas en Princeton e hijos en L.A. Él sabe que los ricos tienen piscinas y sistemas de seguridad. Se pregunta qué harían los ricos si Velma y él llamasen una noche a su puerta. ¿Los ricos les dejarían entrar? ¿Les abrirían las puertas de par en par y les invitarían a cenar con ellos buey de mar? ¿O lo dejarían todo en manos de un dóberman babeante? Los ricos son impredecibles.

Los ricos no comparan precios en las tiendas de alimentación ni cortan cupones de descuento. Los ricos son lo suficientemente ricos para disponer de alguien que lo haga en su lugar, alguien que, por estar al servicio de los ricos, no se sienta obligado a verificar cada precio. No, los ricos confían sus compras a personas en cuyas instrucciones no consta la verificación de precios.

El señor Pellisher, siendo pobre, vive con la convicción permanente de que medio kilo de muslos de pollo por cuarenta y nueve centavos sale más a cuenta que un pollo entero a setenta y nueve centavos el kilo y, aunque no le gusten los muslos de pollo, el señor Pellisher come muslos de pollo porque no es como los ricos. Es decir, no es rico. Se imagina que los ricos comen solo pechugas y la carne que rodea la espoleta. Los ricos ignoran el precio de una lata de sopa de pollo y fideos Campbell. Los ricos no precisan esa clase de conocimientos.

Qué maravilloso tiene que ser eso, piensa el señor Pellisher, vivir en un mundo tan por encima de las pugnas cotidianas del ser humano. Los ricos, por ejemplo, nunca tienen que instalarse las bujías de sus vehículos. Los ricos no saben lo que es quedarse tirado al borde de la carretera. Los ricos nunca han conducido un Ford Fairlane asmático del 71 con la transmisión en mal estado. No han instalado zapatas de

freno, ni han intentado ajustar los platinos, ni han sufrido que se les desgarre el manguito del radiador. Nunca se han quejado ni han blasfemado panza arriba, sobre la grava, clavándose pedruscos en la piel de sus espaldas multimillonarias mientras aprietan los tornillos grasientos de un motor de arranque. Los ricos lo tienen muy fácil.

Los ricos ahora están diciendo algo. Los ricos vuelven a irse de vacaciones. ¿Al sur de Francia? ¿A Gales? Los ricos no tienen la menor noción de lo que es el dinero. Nunca han comprado un televisor o una cadena de música a crédito. No le deben nada a Sears. La ortodoncia para la puesta de largo de sus hijas se paga a tocateja. Los ricos gozan de un crédito ilimitado que ni siquiera les hace falta. Además, los ricos nunca desentierran fosas sépticas ni han visto con sus propios ojos los horrores que contienen.

Se ve que en junio los ricos van a encontrarse con otros ricos en Nápoles. De allí volarán a Angola. Los patos oscurecerán el cielo a última hora de la tarde. Los ricos, sin duda, los abatirán con sus Winchester chapados en oro. Los ricos jamás han disparado un Savage de un solo tiro. Los ricos irán luego a Ridder Creek, en Alaska, donde los salmones tiñen el agua de un rojo sangre. Los ricos jamás han insertado pececillos en sus anzuelos a modo de cebo para pescar róbalos en estanques. Los ricos no acampan. Los ricos nunca han estado dentro de una casa prefabricada.

El señor Pellisher sueña con ser rico. Juega al Super Bingo en el Kroger. Entra y paga lo mínimo que se puede abonar por un solo boleto dos veces por semana. Cualquiera podría ser el boleto ganador. Pero eso no es lo único que hace el señor Pellisher. También compra boletos de lotería y participa en los sorteos de la Publisher's Clearing House. Pero nunca pide las revistas de la compañía. No rellena las hojas de suscripción. Tiene el presentimiento sombrío de que los cupones de la gente que no compra las revistas acaban siempre en el fondo del bombo, pero no tiene forma de probarlo. Es un temor sin fundamento. Le resulta irracional pensar tal cosa. Es una fobia para la que aún no existe ni nombre.

Los ricos quieren que se ocupen de sus asuntos en el acto. Tienen sus prioridades en orden. Los ricos tienen que irse a jugar un partido de dobles mixto. Los ricos tienen dieciocho hoyos a las dos. El señor Pellisher ha empezado a practicar los fines de semana y ha adquirido parte del equipamiento necesario para jugar al golf. Ve el Masters' Classic y estudia sus pares y sus hándicaps.

Los ricos dicen ahora otra cosa. Los ricos quieren saber qué tarjeta necesita el señor Pellisher. Los ricos pueden pagar con MasterCharge o con la que se les pida. Los ricos están inscritos e identificados en ordenadores de todo el planeta. La riqueza de los ricos puede verificarse al instante.

El señor Pellisher ha rellenado todos los formularios que se precisan. Ha anotado toda la información pertinente. Ha sido servicial, educado, correcto, profesional, cálido, eficiente, jovial, indulgente, cordial, halagador, familiar, benevolente. Ha servido a los ricos de la manera a la que están acostumbrados. No manifiesta el menor indicio externo de malicia u odio. Pero por dentro, en las zonas más grises y profundas de su mente, donde yacen sus pensamientos secretos, odia a los ricos. Lo que verdaderamente le gustaría hacer es ametrallar a los ricos. Estrangular a los ricos. Le gustaría ver las grandes mansiones de los ricos incendiadas, ver arder a sus hijos por las ventanas. Le gustaría ver a los ricos pisoteados, humillados, arrodillados. Le gustaría ver a los ricos en harapos. Le gustaría ver a los ricos viviendo de la asistencia social o en prisión. Arrestados por tráfico de cocaína. Multados por conducir ebrios. Le gustaría ver a los ricos sufrir todo lo que él ha tenido que sufrir, padecer todos esos sufrimientos que podían haberse evitado fácilmente con su dinero.

Pero sabe que eso no sucederá. Sabe que los ricos nunca serán pobres ni los pobres ricos. Se odia a sí mismo por ser tan considerado con los ricos. Sabe que los ricos no lo aprecian. Los ricos simplemente esperan que sea así. Los ricos están habituados a eso. Hasta duda de que los ricos se hayan parado alguna vez a considerarlo.

Como es lógico, no les dice nada de todo esto a los ricos. Le gustaría, pero no puede. Los ricos podrían ofenderse. Los ricos podrían sentirse insultados. Los ricos podrían prescindir de sus servicios. El señor Pellisher se nutre de los ricos. Les chupa la sangre, se la va extrayendo poco a poco y se la va apropiando, a razón de unos cuantos dólares cada vez que entran por la puerta, pero nunca es lo bastante para satisfacer su codicia, para saciar su sed.

Ahora los ricos se van. Se deslizan en sus suaves asientos de cuero, a lo largo y ancho de todo el planeta están arrancando motores de alta compresión que ronronean como gatos bien alimentados. Sus barcos están atracados y los están regando con agua fresca. Están abasteciendo sus aviones de combustible y alcohol. Sus contables están planeando evasiones fiscales. Sus langostas se están ahogando en agua hirviendo y su caviar se está enfriando sobre lechos de hielo.

El señor Pellisher se despide de los ricos con la mano cuando sus coches se alejan del bordillo. Pero los ricos ni le miran.

El viejo Frank y Jesús

El señor Parker está en el sofá, recostado. Lleva ahí casi toda la mañana tratando de decidir qué hacer.

Las cosas no han salido como había planeado. Nunca salen como uno las planea.

El retrato de su bisabuelo le contempla desde la repisa de la chimenea, un viejo caballero muerto enmarcado, con su sombrero y una larga barba, que acaba de perder la Guerra de Secesión. La fotografía está borrosa y descolorida, hay como una mancha parecida a una nube que le rodea el cuello.

En aquella época la fotografía no estaba muy avanzada, piensa el señor P. Eso explica que el retrato se vea así.

Fuera, en el jardín, los niños gritan. El señor P sabe que solo están jugando, pero cualquiera diría que los están asesinando. Su mujer ha ido a la peluquería a arreglarse el pelo. Hay una vaca enferma en el establo, aún no ha ido a verla esta mañana. Se ha pasado prácticamente toda la noche despierto a su lado. Le supura una cosa blanca y viscosa por debajo del rabo, el veterinario ha venido ya tres veces y como si nada. Ahora, eso sí, bien que le ha cobrado los veinticinco pavos de cada visita.

Eso suma setenta y cinco pavos, piensa, y esa cosa blanca sigue chorreando.

El señor P cierra los ojos con fuerza y rueda sobre el sofá, lo manosea. Hace cuatro horas se tomó unas tostadas frías. Necesita ponerse en pie y salir al campo de algodón, intentar recolectar las últimas cápsulas de los tallos, pero el precio se ha derrumbado porque el rayón extranjero ha arruinado el mercado. Se imagina unas japonesitas en algún lugar, al otro lado del gran charco, cosiendo pantalones, saliendo del trabajo y yendo al encuentro de sus novios para ir a tomar algo y luego al cine, hablando de sus supervisores. Seguro que comen pescado crudo. Es lo que hacían en Okinawa una vez que se apoderaron del lugar y volvió la calma. Él estuvo en Okinawa. Al señor P le dispararon en Okinawa.

Extiende el brazo y se toca ahí, justo encima de la rodilla. Estaban hasta arriba de mierda, como un pavo de Navidad. A ochocientos metros de la playa bajo un fuego de artillería pesada. Al descubierto. Completamente expuestos. Podrían haberse bronceado de haber estado de vacaciones. Había palmeras. Playas de arena. Nada de protector solar. Sin toallas, ni equipo de música portátil, ni birras granizadas. Vadeaban hacia la orilla con el agua al cuello y las balas

silbaban entre el oleaje a su alrededor, matando hombres y peces. Nadie tenía cigarrillos secos. Algunos fueron atropellados por sus propias barcazas blindadas y parte de los que iban detrás abrían fuego contra los compañeros que iban delante. El señor P no sabía quién disparaba a quién. Se limitó a disparar. Se guareció un rato tras una barrera de hormigón y vio unos símbolos japoneses tallados en el cemento, pero fue incapaz de descifrarlos. De vez en cuando asomaba la cabeza y disparaba.

Ya hace años que no dispara por rabia. Pero ahora se está pensando muy en serio agujerear la puerta mosquitera con una escopeta. Solo un agujerito.

Sabe que tiene que ponerse en pie y bajar al establo a ver cómo está esa vaca, pero hoy, simplemente, no puede afrontarlo. Sabe que no va a haber mejora. Que estará tal y como la dejó por la noche, no habrá tocado el agua del barril que le rellenó ni se habrá comido el heno que le dejó al lado. Claro que eso es lo que pasa con las vacas cuando se vienen abajo. Se quedan en el suelo y ya está. Hasta el veterinario lo sabe. El veterinario sabe que ninguna inyección va a lograr que se levante, que vuelva a comer. El veterinario ha ido a la universidad. Ha estudiado anatomía, biología. Y otras cosas. Sabe todo lo que hay que saber sobre cría de ganado.

Pero el señor P no cree que sea un buen veterinario. Y el motivo es que, el año pasado, el señor P quiso castrar a un semental y ya lo tenía amarrado y le había cubierto la cabeza con una manta cuando llegó el veterinario, y fue el señor P quien tuvo que ocuparse de casi todo el trabajo, lo único que hizo el veterinario fue bailotear a su alrededor prodigando consejos a distancia porque tenía miedo de recibir una coz.

El teléfono suena y el señor P permanece en el sofá y deja que suene. Seguro que son malas noticias. Para eso es casi lo único que sirve el teléfono, piensa el señor P, para permitir que alguien se comunique contigo y te dé malas noticias. Sabe que a la gente le encanta transmitir malas noticias. Si alguien muere o si las vacas de un vecino aparecen en mitad de la carretera, seguro que hay alguien por ahí que descuelga el teléfono más cercano y llama a cualquiera para contárselo. Y ya de paso se contarán otras cosas. Cosas personales. El señor P cree que quizá lo mejor sería no tener teléfono. Así tendrían que venir a casa a darte las malas noticias en persona, coger el coche o venir a pie. Con teléfono les facilita uno las cosas. No tienen más que descolgar y llamar, y te lo comes.

Claro que pensándolo mejor, cae en la cuenta, si se te incendia la casa y necesitas llamar a los bomberos y no tienes teléfono, ahí también te lo comes.

O si necesitas al veterinario.

El teléfono sigue sonando. Suena ocho o nueve veces. Suena, suena y vuelve a sonar. A saber quién es. Puede que sea la Administración Federal de Vivienda. Los de la hipoteca. O puede que sea el banco. Puede que estén llamando de nuevo para ponerse chungos con lo de la deuda. Pidió un préstamo al banco para semillas, fertilizante y otras cosas que necesitaba, y le han embargado. También podría ser el guarda forestal del condado llamándole para decirle que sí, señor Parker, que es justo lo que nos temíamos: sus ochenta hectáreas de bosque maderero están completamente infestadas de gorgojos del pino y no le va a quedar otra que talar y vender toda la madera; va a perder hasta la camisa en el proceso. Vuelve a sonar. El señor P se levanta finalmente del sofá y se dirige al teléfono. Lo descuelga. «¿Diga?», dice.

—¿Oiga?

—Sí —dice el señor P.

—¿El señor Marvin Parker? —dice el teléfono.

—Sí, soy yo —dice el señor P.

—Soy Jim Lyle, señor Parker. Le llamo de la Asociación Benéfica de la Pasta de Celulosa. Estaba aquí revisando nuestros informes y he visto que lleva un mes de retraso en el pago de su cuota. Solo le llamaba para saber si había algún problema, Marv.

«Siempre quieren su dinero», piensa el señor P. «Jamás se preocupan por ti. Se las trae floja si te acaba de arrollar una desbrozadora. Lo único que quieren es tu dinero. Quieren que pagues su dichosa cuota».

—He pagado. —El señor P. no lo entiende—. Lo tengo domiciliado, me lo pasan por el banco cada mes.

Una tosecilla al otro lado del teléfono.

—Bueno, sí —dice la voz—. Pero la orden de pago se emitió un día en que su cuenta estaba en números rojos, señor Parker.

Pues bésame el culo, piensa el señor P.

El señor P no puede decirle nada a este hombre. Sabe de qué se trata. Su mujer ha vuelto a ponerse a firmar cheques en el Fabric Center. A causa de las telas. Lo que ha sucedido es que las niñas necesitan vestidos para el programa de la iglesia, capas, alas y esas cosas. Además, tuvieron que gastarse 146,73 dólares en una nueva placa de presión para el embrague del tractor. El señor P tuvo que ocuparse de la parte mecánica, sacar el motor y toda esa vaina. A veces no daba con las herramientas adecuadas y tenía que rebuscar en la mugre hasta dar con esto o lo de más allá. También tuvo un incidente desafortunado con un cojinete de empuje.

El señor P cierra los ojos, se apoya en la pared y desea volver al sofá. Hoy no va a cansarse de estar tirado en el sofá.

—¿Puedo pedir un préstamo al fondo? —dice el señor P. Nunca hasta ahora se le había ocurrido pedir un préstamo al fondo.

—¿Un préstamo? ¿Por qué…?

—¿Les parecería bien? —dice el señor P.

—¿Bien?

—Me refiero a que si con eso se arreglaría todo.

—¿Que si se arreglaría? ¿Quiere decir si quedaría pagado? —dice la voz al otro lado de la línea.

—Sí —dice el señor P—. Eso es. Pagado.

—Pagado. Bueno, supongo que…

—No suponga nada —dice el señor P. Por lo general no se muestra tan hostil con la gente como Jim Lyle, de la ABPC. Pero está harto de tener que pasarse todas las noches en vela con esa vaca. Está harto de ver a su mujer tirando de talonario en el Fabric Center. Está harto de tener que aguantar a un veterinario que se caga de miedo delante de los animales que ha jurado curar. No quiere que Jim Lyle, de la ABPC, suponga nada. Quiere que lo sepa con absoluta certeza.

—Bueno, sí señor, si es así como…

—Entonces, perfecto —dice el señor P, y cuelga.

Después de colgar dice:

—Adiós.

Regresa al sofá y al momento se estira, deja escapar un pequeño gemido. Se pone el antebrazo sobre los ojos.

Los niños continúan gritando a pleno pulmón en el jardín. Le preocupa que estén ahí fuera. Ha habido una epidemia de rabia: zorros babeantes y mapaches rabiosos correteando fuera de control. Gente inocente atacada hasta por ardillas voladoras. La semana pasada, sin ir más lejos, el señor P tuvo que sacrificar a su perro, un pequeño perro de caza blanco con manchas negras sobre los ojos al que había puesto el nombre de Frank. Se lo dio una familia de negros que vivía carretera abajo, le juraron por activa y por pasiva que su madre era una rastreadora de las buenas, capaz de arrinconar en árboles hasta dieciséis ardillas en una sola mañana. El señor P crió a ese perro desde cachorro, jugó con él, lo alimentó, lo dejó dormir sobre su tripa frente al fuego y, en verano, lo sacó con una piel de ardilla seca y le hizo rastrearla por todo el jardín antes de colgarla en la rama de un árbol para que aprendiese a acecharla. Esperó a que el bueno de Frank se hiciese un poco mayor, entonces salió con él una mañana escarchada y abrió fuego contra una ardilla delante de él, tuvo cuidado de no matarla, solo la hirió, y dejó que el viejo Frank se apoderase de ella y que esta le mordiese el hocico porque llevaba toda la vida oyendo que eso es lo que había que hacer para que un perro cazador de ardillas, si tenía dentro ese instinto, se transformase en un

auténtico perro cazador de ardillas. Y el viejo Frank lo tenía. Capturó aquella ardilla y luchó con ella en el suelo dando berridos, con la ardilla ovillada en su hocico, sangrando, hasta que, finalmente, la mató. Desde entonces odió tanto a las ardillas que se dedicó a arrinconar en los árboles a todas las ardillas que olía. Mataron a nueve aquel primer día, una por encima del límite permitido. El señor P estaba muy orgulloso del viejo Frank.

Pero la semana pasada se llevó al viejo Frank al prado y le disparó en el cráneo con un rifle del 22 porque su mujer dijo que la rabia se estaba acercando demasiado a la casa.

«¿Por qué lo hice?», se pregunta ahora el señor P. «¿Por qué la dejé que me convenciera para que disparase al viejo Frank? Me acuerdo de cuando entraba y venía a tumbarse en mis piernas cuando estaba viendo *Dragnet*. Le daba palmaditas en la cabeza y cerraba los ojos, se acurrucaba y parecía el perro más feliz del mundo. A veces hasta se quedaba dormido, no hacía otra cosa que dormir y dormir. Tampoco ensuciaba la casa. Nunca lo hizo. Se ponía a rascar en la puerta hasta que alguien le abría y le dejaba salir. Después volvía a entrar, se me subía encima y a dormir».

El señor P tantea por debajo del sofá para ver si sigue ahí. En efecto, está. Se la pidió prestada hace unos días a su vecino, Hulet Steele. Ni siquiera sabe si va a funcionar. Pero se imagina que sí. Le dijo a Hulet que la quería para las ratas. Le dijo a Hulet que tenía ratas en el cobertizo.

De pronto alguien llama a la puerta. Llama fuerte, como si no hubiese visto a los niños en el jardín para decirles que vayan a buscar a su padre. Aunque sabe de quién puede tratarse. Sabe que probablemente se trata de Hereford Mullins, otro vecino, por lo de la valla rota y lo de las vacas en la carretera. El señor P sabe que la valla se ha caído. También sabe que sus vacas andan vagando por la carretera. Pero se ve que hoy no es capaz de afrontarlo. Se ve que la gente no va a dejarle en paz.

De todas formas, no es que Hereford Mullins le caiga muy bien. Nunca lo ha tragado. Sobre todo después de aquella noche del partido de baloncesto del instituto en que su equipo ganó y Hereford Mullins intentó saltar la barandilla de la primera fila y cayó de rodillas en el campo, desde una altura de metro y medio y se puso a sonreír como si no se hubiese hecho polvo.

El señor P piensa que tendría que levantarse, salir al porche delantero y darle un bofetón a Hereford Mullins. Se levanta y sale.

En efecto, es Hereford. El señor P se queda al otro lado de la puerta mosquitera. Los niños siguen chillando en el jardín, ensuciándose la ropa del colegio. Cualquier otro día, estarían jugando con el viejo Frank. Pero el viejo Frank ya no puede jugar con ellos. El

viejo Frank anda probablemente ocupado en el prado dejando que unos buitres le saquen los ojos.

—Tus vacas han vuelto a salirse a la carretera —dice Hereford Mullins—. Pensé en acercarme hasta aquí para decírtelo.

—Muy bien —dice el señor P—. Ya me lo has dicho.

—En cualquier momento se las lleva alguien por delante —dice Hereford Mullins—. Si fuesen mías las sacaría cuanto antes de la carretera.

—Ya te oí la primera vez —dice el señor P.

—Si pasa cualquiera y atropella a una de tus vacas —sigue diciendo Hereford Mullins—, no será responsable. Se supone que las vacas no tienen que estar en la carretera. Se supone que tienen que estar detrás de una valla.

—Lárgate ahora mismo de mi porche —dice el señor P.

—¿Cómo?

—He dicho que saques tu estúpido culo de mi porche —dice el señor P.

Hereford se aproxima un poco, comienza a decir algo, pero abandona el porche ofendido. El señor P sabe que va a ser propietario de una vaca muerta dentro de un par de minutos. Con esa, contando la que aún no está del todo muerta en el establo y por la que ya ha tenido que apoquinar setenta y cinco pavos, serán ya dos vacas muertas.

Regresa al sofá.

Ahora le caerá una demanda, seguro. Hereford dirá que se ha lesionado el cuello, que su camioneta sufrió daños o lo que sea. El señor P vuelve a tantear debajo del sofá y vuelve a palparla. Es fría y dura, da miedo.

El señor P nunca ha sido muy bebedor, pero sabe que queda algo de whisky en el armarito de la cocina. A veces, cuando los niños se resfrían o les duele la garganta, les mezcla un poco de whisky con zumo de limón y miel y les da una cucharadita. Eso y un caramelo de menta siempre les alivia la garganta.

Va a por el whisky, le mete primero un trago pequeño y luego otro más grande. Solo son las diez de la mañana. Ya debería haber terminado buena parte del trabajo. Cualquier otro día, estaría en el tractor, en los campos o en el bosque cortando leña.

A no ser que fuese verano. Si fuese verano estaría en el jardín recogiendo habones, encañando tomateras, cortando heno, reparando vallas, trabajando en el tejado del establo, desenterrando la fosa séptica, desbrozando el sendero de entrada con la tajamata, cultivando algodón, fumigando, intentando pedir prestado un poco más de dinero para poder comprar un poco más de veneno, pintando la casa,

cortando el césped u ocupándose de cualquiera de las mil cosas de las que ya no quiere volver a ocuparse jamás. Lo único que quiere hacer ahora es quedarse tumbado en el sofá.

El señor P se vuelve en el sofá y ve el cuadro de Jesús. Lleva años colgado en esa pared. «El viejo Jesús», piensa. Antes conocía a Jesús. Antes hablaba con Jesús todo el rato. Hubo un tiempo en que bastaba con ponerse a charlar un rato con Jesús para que todo volviese a estar bien. Hará de eso cuatro o cinco años. Claro que las cosas marchaban mucho mejor entonces. Cultivabas algodón y podías contratar a gente para recolectarlo. Incluso dejaban que los niños faltasen al colegio para que ayudasen a recolectarlo. Pero eso se acabó. Ahora lo único que quieren hacer los niños es dejarse el pelo largo y escuchar a los putos Beatles.

El señor P sabe de pelo porque se dedica a cortarlo en su casa. La gente viene por la noche, se sienta alrededor del fuego en su salón, escupe jugo de tabaco en la chimenea y el señor P les corta el pelo. Con sus pantuflas, su camiseta y su peto, les habla del algodón y de las vacas mientras les hace girar en el sentido de las manecillas del reloj y en sentido contrario sobre la silla en la que se sientan mientras él va prodigando sus tijeretazos.

La mayor parte del tiempo ven la televisión, *La ley del revólver* o *Perry Mason*. A veces ven a Perry Como. Y a veces se involucran tanto en lo que están viendo, tal es el interés que les despierta, que se quedan hasta que acaba.

Uno de los clientes del señor P (ese hombre que vive carretera abajo y no tiene televisor) viene a cortarse el pelo todos los miércoles por la tarde. Y dado que se lo corta todas las semanas, el señor P no puede cortarle casi nada. Tiene que dar tijeretazos en el aire alrededor de su cabeza y hacer como que se lo está cortando, se lo peina un poco y gira unas cuantas veces a su alrededor para que se piense que se lo está cortando de verdad. Este hombre suele llegar a eso de las 18:45, alrededor del momento en que el señor P y su familia se levantan de la mesa después de cenar.

Este hombre siempre viene a pie y el viejo Frank solía ladrarle cuando entraba en el jardín. Era una especie de señal que tenían el viejo Frank y el señor P. Pero no se trataba de un código secreto ni nada parecido. El señor P estaría en la mesa y oiría los ladridos del viejo Frank, y si era un miércoles por la tarde sabría que tenía que levantarse de la mesa a por sus tijeras. Los *Hillbillies* empiezan siempre a las siete y al señor P le lleva un cuarto de hora cortar el pelo.

Este hombre empieza a reírse con los títulos de crédito iniciales de los *Hillbillies*, sacude la cabeza cuando el viejo Jed encuentra su oro negro, su té de Texas, al tiempo que el señor P acaba con su cabeza. Así que cuando acaba de cortarle el pelo, los *Hillbillies* ya llevan uno o

dos minutos en marcha. Y entonces, cuando el señor P le desprende al hombre la sábana del cuello, si no hay nadie más sentado en el salón viendo la tele o esperando para cortarse el pelo, este hombre se queda en la silla, no se levanta, y dice: «Como ya ha empezao, creo que me voy a quedar aquí sentao viendo a los *Hillbillies* contigo, si no te importa».

Es el trabajo de todos los miércoles por la tarde.

El señor P no tiene licencia, pero hace más de lo que haría cualquier peluquero cualificado. Para empezar, cuenta con unas tijerillas minúsculas para recortar los pelos de la nariz y las orejas. Además, el señor P es más barato que los peluqueros del pueblo. El señor P te descubre las orejas por cincuenta centavos. Pero no rasura. Le tiemblan las manos. No podría rasurar ni a un balón. Aunque a los putos Beatles no dudaría ni un segundo en rasurarlos.

El señor P se pregunta cuándo pasará el autobús del colegio. Hoy se está retrasando. Lo que ha pasado es que Johnny Crawford se ha quedado atascado en una zanja a un kilómetro y medio carretera abajo al intentar esquivar una de las vacas del señor P. Pero llamaron a la grúa desde el teléfono del señor P. Transmitieron esa pequeña mala noticia desde su propio teléfono y cree haber oído a la grúa en la carretera hace ya un rato. Sabe que tiene que levantarse, ir hasta allí a reparar la valla y reunir a sus vacas, pero cree que va a pasar de hacerlo. Cree que se va a quedar aquí plantado en el sofá y que va a meterse otro lingotazo de whisky.

El señor P preferiría que le tirasen al suelo y le pateasen el culo como si fuese un pandero a tener que ir a arreglar esa valla. La cuestión principal es que no tiene a nadie que le ayude. Su mujer ha arruinado a sus hijos, los ha malcriado, hasta el punto de que el mayor, el de catorce, no es capaz ni de atarse los cordones de los zapatos. El señor P puede decirle cualquier cosa, que vaya a ayudarle un momento a hacer lo que sea, y el niño actúa como si fuese sordomudo. Y en el caso de que acuda se quejará, gemirá y gruñirá hasta que el señor P lo mande de vuelta a casa para no tener que seguir oyéndole. El señor P se da cuenta ahora de que metió la pata con sus hijos hace tiempo. Ha sido demasiado permisivo con ellos. Ni siquiera saben lo que es trabajar. Al señor P le asombra. A él no lo criaron así. Él de pequeño tuvo que partirse la espalda. Y en aquel entonces las cosas no eran para blandengues. En aquel entonces no podías pasarte todo el día sentado en casa escuchando por la radio a una pandilla de hippies greñudos que cantan rock and roll.

El señor P ha intentado hasta pagar a sus hijos para que salgan a echarle una mano en las tareas de la granja, pero pasan. Dicen que no paga lo suficiente. El señor P ha criado a un puñado de jovencitos tan díscolos y respondones que hasta ni dudan de informarle de cuál es el

salario mínimo.

Aunque el mayor le ayudase con la valla, seguiría siendo un trabajo horrible. Primero tendrían que desplazar las vacas a otro prado para poder echar abajo toda la valla y poder hacerlo como Dios manda. Y el único otro prado que tiene disponible el señor P son las dieciséis hectáreas que se extienden junto al maizal. Seguro que las vacas acabarían derribando la cerca y se zamparían todo el maíz mientras él andaba ocupado con la nueva valla al otro lado de la carretera, porque su mujer ni de guasa va a ponerse a arrear vacas. El señor P arrea a las vacas una y otra vez y trata de convencer a su mujer para que salga a ayudarle pero ella es prácticamente incapaz de arrear vacas. No es lo bastante rápida para impedir que una se separe de la manada. Además, le aterran las vacas. Siempre le da miedo provocar una estampida y acabar pisoteada por una vaca enloquecida. Lo único que sabe hacer la mujer del señor P a la hora de arrear vacas es ponerse a dar saltos de sesenta o noventa centímetros en cualquier dirección, agitar mucho los brazos y gritar: «¡Buu!».

En realidad al señor P no se le ocurren muchas cosas que se le den bien a su mujer aparte de poner a sus hijos en su contra. Cualquiera diría que batallan con él cada dos por tres, ella quiere comprar coches nuevos e irse de compras a Memphis, dejando facturas pendientes por todas partes, y que le preste dinero al borracho de su cuñado. El señor P no sabe en qué va a acabar convertido este mundo. Acaban de iniciar otra puta guerra y lo más probable es que dentro de unos años llamen a sus hijos para que vayan a luchar y los maten o, como mínimo, les revienten las piernas. Al señor P le preocupa eso bastante. Pero a decir verdad al señor P le preocupa todo bastante. Se pasa todo el santo día preocupado. Es muy probable que no pase un solo minuto, estando despierto, en que no haya alguna cosa que le preocupe. Es como si cargase con un peso del que no va a poder librarse ni aun queriendo porque no hay manera de quitárselo de encima.

El whisky no le ha hecho ningún bien. Esperaba que lo hiciera, pero en el fondo sabía que no iba a ser así. El señor P sabe que solo hay una cosa que le puede hacer bien, pero esa cosa no está nada bien.

Se pregunta lo que dirá su mujer cuando vuelva y le encuentre en el sofá. Solos Jesús, el abuelo y él. Ella siempre tiene algo que decir sobre todas las cosas. Lo único sobre lo que no dice mucho es sobre ese tipo que vende revestimientos. El señor P ha llegado del prado con el tractor cuatro o cinco veces y ha visto a ese tipo salir de la casa tras haber tratado de venderle a su mujer algún revestimiento para las paredes. Sin embargo, ella no dice mucho acerca de él. Solo que necesitaba unas indicaciones.

Bueno, acaba de llegar el autobús para llevarse a los niños. El

señor P lo oye llegar y al momento oye las puertas que se abren. Se imagina que no han tenido problemas para sacarlo de la zanja. Él podría haber ido hasta allí con el tractor y haberlo sacado, o lo mismo no. Un hombre tiene que andarse con mucho ojo con los tractores. Con lo ligeros que son por delante, hay que andarse con mucho ojo cuando se engancha algo.

Sobre todo algo pesado como un autobús escolar. Pero el autobús escolar ya se está yendo. El señor P oye cómo se aleja por la carretera.

Ahora la casa está en silencio.

El jardín también.

Si el viejo Frank estuviera aquí, querría salir. El viejo Frank. Viejito y bueno. La cosa más feliz que os podáis imaginar. Saltaría para quitarte la galleta de la mano. Saltaba casi un metro. Y meneaba ese rabo regordete con todas sus fuerzas.

El viejo Frank.

El señor P piensa ahora que lo mismo tendría que haber disparado a su esposa en lugar de al viejo Frank cuando empezó a sugerir que había que cargarse al viejo Frank. Ahora es demasiado tarde.

El señor P se mete otro trago de whisky entre pecho y espalda y ve que Jesús le está mirando. Siente lástima por Jesús. Jesús sufrió mucho para salvar a otros pecadores como él. El señor P se dice: «Jesús murió para salvarme a mí y a un montón de pecadores como yo».

El señor P se imagina cómo tuvo que ser aquel día. Se imagina calor. En esos países seguro que siempre hace calor. Y esa cruz que tuvo que cargar pesaría un huevo. Se pregunta si Jesús lloró a causa de todo el sufrimiento que le hicieron pasar. La idea de alguien siendo tan cruel con Jesús como para hacerle llorar basta para que al señor P le entren ganas de llorar. Le hubiese gustado estar allí aquel día para echarle una mano. Le habría ayudado, sin duda. De haber sabido lo que sabe ahora, de haber podido estar allí ese día, no habría dudado un segundo en intentar rescatar a Jesús. Se habría llevado por delante a unos cuantos soldados. Aunque seguro que serían tantos que no hubiese tenido la menor posibilidad de salirse con la suya. Pero habría luchado por Él. Habría luchado por Jesús con más empeño que el que ha dedicado a cualquier otra cosa en su vida, con más empeño que el que puso en la playa de Okinawa. Habría dado su propia sangre. Puede que hubiese podido echar mano a una espada y haberles mantenido apartados de Jesús el tiempo suficiente para poder escapar. Pero esos tipos seguro que eran buenos espadachines en aquel entonces. En aquel entonces seguro que se ejercitaban mucho. Pero no le hubiese importado. Habría derramado su sangre, hasta la última gota, y muy gustosamente, para ayudar a Jesús.

Los niños ya se han ido. El viejo Frank se ha ido. Su mujer sigue en la peluquería. Tardará aún un rato en volver. Le mete otro tiento al whisky. Está buenísimo. Le disgusta dejar de beber, pero le disgusta seguir bebiendo. Con Jesús mirando y eso.

El reloj sigue avanzando en la repisa de la chimenea. Tiene que barrer los pelos de la chimenea. Sabe que a la vaca le sigue chorreando esa cosa blanca por debajo del rabo. Pero tendrá que ocuparse otro de eso. Lo mismo podría ocuparse el tipo de los revestimientos.

El señor P se figura que primero tendría que asegurarse de que funciona, así que la saca de debajo del sofá y apunta a la puerta mosquitera de atrás. Al fondo de la cocina.

Cree que seguramente no lo entenderán. Será un gran misterio que jamás podrán resolver. Habrá quien diga: «Bueno, estaba viendo si funcionaba». Otros dirán: «Oh, puede que llevase años ahí». Todos se preguntarán: «¿Qué estaba haciendo tumbado en el sofá?». Y concluirán: «Supongo que a partir de ahora tendremos que ir al pueblo a cortarnos el pelo».

Hablarán incluso de que fue a pedírsela prestada a Hulet para las ratas.

El viejo Frank ya pasó por esto. No lo entendió. Confiaba en el señor P y sabía que nunca le haría daño. Puede que el señor P fuese como un padre para él. Puede que el señor P fuese como un Dios para él. ¿En qué estaría pensando cuando disparó a su mejor amigo?

¿En qué diablos está pensando ahora?

El señor Parker, de cincuenta y ocho años, se recuesta en el sofá.

Niño y perro

El perro ya estaba muerto.
En mitad de la carretera.
Un niño tras los árboles.
La cara brillante de lágrimas.
Salió corriendo a la calzada.
Pero entonces pasó otro coche.
Se apartó de un salto.
Oyó a su madre llamándole.
Comenzaron a pasar más coches.
El perro estaba muy muerto.
Había sangre en el asfalto.
Un charco se iba extendiendo.
El tapacubos a pocos pasos.
Abollado por el brutal impacto.
Había sido un Ford Mustang.
Se agachó junto al perro.
Otro coche a lo lejos.
Lo agarró fuerte del rabo.
Tiró con fuerza de él.
Resbaló en la sangre pringosa.
El coche se iba acercando.
Soltó al perro y retrocedió.
Su madre gritaba su nombre.
Se había asomado al porche.
¿Johnny qué demonios estás haciendo?
No podía distinguir su llanto.
La cena se le enfriaba.
El perro se llamaba Bozo.
Bozo era un perro viejo.
El niño tenía ocho años.
Bozo no cumpliría los doce.
Volvió corriendo a su lado.
Tiró otra vez de él.
Pero entonces apareció otro coche.
Era el mismo Mustang asesino.
Regresaba a por su tapacubos.

El niño lo había visto.
Cogió un ladrillo del suelo.
El conductor venía muy despacio.
Miraba atento por la ventanilla.
Quería recuperar el tapacubos perdido.
Era un Fastback del 65.
Ese coche costaría un pastizal.
Incluso con los retenes averiados.
Y perdiendo aceite cada noche.
La varilla siempre al mínimo.
Había impactado contra el perro.
La rueda arremetió con fuerza.
El tapacubos resplandeciente dijo ¡bong!
El niño sostenía el ladrillo.
Medio oculto entre los árboles.
El conductor aminoró la marcha.
Fue aquí en alguna parte.
Un ladrillo de los viejos.
De un color amarillo limón.
De los de tres agujeros.
Pero aun así pesaba mucho.
El coche ya estaba cerca.
El niño sostenía el ladrillo.
El tipo volvió la cabeza.
No llegó a verlo venir.
El niño lanzó el ladrillo.
Le impactó en el cráneo.
El conductor perdió el conocimiento.
Al vencerse pisó el acelerador.
El Ford Mustang quemó rueda.
Y también algo de aceite.
Lo detuvo un árbol gigante.
El impacto lo hizo temblar.
El parabrisas se hizo añicos.
El claxon empezó a sonar.
La cabeza del tipo abatida.
El claxon sonando y sonando.
Al niño le entró pánico.
Corrió a por el perro.
Los perros le gustaban mucho.
Volvió a agarrarlo del rabo.

El perro pesaba un quintal.
La sangre le hacía resbalar.
El niño estaba muy alerta.
Algo reventó bajo el capó.
Ascendió un hilo de humo.
La bocina sonaba y sonaba.
Los cables de contacto reventaron.
Algo crepitó en el interior.
El humo se volvió negro.
El niño abrazó al perro.
El pobre estaba hecho mierda.
Un ojo salido y colgando.
La huella de las ruedas.
Había empezado a ponerse rígido.
Entonces lo que quieras jovencito.
Volveré a guardar los Doritos.
Ella no oía sus lamentos.
No podía gritar muy fuerte.
Entró a por la cena.
Todavía no había demasiado humo.
El niño reemprendió la carrera.
El claxon atascado seguía sonando.
Pero más débil que antes.
La batería empezaba a ahogarse.
Había llamas bajo el coche.
El tipo sobre el claxon.
Derribado y como sin vida.
Con un gran boquete sangriento.
Un agujero en la cabeza.
Las llamas amarillas hicieron ¡chas!
La pintura comenzó a arder.
Empezaba a hacer mucho calor.
Era lo último que faltaba.
El pelo se le rizaba.
Brotaba fuego por todas partes.
Voló el depósito de gasolina.
Se produjo un gran estallido.
Tiró al niño al suelo.
La explosión meneó el coche.
Dos de los ruedas estallaron.
Entonces se venció el coche.

El niño dijo oh mierda.
Lamentó haber lanzado el ladrillo.
Fue a abrir la puerta.
Se le fundió la piel.
Se borraron sus huellas dactilares.
Ni siquiera llegó a sentirlo.
Sabía que tenía que doler.
Eso le llenó de miedo.
Oía una música de fondo.
Se frotó la mano fundida.
El tipo ya sin pelo.
Un humo denso y negro.
Se ahogó de mala manera.
Tosió y le entraron arcadas.
Cruzó la carretera sin mirar.
Necesitaba llegar a un teléfono.
Para emergencias marcad el 911.
Se lo enseñaron en clase.
Fueron al parque de bomberos.
Mencionaron lo de las cerillas.
Pero nada sobre lanzar ladrillos.
Regresó corriendo a la casa.
Se detuvo a medio camino.
No iba a darle tiempo.
Tenía que volver al coche.
El Ford Mustang estaba negrísimo.
Los neumáticos se estaban quemando.
Las bobinas se estaban derritiendo.
Ya no valdría tanto dinero.
La camisa del tipo ardía.
El niño lo pudo oler.
Parecía de la marca Izod.
Había salido gente a curiosear.
Un hombre se acercó corriendo.
Era uno de esos héroes.
La camisa protegía sus manos.
El héroe agarró la puerta.
Se le escapó un aullido.
Se le pegó la manija.
No estaba dispuesta a soltarle.
Se vio envuelto en llamas.

Empezó a rizársele el pelo.
Intentó sacar al hombre inconsciente.
Tenía el cinturón de seguridad.
En la cintura y cruzado.
Finalmente el héroe se despegó.
Pero profirió un nuevo alarido.
Le humeaba toda la ropa.
Cayó al suelo y rodó.
Sobre la negra hierba carbonizada.
Se palmeaba el cuerpo ridículamente.
Su brazo estaba todo negro.
El niño no perdía detalle.
El héroe sobre la hierba.
Necesitaba que alguien le socorriese.
Pero nadie movía un dedo.
La gente no quería involucrarse.
El coche sí estaba involucrado.
Ya nada darían por él.
El motor quizá seguía intacto.
La transmisión se había fundido.
El héroe seguía dando gritos.
Comenzó a oírse una sirena.
Llegó un enorme camión rojo.
Los bomberos saltaron del camión.
Empezaron a gritar ¡Dios mío!
Y uno soltó ¡Hostia puta!
El conductor estaba muy alterado.
Aquella era su primera salida.
Olvidó el freno de mano.
Los demás desenrollaron la manguera.
Preparados para sentir la presión.
La agarraron con mucha fuerza.
El conductor activó la bomba.
Eso desbloqueó las ruedas traseras.
Desde la manguera pedían agua.
La manguera tiró de ellos.
El camión rodaba carretera abajo.
Los bomberos corrieron tras él.
Se gritaban unos a otros.
Cayó rodando por una zanja.
Era una zanja bastante profunda.

Más bien casi un canal.
Un canal de aguas profundas.
Quedó apuntando hacia el cielo.
El motor se había parado.
Ahora no se podía bombear.
Las mangueras ya no servían.
El del Mustang se encogió.
El niño reaccionó al momento.
Empezó a buscar el ladrillo.
Estaba debajo del Mustang incendiado.
Estiró el brazo para alcanzarlo.
Pensó en sus huellas dactilares.
Pero recordó que habían desaparecido.
Así que lo dejó estar.
Los bomberos se gritaban órdenes.
Uno sensato avisó por radio.
Se habían congregado muchos mirones.
Llegó una furgoneta de prensa.
Con el presentador del telediario.
Empezaron a montar las cámaras.
El locutor con su corbata.
El Mustang chamuscado del todo.
Los bomberos volvieron a intentarlo.
Con extintores de polvo seco.
Pesaban cerca de diez kilos.
Comenzaron a accionar las manijas.
Nubes blancas de sustancias químicas.
El fuego emitía destellos ardientes.
La gente tosía con arcadas.
El depósito aún lanzaba llamaradas.
No eran capaces de apagarlo.
Finalmente se quedaron sin polvo.
No era más que bicarbonato.
La gente no lo sabe.
Los bomberos viven de eso.
La gente suele hacer barbacoas.
Juegan al bingo y beben.
A veces montan una fiesta.
Y empinan bastante el codo.
Entonces se recibe el aviso.
Había cabrito asado de cena.

Pero se les ha incendiado.
Como el conductor del Mustang.
Entonces irrumpió el otro camión.
Con el jefe de bomberos.
Organizó y avisó por radio.
Dio órdenes y formaron filas.
Ya solo ardía un neumático.
Los mirones comentaban su incompetencia.
Los bomberos estaban muy avergonzados.
Por fin llegó la ambulancia.
Los bomberos se dieron aires.
Intimidaron a los técnicos sanitarios.
Forzaron la puerta hasta abrirla.
Un chascarrillo sobre Crispy Critters.
Los cereales para el desayuno.
El jefe se puso colorado.
Interrogó a unos cuantos testigos.
El niño se alejó discretamente.
Le esperaba la cena fría.
Fue hasta el perro muerto.
Cada vez estaba más rígido.
Le levantó una pata trasera.
Se quedó estirada y tiesa.
Echó un vistazo al coche.
Acababa de llegar la grúa.
Nunca había visto una grúa.
Se quedó mirando la grúa.
El reportero grababa los testimonios.
Entrevistaron a muchos en directo.
Luego fanfarronearían en sus casas.
Ya eran casi auténticas celebridades.
Llamarían enseguida a sus vecinos.
Llamarían enseguida a sus amigos.
Los verían por la tele.
Las casi celebridades lo celebrarían.
Se montarían sus buenas fiestas.
El niño los vería impasible.
Reconocería a todos los testigos.
Al rato todo habría acabado.
Anuncios seguidos de Johnny Carson.
Estaría por fin a salvo.

Luego pediría un cachorro nuevo.
Su padre se lo denegaría.
El niño haría mil promesas.
Su padre repetiría que no.
Que había licencias y tasas.
Los cachorros se hacían adultos.
Y los perros perseguían coches.
Y los coches mataban perros.
Y a veces llovían ladrillos.
Y los niños sufrían castigos.
Pero padres andaos con ojo.
Hoy los niños son violentos.
Especialmente si hay mascotas implicadas.

Julie: un recuerdo

Estaba embarrado y tuve que tener cuidado de no meterme en terreno blando al aparcar. Eso me dejaba muy poco espacio. Cuando traté de tocarla ella me apartó las manos a manotazos. Oí que él quitaba el seguro. «No quiero que lo hagas si no quieres», dijo ella. Luego entramos. No sé por qué fuimos en coche hasta allí. Ella no me lo dijo. Y entonces entró Julie. Supuse que eso la haría feliz. De pronto tuvo una especie de ataque. «Bloquea las puertas», dijo. Él tenía la llave inglesa en una mano y los dedos le temblaban, grasientos y negros. No quise decírselo. Entramos y nos sentamos. La sangre se me había encostrado en la cara. «No», dijo ella. Me arrastré a cuatro patas hasta el primero justo cuando se apoderaba del rifle. Ella quería palomitas. Ahora se ven toda clase de movidas sobre el aborto en la tele; una vez vi a un médico que sostenía un feto entre los dedos. Ella me había dejado en la nevera cosas para hacerme un bocadillo. Me vestí, apagué las luces y cerré la puerta con llave. No sé cuántas veces me golpearía él. Ella no quiso. Dijo que todo era un error, que no me quería. Él suplicó desesperadamente por su vida. Y luego, sin motivo, la abofeteó. Cuando volví a pensar en todo aquello comencé a sentirme bien. Él parecía medio dormido. El primer chaval le bajó las bragas hasta las rodillas y ella gimió. Dicen que no hacen hamburguesas antes de la hora, pero las hacen. Por detrás pasaba una pequeña carretera en la que estaban enterrados todos aquellos negros. Tuve que tantear debajo del asiento para dar con mis calcetines. «No abras», dijo ella. Lo limpié con la mano y lo miré. Pero no estaba del todo seguro. Luego él la agarró de las piernas, jadeante, y se las separó. Perdimos la noción del tiempo. Yo habría podido extender el brazo y hacerme con él. Reconocí al segundo chaval. La abofeteó con tanta fuerza que le hizo volver la cara. Todo el mundo se merece un poco de amor. Aunque da la impresión de que siempre acaba arruinándolo todo. Pero aquel coche volvía a estar allí. Fue muy rápido. Lo que estábamos haciendo Julie y yo no era distinto. Era una aventura. Creo que esa noche se lo pedí a él por favor. Uno no puede ir pidiendo cosas así. Ni siquiera sabía si podríamos vivir juntos. Pero lo que sí sabía era que, en cualquier caso, ella se pondría de mi parte. Durante mucho tiempo me preocupó que me pillaran. Pero sabía que teníamos que intentarlo. No quise liberar el alma de su cuerpo si no estaba preparado, así que le dije que se pusiera a rezar. Es un gran paso. Él había puesto un gato hidráulico delante de la rejilla. Uno de ellos dijo que no tenía cerillas. Estábamos rodeados de casas. Tuve que dejarme la camisa puesta delante de mi madre para que no me viese los

arañazos de la espalda. Paré a las afueras del pueblo y saqué unas cervezas del maletero. Ella aún no daba señales. Yo intenté levantarme pero tenía una sensación de borrachera. Ni me di cuenta de que él ya estaba listo. «Abre la puerta», dijo él. Me arrodillé. Tenía planeado pasar la noche con unos amigos en el vertedero, pero se puso a llover con fuerza a eso de las diez y, como no queríamos dormir en nuestros coches, volvimos a casa. Al principio, cuando empezamos a hacerlo, usábamos condón. Pospuse el momento de decírselo a mi madre. Se estaba volviendo loco. Me incrustó el cañón del rifle en la cabeza. Yo quería ir a por una pizza. Por debajo del coche solo le sobresalían los pies. Ella dijo que él siempre la invitaba a café y que almorzaban juntos. Yo no dije gran cosa. Entonces permanecimos un rato en silencio. Yo estaba empapado de barro y sentía frío en las piernas. Nada de eso tenía importancia. Y entonces se quedó embarazada. Intentaba ponerla a cien. Así que mantuve la boca cerrada. Pensé que iban a matarnos. Yo escuchaba. Pero ella ni siquiera lo mencionó. Pensé que íbamos a hablar. «Alguien con el coche averiado, supongo», aventuré yo. Creo que mi madre quería preguntarme por qué ya no seguía saliendo con Julie, pero no lo hizo. Por fin llegamos y el bosque estaba oscuro y húmedo. Ella se cubría el rostro con las manos. Hasta la había visto en los bares. Fue tan evidente cuando ocurrió. No sirvió de nada. «No quiero formar parte de esto», dijo él. Una vez lo hicimos ahí mismo, en el sofá, con su madre en la habitación de al lado. Yo sabía que había hecho lo correcto. El primero le pasó el rifle al segundo y le alzó el vestido. No podía volver por allí sin pensar en todos esos muertos bajo las piedras. Por fin todo acabó. No sabía si funcionaría. Hundí la cara entre sus pechos, cerré los ojos y me quedé inmóvil. Cuando no estábamos haciéndolo, hablábamos de hacerlo. Me terminé la cerveza y volví a meterme en el coche. Él quiso saber quién era pero yo no abrí el pico. «Gracias», dijo ella. No quería casarme con ella. La carretera estaba húmeda, así que avanzaba con prudencia. No es algo que deba hacerse a la ligera. Ella dijo que a él le encantaba bailar. Arranqué y nos abrazamos hasta que se calentó el motor. Antes de que se bajara del coche la obligué a decirme dónde vivía él. Ella no paraba de fumar, encadenaba un cigarrillo con otro y tenía manchas marrones en las yemas de los dedos. Me pregunté si no tendría también un hijo nacido fuera del matrimonio. «No», dijo ella. «Te lo ruego». Pensé: si te casas con ella, podrás hacerlo todo el rato. Mi madre se ofreció a comprármelos, pero yo le dije que de ese tipo de cosas quería ocuparme yo mismo. No quería avergonzarla. Ella hablaba de fiestas prenatales y de ropa de bebé. Vi el rifle ahí plantado, apuntando a la carretera. Su madre era rara conmigo. Comenzamos a vestirnos. «Deprisa», decía ella. «Métemela deprisa». Había salido algo en las noticias. Él tenía el dedo en el gatillo. Pensé

en su alma y también en la mía. Cada vez que entraba en su casa, la madre alzaba la vista, pero enseguida volvía a centrarse en la tele. Tenía barro por toda la cara y no quería que la mirase. Había otro chaval bajo la lluvia, observándome. «Te quiero», me dijo ella. Al recobrarme, vi que la habían atado. Al final tuve que marcharme a casa. Él no oyó que me acercaba al coche. La luz del porche estaba encendida cuando llegamos y ninguno de los dos dijo nada. Yo supuse que lo mismo ella se pondría a gritar. Me pasé el antebrazo por los ojos. Ella tendría unos veinte. Puede que ni siquiera fuese mi chica. «¿Cuándo se lo vas a decir a tu madre?», quiso saber. Yo no tenía ni idea de lo que le iba a contar a mi madre. Se oía el repiqueteo de la lluvia en el techo del coche mientras nos desvestíamos y luego, cuando estábamos desnudos en el asiento de atrás, con los seguros echados, no había nada mejor en el mundo. Al otro lado de la valla había ardillas y ciervos. Habían vivido cerca de ella. No supe qué hacer. ¿Renunciar a mi vida por ella y el bebé? Subí al porche, llamé a la puerta y oí a su madre decir que pasara. Una vez en mi coche, lo primero que hizo fue agarrarme la mano y metérsela por debajo del vestido. No fue grosera, pero me quedó bien claro que lo último que le apetecía en ese momento era hablar. A partir de entonces ya nada pude hacer. Tuvo que ser él quien llevó el whisky, porque ella nunca tenía alcohol en casa. «Estás a dos segundos de que te reviente la cabeza de un balazo», dijo. Pero yo no estaba preparado para casarme. Entonces ella se agachó, como si fuese a ponerse a mear en el suelo. Era el sitio al que siempre íbamos. Ella dijo que no quería casarse. Nos cogimos de la mano. «Se os ha ido la puta olla», dijo él. «Yo sí quiero», dije. Afuera hacía frío. Aparqué el coche en mitad del bosque y regresé a pie a la carretera, salté una alambrada de espino y atravesé un prado. Sé que él estaba pensando en aquella noche y en lo que nos hizo. Ella me agarró la polla con la mano. Miré a Julie. «No», dijo ella. Esa mujer parecía estar siempre tan herida. No supe qué decir. «Joder, ella quiere», dijo él. Descansamos diez minutos, besándonos, y luego vuelta a empezar. Yo quería contárselo a mi madre y preguntarle qué debía hacer. Por fin arrancamos y nos dispusimos a salir del pueblo. Esa noche íbamos a hablar. Pensé que iba a tener un accidente. No puede hacerse sin eso. Apenas veía. Hablamos un poco más. Me arañó tan fuerte que estuve a punto de decirle que parase. El rifle cayó al barro. «¿A qué estás esperando?», dijo ella. Llegué a ser todo un experto en vestirme sentado. Me daba miedo que ella se levantara, entrase y nos viese en el sofá, pero eso no nos detuvo. El primer chaval la tenía sujeta por los brazos y la arrastraba hacia un árbol. «Dile que abra la puerta», dijo él. Yo siempre había considerado que tener niños era algo que había que pensarse mucho. No hay nada más oscuro que un bosque por la noche. Poder poseerla siempre que lo

desearas. Había un montón de gente en la plaza cuando la cruzamos. Ella me desabrochó el cinturón y me bajó la bragueta. Comimos en el aparcamiento. Tuvimos que darnos prisa porque la película estaba a punto de empezar. Y luego dijimos que nos daba igual lo que fuese siempre que naciese sano. Cuando fui a acostarme me cubrí la cabeza con las sábanas y lo reviví todo, cada palabra, cada sonido y cada gota de lluvia. Yo no quería que abortase. Supongo que era como cuando eres pequeño y has hecho algo por lo que sabes que te va a caer una gorda, pero tienes la esperanza de que, si se lo suplicas con bastante vehemencia, tus padres lo dejarán pasar. Bajé la ventanilla. Él salió corriendo hacia el bosque soltando un aullido demente. Me puse de pie de un salto y me abalancé sobre ella. «Sal del coche», dijo el chaval del rifle. Por su voz parecía ebrio. Yo le di un buen trago. Me gusta la aventura. Me sorprendió cuando ella me reveló que lo había hecho. Creo que se sentía culpable por la noche que tuvimos que suspender la excursión de pesca a causa de la lluvia. Se deslizó por encima de la consola del coche para pegarse a mí y nos largamos. El segundo se giró y me miró con la polla al aire. Ella echó la cabeza hacia atrás. Yo no podía entender por qué estaban haciendo lo que estaban haciendo. Ella se subió el vestido y me obligó a introducirle la mano entre las piernas. Durante un tiempo traté de hablar con ella, pero siempre fue inútil. Ella llegó a contármelo todo acerca de su trabajo y de aquel tipo que curraba con ella y que siempre estaba intentando engatusarla en los descansos. Yo conservaba una vieja pistola que había pertenecido a mi padre. Ella me dijo que lo dejase estar. Tenía cervezas heladas en el coche y le pregunté si le apetecía una. O tres. «Sal», dijo el del rifle. Ella me dijo que Julie estaría lista en un momento. Me quedé sentado en el camino de entrada un buen rato mirando la casa. Al que le había golpeado se levantó del suelo. La gente estaba viendo la tele a escasos metros de nosotros. Se me hacía tarde cuando llegué a casa, pero ella me había planchado y preparado la ropa. No tuvo que ser fácil para ella. Pensé que él le estaba haciendo daño por el modo en que ella gemía. Entré sin hacer ruido y me lavé la sangre de la cara con una toalla húmeda. Tenían un bonito hogar, pero él estaba muy lejos de la casa. Jugueteé un poco y la parte de atrás se deslizó. Ella me dijo que si quería cuidar de ella la llevase de vuelta a casa. Sentí el contacto de algo frío en un lado de la cabeza. «Por favor, joder», dijo él. Yo le pregunté a ella qué iba a hacer con su ropa. Cuando estuvo seco sacamos una manta del maletero y la extendimos en el suelo. Lo primero que hizo fue acercarse al chaval y escupirle. Yo sabía que íbamos a pasárnoslo bien. Ella siempre me hacía echar el seguro a las puertas. No me cabía en la cabeza por qué nadie acudía a socorrernos. «Mirad», dije, «no sé qué queréis». Saltaba a la vista que estaba contenta. Pero una noche se nos acabaron, se me

olvidó comprar más o lo que sea. Por debajo no había ningún gato hidráulico. Las fechas estaban tan borrosas, y los nombres, que no podían leerse. Ella no conocía al tercero. A veces nos desgarrábamos la ropa al desnudarnos. Ella me lo contó de camino a casa. Las hojas estaban mojadas y frías y yo sabía cómo sería sentir su contacto en la piel. Ella se incorporó y me miró. Los neumáticos patinaban en el barro. Pero entonces me dio por pensar que lo mismo solo era que estaba sola. «¿Quieres que lo hagamos aquí?», dije yo. «¿O quieres que mejor nos metamos en el asiento de atrás?». Pero se nos estaba haciendo tarde. Ella estaba de rodillas y vi cómo él arremetía una y otra vez contra su cara. Le pregunté si habíamos terminado y ella me dijo que sí. Teníamos que encontrar un sitio para vivir. Yo tampoco quería que creciese llevando solo el apellido de su madre. Ella ya tenía más que suficiente. Era como yo. Podría haberle dejado vivir. No dejaban de pasar coches por la carretera y yo pensaba que alguno pararía seguro. Ni siquiera sabía dónde estaba el padre de Julie. Había una botella de Wild Turkey en la mesa de la cocina. Yo solía ir allí a cazar. Él se llevó las manos al rostro, cerró los ojos y dijo: «Dios mío, Dios mío, por favor, Dios mío». La noche que llegué de pescar, me fui a la cama en silencio y traté de conciliar el sueño, pero les oía moverse en la cama y, de vez en cuando, ella gemía. Pero aquella noche se levantó, se puso un albornoz y me dijo que no pasaba nada. Yo temía que aquello acabase lastimándola demasiado. Yo también podía hacerlo. Solo quería que fuese feliz. En lo único que podíamos pensar era en que se la metiera lo más rápido posible. Me encantaba aquella lluvia. Ella dijo: «Si yo supiese bailar, me casaría con ese hombre». Yo estaba hambriento y quería desayunar algo. A unos cuantos los mataron en la Guerra de Secesión. Yo tenía sangre en los ojos. Se veían los surcos profundos en el barro que habían dejado otros neumáticos. Aquella noche no fue distinta. Le quité la blusa y el sujetador y ella se me puso encima. Le dije que quería cuidar de ella. Él se fue a la mañana siguiente y no lo hablamos. Yo dije que esperaba que fuese niño. «Cállate la boca», dijo él. Pensé en ello. Él no cerraba los ojos. A mí me pones cuando sea una buena historia de amor y me la trago. Era una de esas pelis del espacio. El pie del feto era más pequeño que su pulgar. Fue como disparar a un perro. Le grité lo más fuerte que pude. El primer chaval se dio la vuelta e intentó abrir la puerta. Yo tomé la decisión ahí mismo, en el asiento de atrás, desnudo, abrazándola. Julie se incorporó y se apoyó en su lado del coche. Yo no dije nada. Mi madre iba a ser abuela. «No puedes ocultarlo eternamente», le dije. Pero, a veces, cuando haces cosas, tienes que afrontar las consecuencias. Ella llevaba un vestido rojo y zapatos blancos. Ya había salido a alguna parte, una cita, supongo. Casi todas sus amigas estaban casadas, ella no estaba acostumbrada a

quedar con tíos y probablemente le preocupaba lo que yo pudiese pensar. Entré en su habitación y la desperté. Me lo pensé. No sé cuánto tiempo estuvimos haciéndolo esa noche. Se ve que aquello fue lo que rompió el hielo. Me chorreaba sangre por toda la cara. Hacía que todo pareciese de lo más agradable. «¿Qué piensas?», dijo ella. Es imposible hacer tu pedido, tomarte algo y que te lo tengan listo en treinta segundos, a no ser que lo hayan preparado con antelación. Estaba embarazada de dos meses. Así que salí ahí fuera y le pillé una. Las manos de él se relajaron y golpeó el aire con un pie. Tenían que hacerlo. Pero fue solo cuestión de tiempo. «No queremos problemas», dije. En aquel asiento de atrás con ella me sentía el hombre más feliz del mundo. La tenían atada en el suelo, con los brazos alrededor de un árbol. En Memphis. Todo esto resulta confuso. Tenía que seguir limpiándome la sangre de los ojos. Mi madre se pasaba todo el rato fuera de casa. No podía contárselo. Ya había salido en todos los periódicos lo del chaval que habían encontrado. Puede que hasta saliese yo. Me pateó la cabeza. El tercer chaval seguía de pie en la carretera. Recuerdo que se dio la vuelta y tiró de las sábanas para cubrirse. Habíamos corrido toda clase de riesgos irracionales. Ella dijo que lo hecho hecho estaba. La cara de él hundida en el barro. Yo estoy a favor de la vida. No había servilletas y nos dieron poco ketchup. «¿Se lo contaste a ella?», dije yo. Ella dijo: «Piénsalo». No fue y lo soltó directamente. Nadie quiere eso. Metí el freno de mano y salí con las manos en alto. A ella le llevó mucho tiempo superar el abandono de su padre, pero estaba empezando a sacarle el máximo provecho. Estaba afilado. Tuvieron que saber que yo estaba allí. «Pasadlo bien, chicos», nos dijo su madre. Le pregunté si quería ir a la policía o al hospital o algo. No sé ni cómo cruzamos el bosque. Julie no aparecía por ninguna parte. Ella lo contó como si estuviese en trance. El prado estaba sembrado de coches desguazados. «Solo dime qué quieres que haga», le dije. «Si quieres este coche, es todo tuyo». Estábamos tan cachondos que no podíamos pensar con claridad. Él soltó el rifle. Yo descorrí el pestillo de la puerta y entré en la cocina. Sabía que él le había hecho daño. «Por favor», dije, «no le hagas daño». Él estaba en el prado intentando extraer el motor de un Camaro del 68. Creo que mi mente ha intentado encubrirlo de alguna manera. «Por favor», dijo él. «Por favor, por favor, por favor». No fue tan horrible. No le di la menor importancia. «¿Qué ocurre?», dijo ella. Sus lápidas estaban hechas a mano, talladas en arenisca. Yo no quería herirla. El primero le estaba haciendo algo. El cristal se había empañado con nuestro aliento. Mi coche estaba allí. No quería levantarme. No podía verla abortar. Estuvo muy bien. El primero estaba vomitando junto a un árbol. Es muy chungo, ver a tu madre hacerlo. «¿Podrías simplemente abrazarme un rato?», dije yo. La pistola se disparó. «¿Qué?», dije. El

que me golpeó me puso un cuchillo en la garganta y no hice nada más. «Luego se lo diremos a la tuya», dijo ella. Pero lo mismo yo no era el único chaval que nunca había visto algo así. Mi coche ya estaba pagado, pero necesitaba neumáticos nuevos. Rechinó una vez en la carretera y se me fue el volante. Él no quería morir. Salí a echar una meada y el terreno estaba blando. Cuando me dispuse a cogerlo, el otro me dio una patada. El techo de vinilo estaba podrido. Él gritó al correrse. Y yo me pregunté qué había dicho ella. Tuvieron que oírme llegar. Ella ni siquiera apartaba la mirada del televisor cuando yo decía algo. «¿Estás seguro?», me preguntó ella. Yo me preocupaba mucho por ella. «Segurísimo», le respondí. Él se deslizó de debajo del coche con una llave inglesa en la mano y una expresión de cabreo en el rostro, y me reconoció. Era un Camaro verde del 72 con capota negra. Me estrelló contra el guardabarros. Dejó caer la llave inglesa. «No me hagas preguntas», dije. «Solo abrázame». Yo no sabía si la quería. «¿Algún problema?», pregunté. Me dio la impresión de que me goteaba la nariz. Ella estaba viendo un capítulo de *Knot's Landing* así que me puse a verlo un rato con ella. Randy Hillhouse vivía a unos doscientos metros. Yo echaba de menos a mi padre, obvio. «¿No te acuerdas de mí?», dije. Acabé casi medio borracho en la cocina antes de que me sirviesen mis salchichas con huevos. «No volveremos muy tarde», dijo ella. Era la boca del cañón de un rifle del 22. Yo sabía que ella quería que nos casáramos. «Me pregunto qué hace eso ahí», dijo ella. Me pareció haber visto antes a ese chaval en alguna parte. Julie estaba callada. Caí como si me hubiesen disparado. «Oh, tío, no», dijo él. Estaba lloviendo, no mucho, pero lo bastante para tener los limpiaparabrisas en marcha si querías ver. La película no era tan buena. Supongo que podría haberlo dejado pasar. Nunca lo hacíamos menos de dos veces. He visto a cerdos hacerlo así. Le apunté a la cara. Al acabar, nos quedamos abrazados durante un buen rato. Más tarde lo recordaría como una pesadilla. Parece que me ponía a llorar. Cada noche. Quería un cigarrillo, pero allí no podía fumar. Ella ahora ni siquiera me habla, actúa como si no recordase quién soy. «¿Se lo contaste?», dije. Yo no la quería. ¡Paf! Ahora creo que debí intentar estrangularle. Hablamos de contárselo. Pero yo quería a mi madre. El primero y el segundo eran hermanos. Más o menos de mi edad. Me volví y miré. «A veces es bueno llorar», dijo ella. El coche estaba aparcado al final de la vía de cambio de sentido. En mi mente podía ver a ese chaval corriendo por un campo de softball. «¿Quieres contárselo a ella?», dije yo. Cuando cerré la puerta, me lo pensé y quité el pestillo, entré en el salón y encendí la lámpara. Ahora me parece un sueño, algo que en realidad nunca sucedió. Ella gritaba para que la socorriese. Hacía tiempo que no me abrazaba de esa manera. Esperé una semana. Su boca sabía a chicle. Creo que lloré un poco. Se

me volvió a poner dura. Ya había metido la marcha atrás cuando el primero golpeó la ventanilla. Nos besábamos. Llegué con prisas, se me hacía tarde. Debí desvanecerme. Ella me besó y luego miró a su madre. «Por amor de Dios», dije. Solo metí una bala. Siempre tuve la impresión de que su madre sabía lo que estábamos haciendo. Teníamos ropa tirada por todas partes. Recuerdo una vez que entré cuando estaban en la cama. Me aseguré de que era él. «Puedes hablar conmigo cuando quieras», me dijo ella. No puedo olvidar el aspecto que tenía él ahí tirado. Ella me pidió que la llevase a casa. Al llegar había un coche extraño en el sendero de entrada. Estábamos a unos veinticinco kilómetros del pueblo. Me detuve y me quedé mirando un buen rato antes de subir. Nos estaban esperando. Creí que me iba a poner a vomitar, pero me contuve. Le aplasté la cabeza contra el guardabarros, le agarré del pelo con las dos manos y le metí un rodillazo en la nariz. Nunca le había hecho nada. Oímos que su coche se alejaba. La besé y le abrí la camisa. Le disparé y cayó. «Me pones tan cachonda», dijo ella. Luego saqué una Coca-Cola de la nevera y me preparé un copazo. Con uno me bastaba. Ella me dijo que ese hombre tenía tres hijos y una mujer a la que no le gustaba bailar. Yo no me moví. Bastaba con tocarla entre las piernas para ponerla a cien. Supongo que a los dos nos pilló por sorpresa. Los dos éramos silenciosos. «Vámonos a casa, se lo diremos primero a tu madre», dije yo. No supe si debía entrar directamente o llamar antes a la puerta. El que estaba al lado de Julie le dijo algo al que tenía el rifle. Tenía los pantalones bajados hasta las rodillas y ella parecía que se estaba asfixiando. «No», dijo él, «no te conozco». Era como si ella fuese lo que había estado esperando toda mi vida. Me di la vuelta y me lancé a su cabeza. No parecían gente capaz de criar hijos así. «Hemos tenido un pinchazo», dijo él, pero el coche parecía nivelado. El segundo se acercó a ella. Yo no sabía lo que estaban haciendo. «Sí, ya veo», dije. Otro, un tercero, estaba bajo la lluvia con las manos en los bolsillos. Yo estaba tirado en el suelo delante del coche. El cuerpo de ella era el templo de mis plegarias. Me golpearon en la cabeza con el arma y luego no pude ver lo que hicieron con ella. Le culpo a él. Pudo haber sido primo de ellos. Yo ya había visto a sus padres. Reduje la marcha al cruzar el pueblo. «Casémonos», le dije. La lluvia caía delante de los faros. Tuve que hacerme a un lado y parar. Fue lo mejor que hice en mi vida. No tenía pegatina de inspección y estaba intentando mantenerme lo más lejos posible de las fuerzas del orden. Ella nunca habló de él. Pero ellos sí. Se ve que había estado en el funeral de su hermano. Yo no sabía qué hacer. «Haré lo que sea como tú no lo hagas», dijo ella. Pensé que no era más que cuento. Indirectas. De todas formas, ellos no me gustaban. Apreté el gatillo. Entonces vi lo que habían hecho. Llegamos al cementerio y los neumáticos patinaron

en el barro. «Tiene un arma», dijo ella. No me acuerdo de haber conducido hasta allí. Los dos estaban desnudos y él estaba entre sus piernas. Él estaba muerto, tal cual. Pero el feto estaba vivo. No nos habíamos planteado contárselo a nadie. Lo miré, pero no podía concentrarme en lo que veía porque estaba pensando en qué íbamos a hacer a continuación. Ella seguía necesitando su tiempo. Él se la había sacado y la sostenía en la mano. Supongo que yo podría haberle dicho un montón de cosas a ese tío. Ella dijo que esperaba que fuese niña. Yo solo sé que estaba aterrado. Arranqué el coche y dejé que se calentara el motor. El tercero parecía estar vomitando en la cuneta. La bala le hizo un pequeño agujero rojo entre los ojos. Ella abortó. Lo malo es que puede que él arda eternamente en el infierno por mi culpa. Ella no podía dejar de besarme. Yo me acordaba, vagamente, de haberles visto hacerlo cuando era pequeño. Cuando agarré el cañón, él lo soltó y echó a correr. Era maravilloso aparcar el coche y estar con ella cuando llovía. Teníamos que casarnos cuanto antes. Sé que ella pensaba en hacerlo tanto como yo. Me acerqué a él y le di un toque en las plantas de los pies. Ahora todo está señalizado y está prohibido cazar por allí. La ayudé a entrar en el coche y nos pusimos a buscar al tercer chaval, pero no lo vimos por ninguna parte. Había un montón de cosas que tenía que decirle, un montón de cosas que necesitaba decirle, pero al final no le dije nada. Y a lo mejor es que no fuimos capaces de hacerlo. No sentía nada con uno puesto. Me di una ducha y me afeité, en pelotas por la casa. No quería verla sufrir. Ella los conocía. «Eh», dije. Vaqueros y una camisa de rayas. Yo no sabía qué cojones hacer. No me importó mucho matarle, después de lo que había hecho. Era mi bebé. Supongo que estaba aflojando los tornillos de la transmisión. Tan a salvo y abrigados. «En cuanto se lo digas a la tuya», le dije. Cuando se calentó el motor encendí el desempañador. Seguimos tonteando. Ellos solían venir a hablar con ella. La hierba había crecido y había una vieja jaula para perros o cerdos en mitad del prado con los barrotes podridos y el alambre oxidado. Siempre me corro enseguida la primera vez. Llevábamos discutiendo cinco meses. Él lloró y me suplicó que no lo hiciera. Yo le supliqué que no la hiciese daño y me pateó la cara. Me dolió.

Samaritanos

Un día, a eso de media tarde, me estaba fumando mi último cigarrillo en la barra de un bar. Y estaba bebiendo más de la cuenta por varias razones. Fuera hacía calor y el sol deslumbraba, dentro se estaba fresquito y reinaba la penumbra, he ahí una de las razones por las que estaba allí. Pero la razón principal era que mi mujer me había dejado para irse con otro.

De improviso entró un niño, un niño pequeño, muy pequeño. Por supuesto, eso no estaba permitido. A los niños no se les puede dejar entrar en los bares. Es algo que la gente no tolera. Cuando entró, yo estaba a punto de salir a por el otro paquete de tabaco que tenía en la camioneta. No me acuerdo de todos los que estaban. Puedo suponer que unos cuantos viejos y, probablemente, unos cuantos borrachos. Recuerdo que había un señor mayor, un golfista de manos temblorosas que entraba cada tarde, se bebía tres cervezas de barril y se ponía a contar unos chistes verdes horribles que, si no estabas de buen humor, te obligaban a cerrar los ojos y a sacudir la cabeza sin sonreír. Y en aquel entonces yo nunca estaba de buen humor. Supe que iban a decirle al niño que ahuecara el ala.

Pero se conoce que nadie estaba por la labor. El niño no tenía muy buena cara. Pensé que algo iba mal desde el mismo instante en que puso un pie en el bar. Traía el pánico incrustado en los ojos.

El barman, Harry, era un tipo barbudo y musculoso. En ese momento se encontraba lavando unas jarras de cerveza, alzó la vista y lo vio ahí plantado. Lo único que llevaba puesto eran unos pantaloncitos verdes de gimnasia que le quedaban demasiado anchos. Daba la impresión de que se había pasado muchísimo tiempo caminando junto a una carretera, o algo por el estilo.

Harry se incorporó un poco y dijo:

—¿Qué quieres, niño?

Vi que el niño traía unas monedas en la mano. Se había subido al riel que corría por delante de los taburetes y se había acodado en la barra para sostenerse.

No estoy intentando que suene peor de lo que fue, pero para mí que aquel niño no comía lo suficiente. Y además tenía un corte de pelo pendiente desde hacía por lo menos dos o tres meses.

—Necesito un paquete de tabaco —dijo.

Miré a Harry para ver qué le decía. Ya estaba sacudiendo la cabeza.

—No te los puedo vender, hijo —le dijo—. Eres menor.

Pensé que el niño iba a soltarle alguna impertinencia. Pero no.

—Oh —dijo, pero se quedó donde estaba. Me miró. Fue entonces cuando supe con certeza que algo pasaba. Pero no quise indagar. Ya tenía más que suficiente con mis problemas.

Harry volvió a sus platos y yo a mi cerveza. Estaba intentando ponerle freno, pero afuera hacía un calor del demonio y en aquel momento la autocompasión me impedía actuar con decisión. Según mis cálculos, si era capaz de permanecer donde estaba hasta que el sol se pusiera y luego lograba llegar a casa sin que me metieran entre rejas, podía darme con un canto en los dientes. Me quedaba algo de bagre en la nevera que más tarde tenía pensado descongelar.

La gente se desentendió del niño. No hacía ruido ni nada que llamase la atención. Se soltó de la barra, se bajó del riel y vi su cabeza dirigirse hacia la puerta, al otro extremo de la barra.

Pero entonces, al alcanzar la esquina, volvió el rostro hacia mí y con el dedo me indicó que me acercase. Yo no dije nada, me quedé mirándole. Solo veía sus ojos saltones y el movimiento de ese dedo que me llamaba.

Podía haber vuelto a hundir la mirada en mi cerveza y esperar a que se fuera. Podía haberle dado la espalda. Sabía que no podía quedarse allí con nosotros. No tenía edad. Uno no tiene por qué verse involucrado en cosas así. Pero tenía que salir a por mi tabaco. Y no me iba a quedar otra que pasar a su lado.

Me levanté y me dirigí a la salida. El niño había retrocedido hacia la parte oscura.

—Señor —dijo—. ¿Me dejaría un dólar?

Él ya tenía dinero para cigarrillos. Yo sabía que alguien ahí fuera le había mandado a por ellos.

Le dije:

—¿Para qué necesitas un dólar?

Echó un vistazo a su alrededor y movió nervioso los pies en las sombras mientras pensaba su respuesta.

—Lo necesito y ya está —dijo—. Lo necesito para una cosa.

Se le veía bastante mal. Me saqué un dólar del bolsillo y se lo di. Ni me dio las gracias. Simplemente se giró, empujó la puerta y salió. En ese momento decidí no seguirle. Pero al instante cambié de parecer.

El bar estaba diseñado de tal forma que, para entrar, tenías que cruzar antes un pequeño porche cerrado. Había una puerta de cristal que te permitía ver el exterior desde dentro. Dios, sí que hacía calor ahí fuera. No se paseaban ni los perros. El sol ardía en el aparcamiento y el coche al que el niño trepó era más o menos como me lo esperaba. Carne de desguace, un viejo Rambler con la parte frontal derecha

abollada, la pintura desvaída, neumáticos gastados y un paño colgando de la rejilla. Estaba al lado de mi camioneta y lleno de gente. Había al menos cuatro niños en el asiento de atrás. La mujer que estaba al volante apoyó el brazo en el respaldo del asiento y le dijo algo al niño, a continuación, alargó la mano y comenzó a meterle una paliza.

Hice amago de volver a la barra para no correr el riesgo de verme involucrado. Pero Harry no vendía tabaco de mi marca y yo tenía un paquete en el salpicadero. Desde donde estaba podía verlo, a pleno sol, casi lo bastante cerca de la mujer para que pudiese alcanzarlo con solo tender el brazo.

Aquella misma mañana me había llevado a un perro por delante con la camioneta y no me sentía nada bien. En realidad el perro se había echado a dormir en mitad de la carretera. Pensé que estaba muerto y decidí pasar por encima sin más, pero, de pronto, cuando ya casi lo tenía debajo, se incorporó, me vio y trató de salir corriendo. Por supuesto, no me dio tiempo a frenar. Si se hubiese quedado tumbado no le habría pasado nada. No le habría rozado ni el tubo de escape. No era más que un perrillo. Pero, por Dios, oí el impacto. Sonó ¡pong! y el perro —un perro blanco— salió rodando por detrás con las patas rígidas y aullando. Volaban pelos blancos por todas partes. El aire se llenó de pelos blancos. Lo vi por el retrovisor. Y no sé por qué me dio por pensar en aquel perro que me había cargado al mirar a esa gente, pero así fue. Lo que no hizo que me sintiese mucho mejor.

Estaban teniendo una especie de discusión terrible en el calor asfixiante que tenía que hacer dentro de aquel coche. Había almohadas y edredones apilados, como si viniesen de camping. Y una anciana en el asiento delantero junto a la mujer que conducía, la que le había metido la paliza a su hijo por llegar con las manos vacías.

Pensé que si esperaba un rato lo mismo se marcharían. Pensé que igual tratarían de conseguir tabaco en otro sitio. Y entonces pensé que lo mismo su coche no arrancaba. Lo mismo, pensé, están esperando a que aparezca alguien con unas pinzas para cargarles la batería. Pero yo no tenía pinzas. Abrí la puerta y bajé los escalones.

Había un espacio de casi un metro entre mi camioneta y su coche. Todos me estaban mirando. Me acerqué a la ventanilla de la camioneta y cogí los cigarrillos del salpicadero. La mujer que estaba al volante se volvió del todo en su asiento. Imposible determinar qué edad tenía. Era una de esas mujeres con las que uno nunca puede estar seguro. Pero es posible que en algún punto intermedio entre los treinta y los cincuenta. No tenía manchas en la piel. En eso sí me fijé.

Desde donde estaba no podía ver bien a la anciana. Solo sus viejas rodillas rugosas y la sucia combinación que asomaba por debajo de la bata. Y su hija —porque supe que era su hija— no es que tuviera

mucho mejor aspecto. Le crecían dos largos pelos negros de un lunar tamaño frijol que tenía en la barbilla. Su cabello parecía una fregona raída por el uso. Uno de los niños ni siquiera llevaba pantalones.

Ella dijo:

—¿Tienen cerveza fría ahí dentro?

Se puso la mano a modo de visera al levantar la vista.

Yo le dije:

—Bueno, sí. Tienen. Pero no venden tabaco a niños tan pequeños.

—Eso siempre depende de si te conocen o no —dijo ella—. Si no te conocen la mayoría de las veces no te los venden. ¿A que sí?

Supe que ya me había liado. Uno puede liarse así sin comerlo ni beberlo. En un abrir y cerrar de ojos.

—Supongo que sí —dije.

—¿Tú tienes? Porque tendrás, ¿no? ¿Me darías uno? —Estaba señalando los cigarrillos que tenía en la mano. Abrí el paquete y le di uno. El niño se asomó a la ventanilla y quiso saber si también él podía fumarse uno.

—¿Le dejas fumar?

—Bueno, hace lo que le da la gana —dijo ella—. ¿Tienes fuego?

El niño no me quitaba ojo. Yo tenía uno de esos mecheros Bic, de color rojo, y cuando se lo ofrecí, ella me agarró la mano un segundo para evitar el temblor. Alzó la vista para mirarme e intentó sonreír. Yo sabía que tenía que regresar al bar enseguida, antes de que la cosa empeorase. Me di la vuelta y lo que me dijo entonces me detuvo en seco.

—No te negarás a ofrecerle una cerveza fresquita a una dama, ¿verdad?

Me volví hacia ella. Se hizo un súbito silencio y supe que todos los ocupantes del coche afinaban el oído atendiendo a mi respuesta. Un momento crítico. Y hacía un calor infernal. Yo ya me había tomado cinco y comenzaba a sentir su efecto bajo aquel sol inclemente. Retrocedí un paso sin pretenderlo y ella abrió la puerta.

—Vuelvo en un rato, mamá —dijo.

Miré a los niños. Tenían el pelo andrajoso y piernas flacas. Hacía tanto calor que esperarla ahí dentro iba a ser un suplicio. Así que le dije:

—¿Vas a dejar a los niños ahí dentro con la que está cayendo?

—Bah, no les pasará nada —me dijo. Pero echó un vistazo a su alrededor con cierto rastro de incertidumbre. Yo miraba a los críos. Callados como muertos.

No quería invitarla a una cerveza. Pero tampoco quería montar un drama. No quería seguir mirando a esos niños. Solo quería dar carpetazo al asunto.

—Te invitaré a una cerveza —dije—, pero esos niños se están achicharrando ahí dentro. ¿Por qué no lo mueves un poco a la sombra?

—Bueno. —Titubeó—. Creo que podría.

Volvió a ponerse al volante y el motor arrancó a la primera. La correa del ventilador chirrió un poco y el tubo de escape soltó una pedorreta de humo. Pero lo maniobró a trompicones y lo dejó a la sombra de un árbol. A continuación, entramos juntos al bar.

La primera Bud no le duró ni dos minutos. Dejó la lata seca. Llevaba una especie de pantalón militar, una camisa de hombre de manga larga, de currante, y zapatillas de andar por casa. Azules, con un pequeño pompón blanco. Tenía los dedos más largos que he visto en mi vida.

Acabé preguntándole si quería otra. Sabía que sí.

—Por Dios, sí. Y también tabaco si no te importa. Marlboro Lights. No de los mentolados. Los Lights normales.

Yo no sabía qué contarle. Se me ocurrió decirle que iba un momento al baño y luego escabullirme. Pero lo cierto es que aún no estaba preparado para irme. Le pagué otra cerveza y le compré los cigarrillos.

—Estoy reventada —dijo ella—. Llevo todo el día conduciendo. No dije nada.

No quería que nadie pensara que era mi ligue.

—Estamos intentando llegar a Morgan City, en Louisiana. Se supone que mi marido ha encontrado curro allí y vamos a reunirnos con él. Pero no sé yo —dijo con un marcado acento sureño—. Ese viejo trasto está en las últimas.

Recorrí el bar con la mirada y me encontré con mi cara en el espejo que había detrás de las botellas. Las bolas chasqueaban suavemente en las mesas de billar.

—Venimos de Tuscaloosa, Alabama —dijo—. Pero esos mocosos se han pasado todo el viaje gritando y peleándose, ni te imaginas el dolor de cabeza que tengo. Te aseguro que reposar, aunque solo sea un minuto, se agradece. Aquí se está bien fresquito, ¿verdad?

La miro un momento. Se ha cruzado de piernas sobre el taburete y de su cigarrillo cuelgan casi cinco centímetros de ceniza. Me levanto y salgo al pequeño porche cerrado. Por el rabillo del ojo veía el Rambler aparcado a la sombra. Uno de los niños se había agachado junto a la puerta para hacer sus necesidades. Me quedé un rato pensando, volví a entrar y me senté a su lado.

—No hay muchos hombres dispuestos a ayudar a una mujer en apuros —dijo ella—. Sobre todo si va cargando con un montón de

críos.

Me pedí otra cerveza. La anterior se había quedado caliente. La dejé en la barra y ella dijo:

—¿No te vas a beber eso?

—Está caliente —le dije.

—Pues me la bebo yo —dijo, y se apoderó de ella. Yo no quería volver a mirarla. Pero ella me miraba a los ojos y no parecía tener intención de dejar de hacerlo. Posó la mano en mi muñeca. Tenía los dedos fríos.

—En este mundo hay gente que tiene y gente que no —dijo—. Mi padre tenía dinero. Era dueño de tres estaciones de servicio y subastaba ganado. Tenía a cuatro personas a cargo de sus camiones. Pero lo puedes perder todo de un día para otro. Tendrías que verle ahora. Ni siquiera podemos permitirnos meterle en una residencia.

Me levanté, me dirigí a la máquina de discos y metí un par de monedas. Puse una de John Anderson, una de Lynn Anderson y una de Narvel Felts. No quería tener que escucharla.

Se estaba encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior cuando volví a sentarme a su lado. Me agarró la mano en cuanto la posé en la barra.

—Escucha —me dijo—. La que está ahí fuera en el coche es mi madre. Tiene setenta y ocho años y lleva desde que nació trabajando como una mula. Y ahora no tiene ni dónde caerse muerta. ¿De qué le ha servido pasarse toda la vida deslomándose?

—Bueno —dije yo—, tiene unos cuantos nietos. Eso ya es algo.

—Ya. Pues yo tengo una hija de dieciocho que hasta ahora nunca se había metido en problemas. Y el año pasado va y se larga con un puto negro del desierto. ¿Qué me dices de eso?

—No sé —dije.

—¡Necesito otra cerveza! —dijo ella, y depositó la lata con fuerza en la barra. Todo el mundo se volvió y nos miró. Yo asentí a Harry y le trajo una fresca. Pero parecía un poco encabronado.

—Te diré una cosa —dijo ella—. A la gente se la suda si no tienes donde dormir ni nada que llevarte a la boca. Les da igual. Ese hijo de puta… Seguro que no estará allí cuando lleguemos. Si es que logramos llegar algún día.

Derribó el rostro contra la barra y se puso a llorar, en alto, agarrada a sus dos cervezas.

Todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo. Los que estaban jugando al billar pararon. Los que estaban jugando al tejo en la máquina se dieron la vuelta.

—Llévatela de aquí —dijo Harry—. Frank, tú la has traído, tú te la llevas.

Me bajé del taburete, me puse al otro lado de aquella mujer hundida y la agarré del brazo.

—Venga —le dije—. Salgamos.

Le tiré del brazo. Ella alzó la cabeza y miró a Harry a los ojos.

—Que te jodan —le dijo—. No sabes nada de mí. No eres nadie para juzgar.

—Largo de aquí —dijo él, y señaló la puerta—. Frank.

—Venga —le dije—. Vámonos.

No había refrescado, pero el sol había descendido un poco. Tres de los niños se habían quedado dormidos en el asiento de atrás, con el pelo pringoso por el sudor. La anciana estaba sentada dentro del coche con los pies por fuera, posados en el suelo del aparcamiento, soltando escupitajos negros por la puerta abierta. Ni siquiera se molestó en volver la cabeza cuando llegamos al coche. La mujer llevaba lo que le quedaba de cerveza en una mano y el paquete de Marlboro Lights en la otra. Al detenernos, se apoyó en el guardabarros.

—¿Crees que el coche lo logrará? —le pregunté. Estaba mirando los neumáticos y pensando en los kilómetros que les quedaban por delante. Ella negó lentamente con la cabeza y me miró.

—He cambiado de idea —dijo ella—. Voy a quedarme aquí contigo. Te quiero.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y de amargura, parecían ebrios, y yo supe que llevaban toda la vida pisoteándola y que probablemente la habían forzado a hacer lo indecible. Así que me limité a sacudir la cabeza.

—No puedes —le dije.

Ella miró el motel que había al otro lado de la calle.

—Cojamos una habitación —dijo—. Yo quiero.

El niño que había entrado en el bar salió de entre la maleza achicharrada y se quedó un rato mirándonos. Acto seguido, se metió en el coche. Su abuela tuvo que mover el asiento para dejarle pasar. Se volvió y cerró la puerta.

—Puede que al final vayamos solo hasta Texas —dijo la mujer—. Tengo una hermana que vive allí. Puede que le deje los niños una temporada y siga hasta California. Hasta Las Vegas.

Iba a decirle que Las Vegas no estaba en California, pero ¿para qué? Ella alzó la cerveza y le dio un buen trago, vi cómo se le contraían y se le distendían los músculos y los tendones de la garganta. La vació. Dejó caer la lata a sus pies, hizo un pequeño ruido metálico contra el suelo y rodó hasta perderse bajo el coche. Se limpió la boca con el dorso de la mano, se restregó los labios y luego los ojos.

—Nadie sabe por lo que he tenido que pasar —dijo mirando el suelo—. Vivir de vales de comida y tener que alimentar a cuatro

mocosos. —Sacudió la cabeza—. No se puede —siguió diciendo—. No se puede culpar a nadie por querer huir de todo eso. Si yo encontrase la manera de huir de mí misma lo haría.

—Eso no está bien —dije yo.

—Eso es horrible —dije.

Ella alzó la mirada y vi que sus ojos estaban en llamas.

—¿Y a ti qué te importa? Lo único que vas a hacer es volver ahí dentro y emborracharte. Eres como todos los demás. Nunca has tenido que entrar en una tienda a comprar con vales de comida y todo el mundo mirándote. Nunca has tenido que pasar hambre. ¿Verdad?

No respondí.

—¿Verdad?

—No.

—Entonces muy bien —dijo ella. Hizo un movimiento brusco con la cabeza hacia el edificio—. Vuelve a entrar ahí y bébete tu puta cerveza. Hemos llegado hasta aquí sin ti.

Apartó la cara. Eché mano a mi cartera porque no sabía qué otra cosa podía hacer. No soportaba seguir mirándoles.

Saqué treinta dólares y se los di. Sabía que sus problemas sobrepasaban con mucho lo que solamente había esbozado, que en sus vidas había cosas horribles que treinta dólares jamás podrían solucionar. Pero yo qué sé. ¿Sabéis cómo me sentí? Me sentí como me siento cuando veo esos anuncios de la tele en los que sale esa gente, mujeres y niños, muriéndose de hambre en Etiopía y sitios así, y nunca mando dinero. Y me consta que Jesús quiere que ayudemos a alimentar a los pobres.

Ella miró lo que le había dado y se puso a contarlo pasándose los billetes de una mano a la otra, dos de diez y dos de cinco. Los dobló, se los metió en el bolsillo y se inclinó para dirigirse a la anciana.

—Vamos, mamá —dijo.

La anciana salió del coche con su bata y vi entonces que las dos llevaban exactamente el mismo tipo de zapatillas de andar por casa. Caminó arrastrando los pies hasta la parte delantera del coche y su hija la tomó del brazo.

Cruzaron despacio el aparcamiento, la anciana cojeaba un poco bajo el calor aplastante, y me quedé mirándolas hasta que subieron los escalones que conducían al bar y desaparecieron dentro. El niño se asomó a la ventanilla y sacudió la cabeza con tristeza. Yo saqué un cigarrillo y el niño se me quedó mirando.

—Madre mía, menudo gilipollas estás hecho —me dijo.

Y en parte tuve que darle la razón.

Vida nocturna

Hace ya tiempo que llegué a la conclusión de que no es fácil satisfacerlas, al menos no para mí. Hay tíos que pueden abordarlas sin más y ponerse a hablar con ellas tan campantes, contarles lo que sea. Yo no. Yo tengo que esperar, armarme de valor, tomarme unas cuantas cervezas. Tengo que quedarme un rato sentado, en una mesa o en la barra, y estudiarlas detenidamente hasta dar con una que parezca que no vaya a rechazar mis avances. Esto suele significar elegir a una que está sola, que quizá sea un poco mayor que el resto o que incluso no tenga muy buena pinta. A veces espero a que se ponga a bailar con otro hombre, solo entonces me lanzo y entro en acción cuando vuelve a sentarse. A veces, si veo a una cuyo aspecto me atrae, hago que le lleven una copa a la mesa. Pero ya digo que no es fácil.

Estoy en un bar a las afueras del pueblo un viernes por la noche cuando, en cierto momento, entran tres mujeres y se sientan en una mesa al lado de la pista de baile, la última mesa que quedaba libre. Me pido otra cerveza y observo al público, a la banda que está tocando en el escenario, a las parejas que se han formado a la deriva deslizándose como humo sobre la pista. En algunas mesas hay tres o cuatro mujeres, en otras hay parejas, en unas cuantas hay solo hombres y luego hay una en la que solo hay una chica. La examino.

Lleva un vestido negro y medias blancas, un poco como una bruja, pienso. Tiene en la mesa una botella oculta en una bolsa de papel marrón y se aferra a su copa solitaria con ambas manos. Parece tener ojos solo para su vaso. Sigo un rato dialogando con mi cerveza, echo un vistazo al reloj que parece que no avanza encima de los grifos y, al final, me acerco. Ella alza la vista, me ve aproximarme y aparta la mirada.

—Hola —digo al detenerme junto a su silla. Ojalá la banda no estuviese tocando rock and roll; apenas se puede hablar con el ruido que meten.

Ella sonríe pero no dice nada. Me va a rechazar.

Me inclino y alzo la voz por encima de la música.

—¿Qué tal?

Ella dice algo parecido a un «Bien» y me siento completamente estúpido, inclinado de esa manera a su lado. Me da la impresión de que lo único que quiere es que me largue y la deje en paz. No voy a apuntarme un tanto. No va a querer bailar. La noche del viernes se aleja volando.

—¿Bailas? —le grito al oído.

El trompetista negro se ha encorvado en el escenario delante del micrófono, cercado por la luz del foco, las mejillas se le inflan al soplar y suda a mares, sus dedos enjoyados vuelan sobre las válvulas. Ella sacude la cabeza y me dedica una mirada triste. Sesenta centímetros de humo denso se descuelgan del techo.

—Joder, venga —le digo con mi sonrisa más amistosa, sintiendo que mi confianza (la poca que podía tener en un principio) se desvanece. Son todas iguales. No querrán hablar contigo, ni bailarán. ¿Por qué venir a este sitio si no es para conocer hombres?—. No voy a morderte.

Ella separa una mano del vaso y se inclina levemente hacia mí.

—Gracias, de todas formas —dice.

Parece tener la piel oscura alrededor de los ojos, como amoratada, está herida. Quizá alguien le ha soltado un guantazo. Lo mismo dijo algo inapropiado al hombre inapropiado y a él se le fue la mano. Sé que son cosas que pueden pasar entre un hombre y una mujer. Que pueden pasar en cuestión de segundos.

—¿Vives por aquí? —le pregunto. No sé qué decir; solo digo lo primero que se me pasa por la cabeza para intentar que ella siga hablando.

Niega con la cabeza y cierra los ojos por un instante. Paciencia. Puede que esté harta de todo esto, de los desconocidos que le hacen preguntas, que siempre le hacen preguntas, que nunca paran de hacerle preguntas.

—No. Vivo en Hattiesburg. Solo he venido a pasar el fin de semana.

—¿Esperas a alguien?

Ella se echa hacia atrás y pestañea. Ahora es cuando me va a soltar que no es asunto mío.

—La verdad es que no —dice ella—. Espero. Punto.

—Pues entonces anímate a bailar —digo yo.

Ella abre un pequeño bolso marrón que parece un topo muerto y saca un cigarrillo blanco. Hurgo en busca de mi mechero y le doy fuego. Ella inhala y tose llevándose el diminuto puño a la boca. Puede que su boca haya conocido un puño mucho más grande. Puede que le guste.

—Gracias —dice ella.

—¿Estudias en Hattiesburg? —le pregunto.

Ella asiente, mira a su alrededor.

—Sí.

—Y has venido a disfrutar del fin de semana.

—En realidad no. He venido a Jackson solo para estar sola un rato.

Me doy cuenta de que hay algo que le molesta. Solo quiere que la

dejen en paz. No quiere bailar. Tiene su propia botella y su propia mesa, sus propios problemas de los que yo no sé nada. Así que echo una silla hacia atrás y pongo un pie encima, apoyo el codo en la rodilla y le digo:

—¿Y eso?

Ella reposa la cara en la otra mano y golpetea el cenicero con el cigarrillo.

—Oh. Pues ya sabes. Para alejarme un poco de todo.

—Sí —digo yo. Conozco ese sentimiento. Empiezo a desear no haberme acercado nunca a ella—. ¿Cómo te llamas?

—Lorraine —dice la tal Lorraine. No me pregunta cómo me llamo yo.

—Pareces triste, Lorraine. ¿Qué te pasa?

—Nada —dice ella, en apariencia solo un poco molesta—. No me pasa nada. Solo quiero estar sola un rato. Tengo unas cuantas cosas que resolver, solo es eso.

Lo sé. Sé que todo el mundo tiene cosas que resolver. Yo mismo, sin ir más lejos. Tengo que resolver lo de mis noches de viernes solitarias, y ya de paso lo de estas pequeñas confrontaciones semihostiles que a veces se producen como resultado. Pero no sé cuándo parar.

—¿No te gusta bailar? —le pregunto. Me siento como un imbécil. Soy un imbécil.

—Claro. Claro que me gusta bailar. Pero esta noche no me apetece.

—Vale —digo. Odio que me rechacen, que me tiren del caballo. Pero es lo que casi siempre me pasa. Odio tener que darme la vuelta y regresar a la barra sin haber obtenido ni siquiera un baile. Odio que me vapuleen así. Pero lo más seguro es que ella tenga algún problema. Es probable que haya un hombre de por medio en alguna parte y de alguna manera. Puede incluso que una mujer.

—No te lo tomes como algo personal —dice ella—. Quizá otra noche.

—Claro —digo yo, y le doy la espalda. Doy un par de pasos y me detengo. Me vuelvo para mirarla. Está destapando la botella. No sé qué me pasa. Regreso a su mesa.

—¿Seguro que no quieres bailar? —le digo.

—No —dice ella, sin molestarse en alzar la vista—. Ahora no. Por favor, déjame en paz.

Es una chica con suerte, eso es todo. No sabe la puta suerte que tiene. Lo que me queda de la Budweiser no hay ya quién se lo beba, así que alzo la botella y le hago una señal a la camarera antipática. La conozco. Y ella a mí. Mete las manos húmedas e hinchadas en la cámara oscura. Le doy dinero pero no habla. No quiere ni mirarme.

Sus pechos contundentes se balancean cuando se pone a frotar la barra con fiereza, sin levantar la mirada. Admiro ese balanceo. Miro cómo se aleja. Encuentra algo que hacer en la otra punta de la barra. Doy un trago.

Hay mucha gente esperando para entrar a los servicios. Transcurren tres o cuatro minutos antes de que pueda pasar y entonces todo es pis rancio, linóleo encharcado y tallas de cuchillo sobre urinarios manchados y atascados con una masa de colillas despedazadas. Se escurre agua por debajo de la puerta del compartimento del inodoro en el que nunca hay papel higiénico. A mis espaldas se ha formado una cola. Rostros marcados y homicidas; mejor no tropezarse con ellos. Esa gente no aceptará disculpas. Se cortarán los nudillos con mis dientes rotos una vez me tengan inmovilizado en el suelo.

Salgo de nuevo al estruendo, al humo y a la oscuridad. Una mujer me roza la muñeca al pasar junto a su mesa, es una de las tres que vi antes.

—Eh —me dice—. ¿Cómo es que aún no me has sacado a bailar?

Y ahí está. Cabello oscuro. Cara pálida. Suéter.

—Me disponía a hacerlo —digo—. ¿Quieres esperar a que la banda vuelva?

—Siéntate —dice ella. Empuja una silla y me siento.

—¿Y tus amigas? —pregunto. Espero que no vuelvan. No sé por qué me habrá elegido a mí, pero me alegro de que por fin alguien lo haya hecho. Aunque la noche se haya ido a la mierda, en este momento hay esperanza.

—Por allí andan —señala—. Te he visto antes.

—¿Aquí? —Necesito mi cerveza—. Deja que vaya a por mi cerveza, vuelvo enseguida.

Ella asiente y sonríe, y lo cierto es que no puedo decir gran cosa de ella salvo que tiene una buena delantera. Recupero mi cerveza y vuelvo.

—Te vi aquí la otra noche —dice ella—. El fin de semana pasado.

No es cierto; el fin de semana pasado me lo pasé entero currando, para ver si sacaba un poco más de pasta. Pero le digo:

—Sí. Vengo casi todos los fines de semana.

Cabello oscuro. Cara pálida. Suéter. Delantera. Vaqueros. Bajo la mirada a sus pies. Deportivas. Con calcetines negros.

—Yo solía venir siempre con mi marido —dice ella—. ¿Quieres tomar algo?

Levanto mi cerveza. Nos quedamos un rato sentados sin decir nada. La banda regresa, se desplazan por el escenario y hablan de sus cosas tras los micrófonos apagados.

—Es muy buena, la banda —digo.

—Sí. Si te gusta la música negrata. Ojalá programasen un día una buena banda de country. ¿Te gusta la música country?

—Sí —digo—. Claro.

Y ojalá conociera a George Thorogood en persona.

—¿Quién te gusta?

Tengo que pensármelo.

—Oh. Pues me gusta mucho Ricky Skaggs. Y Vern Gosdin también me gusta mucho. Y John Anderson.

—Yo fui cantante —dice.

—¿En serio? —Estoy sorprendido—. ¿Dónde?

Mira a su alrededor. Se encoge de hombros. Veo cómo suben y bajan sus pechos.

—Por ahí.

—Profesionalmente, me refiero —le doy un trago a mi cerveza.

—Bueno, canté en Tupelo, en la Feria del Sur Central y en la Exposición de Ganado, en 1976. Éramos tres en la banda. Así conocí a mi marido.

—Estás divorciada —digo.

—Ufff. Ojalá.

He aquí justo lo que menos necesito en este momento: enrollarme con alguien que tenga más problemas que yo. Como si no me bastase con la condicional. Lo que menos me hace falta ahora es enrollarme con una tía que va a pasarse toda la noche ahí sentada contándome lo bien que la follaba su marido. Pero tiene unos pechos realmente estupendos. Y no creo que me haga ningún daño sentarme un rato con ella a charlar. Puede que esté tan sola como yo.

—¿Entonces? ¿Separada? —le pregunto.

—Sí.

—¿Desde hace mucho?

—Unas dos semanas. Pero mira. Me importa una mierda lo que haga ese lamentable hijo de puta. Por mí, como si no vuelvo a verle en toda mi vida.

—Y has salido a pasártelo bien.

—Ni lo dudes.

Le digo que creo que eso podemos arreglarlo.

A las diez estamos fuera, en el aparcamiento, dentro de su Lincoln nuevo (sorpresa), y ella se arquea contra la puerta del conductor. Le he subido el suéter y el sujetador y estoy gimiendo, besándola, intentando bajarle las bragas. Estamos medio ocultos por la sombra del edificio, pero las luces de neón resplandecen sobre el capó y buena

parte de los asientos delanteros. Desde ciertas zonas del aparcamiento la gente podría ver lo que estamos haciendo. Me da igual; estoy cachondo. Sus pezones entran y salen de mi boca y ella medio intenta rechazarme sin mucha convicción. Huele a polvos de talco y un poco a sudor. Llevamos diez minutos besándonos, pero no parece excitada. En lo más hondo ya sé que algo va mal. Ella sigue sin apartar la mirada del recinto del aparcamiento.

—Oh, preciosa —jadeo.

La beso en el cuello y notó en la lengua el sabor ligeramente amargo del maquillaje. ¡Puaj!

—Hagámoslo —digo.

—Aquí no —dice ella. Se escurre de mi cuerpo y se vuelve a acomodar el sujetador y el suéter. Me quedo mirándola un momento y me doy la vuelta. Aquí no. Eso puede significar que lo mismo sí en otra parte.

—Oh, te aseguro que vamos a hacerlo —dice ella. Por supuesto—. Solo que ahora mismo no podemos. —Me acaricia un lado de la cara —. Mi marido podría estar por aquí.

—¿Tu marido? —digo yo. No entiendo de qué va esto—. Creí que habías dicho que no te preocupaba. —Siempre es igual. Todas tienen algún problema que tienen que endilgarte antes de entregarse, e incluso entonces hay veces en que ni con esas—. ¿Qué pasa? ¿Crees que podría pasarse por aquí?

Se aparta el cabello de los ojos y se arregla los pantalones. Baja una de las viseras y examina su cara en el espejo.

—Podría. Ya te conté que veníamos mucho por aquí.

—Dijiste que te importaba una mierda lo que hiciera.

—Y así es.

—¿Entonces qué es lo que te preocupa?

—No estoy preocupada. Solo que no quiero que me pille haciendo nada.

—Ah —digo—. Vale. —Ahora lo entiendo. Otra puta loca. No sé por qué me tienen que tocar siempre a mí las piradas, por qué tengo que ser siempre el que se lanza de cabeza a ellas como un sabueso tras un pájaro. No merecen la pena. Te ponen la cabeza como un bombo con sus niños y sus divorcios y sus pastillas para adelgazar y sus amigos con problemas y esos exmaridos de los que siempre siguen enamoradas. Prometen y prometen y vuelven a prometer. Ahora ya sé que es una loca, sé que lo que tengo que hacer es olvidarme del asunto, volver al bar y dejarla aquí—. Bueno, voy a volver al bar a tomarme una cerveza —le digo—. No quiero verme mezclado en tus historias con tu marido. Ya nos veremos.

Me deslizo hacia la puerta —no tengo que deslizarme mucho— y la

abro. Salgo al aparcamiento y me vuelvo un momento para mirarla. Ella no me devuelve la mirada. Tiene alguna herida secreta en el corazón que es solo de su incumbencia, no de la mía. Me quedo un momento dándole vueltas. Sopeso varias posibilidades en mi cabeza. Por un momento siento la tentación de volver al coche y hablar con ella. Pero entonces cierro la puerta y me largo.

Al día siguiente me llaman desde la plataforma y me dicen que tengo una llamada. Me imagino que será mi madre para que le lleve a casa algo de la tienda, huevos o leche. Tengo las manos llenas de grasa, también se me ha metido debajo de las uñas, de donde luego siempre cuesta Dios y ayuda sacarla, así que cojo el auricular con un trozo de papel absorbente.

—¿Sí?

—¡Hola!

Respondo con lentitud.

—Ah. Hola. —He reconocido su voz.

—Soy Connie. ¿Qué haces?

—Bueno —digo—, ahora mismo estoy intentando reparar un Buick. ¿Qué puedo hacer por ti?

Miro a mi alrededor y descubro que el encargado del taller me vigila. No me pagan por hablar por teléfono, a no ser que sea para pedir piezas de repuesto.

—Solo llamaba para ver qué hacías luego. Me gustaría hablar contigo sobre lo de anoche. ¿Puedes hablar?

Dejo caer el auricular y lo sostengo entre el hombro y la cabeza, me restriego las manos con el papel.

—Sí —digo—. Supongo que puedo hablar un minuto. ¿Qué te preocupa?

—Bueno, solo quería disculparme por lo de anoche. Por mi manera de actuar. Llevaba bebiendo toda la tarde y antes de ir al bar había estado hablando con Sheila y Bonita de mi relación con Roland.

—Roland —digo—. Tu marido.

—Exacto —dice ella, parece que le alegra nombrarlo—. Llevamos ocho años casados. Tenemos dos hijos. Ya sabes que los hijos son los que siempre sufren más con estas cosas.

—Sí —digo. Pues claro. Por supuesto—. Me imagino.

—Estoy en casa y me he puesto a pensar en lo que pasó anoche. En lo de cuando estábamos fuera, en el coche y eso. Estaba muy disgustada. No era mi intención actuar así.

Habla como si hubiese hecho algo malo. Pero lo único que hizo fue negarse a quitarse las bragas. En un aparcamiento público. Donde cualquiera podría haberse acercado al coche a mirar y verla en toda su

gloriosa desnudez gratis. Me incomoda recordarlo, mi estupidez de tío salido y medio borracho. Pude haber ido demasiado lejos. Aparte, se supone que no debería entrar en bares.

—Bueno —digo—. Joder. No me debes ninguna disculpa ni nada. Quiero decir… Acabamos de conocernos. Ya sabes. Lo del coche y eso…, no necesitas darme ninguna explicación.

—Pero yo siento que te la debo —dice ella—. Me preguntaba si tendrías plan para esta noche. Si lo mismo no te apetecería salir a tomar algo por ahí. Si no estás ocupado. —Ella baja la voz—. Porque quiero que sepas que me gustó. Lo del coche.

Ahora sé que tendría que haberme abstenido hasta de eso. Pero me puso tan caliente…

Digo:

—Ah, sí, ¿eh?

Lo revivo, la luz jugando sobre sus pechos y el modo en que brotaron cuando le subí el sujetador.

—Bueno —digo—, no tengo ningún plan.

—Vale —dice ella. Suena contenta de haber llamado—. ¿Quieres que quedemos en algún sitio?

—Claro —digo—. ¿Por qué no? Joder, podemos tomarnos una cerveza o algo.

—De verdad que me gustaría contarte por qué actué así anoche, Jerry.

—Es Gary.

—Eso. Gary. Ya sabía que era Gary. ¿Quieres que vayamos al mismo sitio? ¿Al mismo de anoche?

Voy a decir que no, que mejor otro sitio, pero ella enseguida dice:

—Queda cerca de mi casa y eso. Tengo que llamar a alguien para que se quede con los niños, ellos se saben el número de casa por si pasa cualquier cosa.

—Vale —digo—. Mira. Todavía me queda un montón de trabajo por aquí, así que puede que salga tarde. Sobre las seis o las siete. Ya me he gastado todas las horas que podía pedirme. ¿Por qué no nos vemos allí sobre las nueve? Así me dará tiempo a llegar a casa y a darme una ducha… Conseguiré que alguien me lleve.

—Me parece genial —dice ella—. Pillaré mesa.

—Muy bien —digo. Me quedo un momento pensando. Quizá debería lanzarme y preguntárselo—: Oye. ¿Quieres que reserve una habitación?

Ella espera tres segundos antes de contestar:

—Vale. Pilla una si quieres, Gary. No te prometo nada. Pero si quieres reserva una.

Ya está alegre y achispada cuando me deslizo en la silla junto a ella. Parece que el único sitio libre del bar es el que me ha estado reservando.

—Hola —digo, y dejo una botella sobre la mesa. Ella se inclina y me besa. Los ojos le brillan hasta en la oscuridad; parecen pertenecer a una mujer distinta, nada que ver con la que estuve forcejeando en el coche la noche pasada. La mesa no es más grande que un neumático —. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

En la pista se mueve al ritmo de la música con pies ebrios, apretándose contra mí, sus cabellos limpios en mi cara, suaves y dulces. Bailamos un par de temas y luego me dice que le gustaría hablar.

—Verás, lo que pasa es que me quiere pillar. Tonteando.

—No lo entiendo —digo—. ¿Y eso por qué?

—Quiere que le conceda el divorcio. Pero no pienso hacerlo. No pienso hacer nada que le haga feliz.

Paso de todo eso. No me interesan sus problemas. Actúa como si fuese la única que los tiene.

—Hablemos de cualquier otra cosa que no sea tú y tu marido —le digo—. ¿Por qué no te olvidas un rato de él? Seguro que te lo pasarías mejor, ¿sabes?

Parece darse cuenta con tristeza de que lo que digo es cierto.

—Tienes razón —dice—. No volveré a mencionarle.

Pero lo hace. No deja de nombrarle ni de lanzar miradas por todo el bar, intentando localizarle. Sé que no me queda otra que ser paciente. Tengo la llave de una habitación de motel en el bolsillo.

Encontramos sitio para dejar el coche al lado de la pared de un Day's Inn y ella apaga las luces y el motor. El 214 brilla en caracteres de aluminio sobre una puerta roja de metal.

—Entremos —digo. Abro mi puerta.

Ella aparta la vista y se queda mirando algo que hay al otro lado del aparcamiento. Está muy callada. Infeliz. Casi furiosa.

—¿Qué miras? —digo. Veo que mueve la nuca en la penumbra.

—Nada. —Saca las llaves y abre su puerta—. Entremos. Ya que me has traído hasta aquí, será lo mejor.

Yo no la he forzado a venir. Es ella la que ha conducido voluntariamente hasta aquí. Ahora no sé qué mosca le habrá picado. Sale y rodea la parte delantera del coche con la cabeza baja, ocultando la cara, sin dignarse a mirarme. Introduzco la llave en la cerradura y abro la puerta. Enciendo la luz. Una habitación de motel como cualquier otra. Dejo lo que queda de la botella en la mesa de plástico imitación de madera, vuelvo sobre mis pasos y me apoyo en el marco

de la puerta. Ella sigue de pie frente a la acera, abrazándose, mirando hacia otro lado. Parece estar observando la camioneta Chevy azul que está aparcada al otro extremo del aparcamiento.

—¿Vas a entrar? —le digo.

Sin responderme se vuelve, entra casi rozándome y se sienta en la cama. Yo cierro la puerta y echo el pestillo. Estoy un poco borracho. Más le vale tener cuidado. Saco la botella de la bolsa y la destapo, le doy un trago que me arde en la garganta. Se la ofrezco.

—¿Quieres?

Ella sacude la cabeza con violencia y se queda mirando el suelo.

—Bueno —digo. Echo un vistazo a la habitación y veo el televisor —. ¿Quieres que veamos la tele un rato?

—Me da igual —dice ella—. Todo me da igual.

—Madre mía, nos lo estamos pasando de miedo —digo yo.

Enciendo la tele, me quito los zapatos y me tiendo en la cama a su lado, doblando una almohada para apoyar la cabeza. Veo un cenicero y me lo acerco. Le meto otro tiento a la botella y lamento no tener un poco de Coca-Cola. Está la CNN. Al cabo de un rato ella se da la vuelta y se tumba junto a mí. No dice nada.

—No tenías por qué venir, lo sabes —digo

—Lo sé —dice ella.

No entiendo por qué siempre tengo que elegir a las taradas. Antes tenía la convicción de que una vez que un hombre lidia con una, ya queda vacunado de por vida y todas las que vienen después son medio normales.

—¿Quieres que volvamos? —le pregunto.

Giro la cabeza y la miro. Está tumbada de lado con las piernas recogidas. Lleva unos pantalones azul clarito y una blusa negra con flores rojas.

—No —dice ella—. Quiero quedarme aquí contigo.

—¿De verdad? —digo—. Pues cualquiera lo diría.

A modo de respuesta extiende el brazo, me agarra la mano y la posa en sus pechos. Me acaricia la mano un rato y luego se la introduce por debajo de la blusa. Me inclino sobre ella, la beso y meto los dedos bajo la copa del sujetador. Ella me desliza la mano por la pierna y yo me estiro lo justo para dejar la botella de whisky en la mesa y rodar de nuevo sobre ella.

—Apaga la luz —dice ella.

—¿Qué?

—Que apagues la luz.

Me levanto, me quito la camisa, apago la luz y nos quedamos bajo el resplandor azul de la televisión. En la pantalla se suceden imágenes de no sé qué masacre en un país extranjero: cuerpos hinchados,

ganado asesinado en las calles. Manchas negras de sangre en muros de ladrillo desmoronados. Le levanto la blusa, tanteo en su espalda y le desabrocho el sujetador haciendo que la carne redonda y abundante se derrame en mis manos. La beso con un apremio que ella no parece compartir. Le acaricio la cintura de los pantalones y recorro todo su cuerpo con las manos. Pero en sus besos no hay el menor sentimiento. Está tensa. Retuerzo sus anchos pezones entre mis dedos y a los cinco minutos renuncio. Ella se ha incorporado en la cama y ahora está sentada con sus preciosos melones desbordados por debajo del retorcido embrollo que componen su blusa y el sujetador, no me mira, tampoco mira la televisión ni el desbarajuste de su ropa, tiene la mirada fija en la pared.

Me siento, deslizo las piernas por el extremo de la cama y doy con mis cigarrillos. Me enciendo uno y recojo mi camisa del suelo.

—¿Estás lista para llevarme de vuelta al bar? —digo—. No tiene sentido que nos quedemos aquí.

Algo chungo le pasa. Ni siquiera se ha excitado. No me extraña que su marido la haya dejado. Es más fría que un pez.

—Era su camioneta —dice.

—¿Cómo?

—Esa de ahí fuera era la camioneta de Roland. Ha venido con una mujer. Se la ha traído a una habitación. —Me mira—. Puede que estén en la de al lado.

Detesto ser así. Detesto estar tan desesperado. Yo ya sabía que esto iba a acabar así. Exactamente así.

—Bueno, ¿y qué? —le digo—. Si te la está pegando con otra, ¿qué problema hay?

—Ninguno —dice ella.

—Ninguno, mis cojones.

Me levanto y me pongo la camisa. Sé que lo que tengo que hacer es salir de la habitación y alejarme de ella. No es demasiado tarde para regresar al bar e intentar conocer a otra mujer. Cualquiera mejor que ella. Hasta una gorda. Con las gordas al menos te lo pasas bien. No se andan con mierdas. No desperdician las noches.

—Te da miedo que te vea conmigo —le digo.

—¿Podrías escucharme un momento? —dice ella—. Llevo casada con él desde los dieciséis. Tenemos algunas propiedades alquiladas en común. Es contratista. No me dejó él. ¡Le dejé yo! No lo entiendes.

—Sí —digo—. Lo entiendo. Lo entiendo todo. Quieres a alguien que escuche tus problemas y yo lo siento, pero no soy un puto loquero. Así que llévame de vuelta al bar o déjame donde sea que ya me las arreglaré para volver a casa. Joder, es sábado por la noche. El lunes tengo que volver al tajo, ¿sabes?

Ella se abrocha el sujetador y se baja la blusa. Cuando salgo por la puerta hasta el coche en marcha me sorprende que no me haya dejado tirado. La camioneta que vimos antes ya no está, pero ella no dice nada. Me monto y me quedo sentado lo más lejos posible de ella durante todo el trayecto de vuelta. Le miro los pechos. Son magníficos. Me gustaría proponer otro escenario, pero al final paso.

He vuelto a vivir con mi madre y el domingo toca pollo, los dos solos. Puré de patata, guisantes y salsa. Los domingos me levanto tarde y salgo a la calle a por los periódicos, el *Commercial Appeal* de Memphis y el *Clarion-Ledger* de Jackson. El resto de la mañana se me va en leerlos, sobre todo las páginas de cine y de libros, con mi café y mis cigarrillos hasta que mi madre llega de misa y me llama para comer. Ahora no dispongo de coche; lo vendí para pagar al abogado, así que también me leo las páginas que anuncian coches. Tengo intención de comprarme uno nuevo, he estado dándole vueltas a la idea, intento ahorrar para eso.

Domingo por la tarde, estoy durmiendo en la cama de cuando era niño cuando suena el teléfono. Me despierto, me giro y oigo los pasos de mi madre por la casa vacía, el peso de sus pies vacilantes sobre los viejos tablones. Viene a ver si estoy dormido y probablemente se espera que lo esté. Abre la puerta y me ve. Me dice que hay una mujer al teléfono que quiere hablar conmigo. De alguna manera lo adivino, recién despierto de sueños eróticos llenos de pechos bamboleantes, descansado, preparado para la última noche del fin de semana. Me levanto, voy a la cocina y cierro la puerta. Es ella.

—¿Gary? —dice.

—Sí.

—Soy Connie.

—Ya. —¿Qué quiere y por qué me ha escogido a mí? ¿Por qué no se da cuenta de que no le convengo? ¿De que no la soporto?

—¿Te he despertado?

—Sí, lo cierto es que sí.

—Ah, vaya, lo siento. No era mi intención. Tenía que haberte llamado más tarde. No era mi intención despertarte.

—Oye —le digo—. ¿Qué quieres?

Ya no tengo por qué ser amable con ella. Me tiene harto, no quiero que empiece a llamarme aquí y moleste a mi madre cuando yo no esté. No quiero ni que me llame. Mi madre ya hace demasiadas preguntas. Un hombre de veintiocho tacos tendría que poder ir y venir a su aire sin que su madre ande preguntándole todo el rato a dónde va.

—Solo quería hablar —dice ella, y lo dice con un tono de voz

implorante—. ¿Puedes hablar? —De repente suena animada y sobria.

—No lo sé —le digo—. Quiero decir que no le veo mucho sentido a esto. Ni siquiera sé qué quieres. Creo que ni tú misma lo sabes. —No veo mi tabaco por ninguna parte—. No cuelgues —digo—. Necesito un cigarrillo.

No espero a que me responda. Me dirijo al salón y encuentro mi tabaco y mi mechero. Me enciendo uno y miro por la ventana los coches que pasan, el césped sin cortar. Mi madre me mira desde detrás de sus gafas, está sentada en su sillón con la Biblia abierta en el regazo. No dice nada, pero percibo su temor. Al rato regreso a la cocina y vuelvo a coger el teléfono.

—Muy bien —digo, remarcando el hastío de mi voz.

Resulta complicado no tener coche. Me limita a enrollarme con mujeres con coche. He de asegurarme desde el primer momento. No me importa pagar una habitación siempre que a ella no le importe llevarme en su coche. Eso complica mucho las cosas, las hace más difíciles. Pero lo que no puedo hacer es traérmelas a casa, no mientras esté viviendo con mi madre. Ella jamás lo consentiría. Sé muy bien lo que pasaría. Ya me lo he imaginado varias veces y no es nada bonito. Un horror. Puertas abiertas de golpe y tirones de sábanas.

—Mira —dice ella—. Sé que anoche la volví a cagar. Fue por culpa de su camioneta. Tienes que entenderlo, Gary, llevamos diez años casados. No se pueden tirar diez años por la borda así como así.

—Cierto —le digo. Primero ocho años, ahora resulta que son diez. Tengo que hacerle frente, deshacerme de ella—. Pero no es asunto mío. Déjame que te explique una cosa. Cuando salgo los fines de semana, lo único que quiero es pasármelo bien. ¿Estamos? Lo que quiero decir es que no pretendo irme a la cama con todas las chicas que conozca. He estado casado. No tanto como tú, pero lo suficiente. Sé lo que es. —Esto no es ni por asomo lo que pretendía decir—. Te comportas de un modo muy extraño, ¿vale? Te deprimes a la primera de cambio y lo último que yo necesito es estar con alguien que va a pasarse todo el rato deprimido. Porque al final me deprimo yo también. Y ya está. Si sigues queriendo a tu marido, por mí perfecto. Deberías intentar arreglar las cosas con él. Es vuestro rollo. Yo ahí no pinto nada. No quiero que vuelvas a llamarme.

Con esto debería bastar. Esto debería hacer que se cabrease, me mandase a la mierda y me colgase. Pero qué más quisiera.

—Oh, Gary. No te enfades. Hoy he estado dándole vueltas. Escucha. He llamado a mi marido, ¿y a que no sabes lo que le he dicho?

—No. —No quiero oír esta mierda.

—Le he dicho que quiero el divorcio. Le he dicho que voy a

intentar sacarle ochocientos pavos al mes. Entonces ha empezado a ablandarse. Ahora quiere que volvamos. ¿Qué te parece?

—Yo que sé —digo—. Me da igual.

Abro la nevera y veo una cerveza. Rebusco un poco más y encuentro la botella de aguardiente.

—Le dije que anoche le vi. En ese motel. Pero bueno, no te llamaba por eso. Te llamaba por otra cosa.

—¿Qué?

—He reservado una habitación para esta noche. Solos tú y yo. En el Holiday Inn. Ya está. Aquí mismo tengo la llave.

No me lo creo.

—No me lo creo —le digo.

—Escucha, Gary. Sé que actué mal. No te culpo por estar disgustado conmigo. Pero fue toda esa movida con mi ex. Hace una eternidad que pasa de mí. La noche del viernes fue la primera vez que salí sin él. En diez años. De verdad.

—¿De verdad? —digo. Seguro que miente. Seguro que me está soltando todo esto para volver a ponerme a cien y seguir sacándome de quicio con sus mierdas.

—Te lo juro, Gary. Te lo juro por Dios. Que Dios me fulmine si no te estoy diciendo la verdad.

—Bueno —digo. Le doy un trago a la cerveza. Puede que esté diciendo la verdad. Puede que tuviesen lo que ella se piensa que fue un buen matrimonio. No sería la primera vez que ocurre algo así. Uno se puede llevar bien con su pareja durante años y luego se puede ir todo a la mierda en menos de un segundo. Se pueden llegar a hacer cosas imperdonables. Una palabra que conduce a otra. Puedes llegar a perder el control y un montón de cosas más. Pueden hacértelo pagar por un solo segundo de rabia. Pueden hacértelo pagar con tu casa, tu coche, tu dinero y tu autoestima. No hace falta que me explique nada acerca del matrimonio. Ya me lo sé. El matrimonio es tener que vivir con una mujer. Eso es el matrimonio.

Pero no tendría por qué volver a verla después de esta noche. No voy a tragarme más sus mierdas. No tengo por qué. Ya no estoy casado. Ni lo volveré a estar.

—¿Cómo lo ves? —dice ella.

—Supongo que bien —digo.

—Mira, cariño, esta noche te voy a compensar por todo. En serio, por todo.

—Bueno, vale —digo. Me ha convencido. Pero hay una cosa. No quiero que venga a recogerme aquí, a casa de mi madre—. ¿Dónde vives?

—Puedo pasar a buscarte donde sea —dice ella.

—No. Prefiero que no —le digo—. Mira. Tengo un amigo que podría acercarme a tu casa. ¿Estás en la casa?

—Y que lo digas, joder —dice ella—. Ni de coña se la voy a dejar a mi ex.

—En ese caso encontraré a alguien que me lleve. ¿Dónde vives?

Me lo dice. Le digo que me dejaré caer por allí a eso de las siete. Al colgar el teléfono todo me parece mucho mejor.

—¿Seguro que es aquí? —le digo a mi amigo.

El colega que me ha llevado le echa un vistazo al buzón.

—Eso pone. El número 100 de Willow Lane. Joder, Gary, aquí solo viven los ricos.

—Yo qué hostias sé —digo—. Es la dirección que me dio.

—Bueno, pues entonces es aquí —dice mi amigo—. ¿Quieres que te espere?

—No sé. Lo mismo sí.

—Entramos y vemos si es.

Tomamos un sendero asfaltado que conduce a una casa diseñada como un chalet suizo. Calculo que debajo de ese tejado habrá cerca de mil doscientos metros cuadrados. Tiene tragaluces enormes, tejas y columnas inmensas de madera sin tratar en el porche. Hay una piscina llena de agua azul en el jardín de atrás. El Lincoln en el que me monté y donde le sobé las tetas está aparcado en el camino de entrada.

—Coño. Pues sí. Ese es su coche —digo—. Va a ser aquí.

Ella aparece en la ventana de la cocina y aparta las cortinas.

—Es aquí —digo al verla—. No me esperaba este lujo.

—A esta agárrala bien —me dice mi amigo.

—Sí. Lo mismo debería. Bueno, gracias por traerme, Bobby. Déjame que te dé algo para la gasolina.

—Anda, largo de aquí —me dice.

Voy a sacar de la cartera un billete de cinco dólares, pero mi amigo me pasa el brazo por delante y me abre la puerta.

—Saca ahora mismo tu culo de aquí —me dice—. Y guarda tu dinero.

—Joder, Bobby —digo—. Ha sido un trayecto muy largo.

—Puede que algún día necesite que me devuelvas el favor.

—Ni lo dudes en pedírmelo.

—Venga. Te veo luego.

Me bajo y me guardo el dinero en la cartera, despido a mi amigo con la mano mientras sale marcha atrás por el camino de entrada. Los faros retroceden, unas espadas de luz atraviesan las motas de polvo que flotan en el aire cuando gira, mete primera y acelera con un

sonoro chirrido que deja a su paso un leve tufo a goma quemada. Oigo el cambio de marcha y me quedo escuchando los pequeños ladridos del caucho sobre el asfalto hasta que desaparece. Durante un instante me pregunto qué estoy haciendo aquí. En el terreno de otro hombre. En el sendero de entrada de otro hombre. Todo en esta casa es elegante. Cuesta creer que esta mujer haya salido de aquí. Pero ahí está, acaba de abrir la puerta. Me acerco a ella. Me besa.

—Pasa —me dice.

Es una residencia de ensueño. Techos altos y abovedados con vigas vistas. Cabezas de carneros, ciervos y osos instaladas sobre una chimenea hecha con piedras enormes de río. Los dedos de los pies se me hunden en la alfombra. Me quedo sin habla. Ahora sé que no mentía con lo del contratista y las propiedades. Ni con lo de los hijos. Hay dos niñas preciosas sentadas sobre la gruesa alfombra con sus camisones, una no tendrá más de dos añitos, la otra andará por los cuatro. Cabello oscuro, como el de ella, sonrisas tímidas.

—Hola —digo. Me miran, sonríen, vuelven a bajar la mirada. Tienen sus juguetes tirados por el suelo, camiones y un muñeco del gato Silvestre. Los restos de su cena en platos de papel a un lado. Patatas fritas de bolsa. Panecillos de hamburguesa mordisqueados. Se susurran cosas la una a la otra y me lanzan miradas fugaces que enseguida disimulan.

—Estaré lista enseguida, Gary —dice ella.

Echo un vistazo a mi alrededor.

—Sí. De acuerdo —digo.

Miro a las niñas. Han despertado mi interés. Son preciosas. Sé que no pueden comprender lo que ha pasado con sus padres. Me siento como un intruso en esta casa, un destrozahogares. El marido, el padre, podría llegar a casa en cualquier momento y matarme con un rifle. Nadie se lo reprocharía. Ningún jurado condenaría a ese hombre. Este no es mi sitio.

Ella se ha ido a alguna parte. Me siento en el sofá. Las niñas juegan con sus camiones y se canturrean cancioncillas sin letra, melodías compuestas por sus pequeñas mentes fantásticas. Se mueven con la elasticidad de las anguilas, como si no tuviesen huesos, sus pequeñas extremidades llenas de hoyuelos.

—Ya estoy lista —dice ella.

Me vuelvo. Lleva su bolso. Parece enérgica, eficiente. Tiene sus llaves. Es como si de repente hubiese decidido dejar de jugar a los barrios bajos. Lleva un pantalón negro ajustado, zapatos dorados de tacón bajo con los dedos descubiertos y una chaqueta corta de visón. Los diamantes centellean en los lóbulos de sus orejas. Sus pechos cuelgan plenos y abundantes tras la camisa escotada y sé que esta

noche no me va a negar nada. Sonríe. Me coge del brazo cuando me levanto y me vuelve a besar. Las niñas observan este rompecabezas con mudo asombro, este hombre desconocido que besa a su mamá.

—Muy bien, niñas, volveremos enseguida —dice ella. Las niñas no nos miran, como si no hubiesen oído—. ¿Sherry? —dice ella—. Nos vamos. —Debe estar dirigiéndose a otra persona de la casa, una persona a la que no veo, la canguro, supongo—. ¿Sherry? —dice—. ¿Me oyes?

Entonces me dice:

—Vámonos —y se encamina hacia la puerta. Está seleccionando una llave del llavero.

—Adiós, chicas —digo. La mayor me dedica una mirada solemne, asiente con dignidad.

—Quedaos aquí —dice ella—. No trasteéis con el horno.

Estamos saliendo por la puerta cuando caigo en la cuenta.

—Espera un momento —digo. Ella está cerrando con llave, está encerrando a las niñas en la casa. Oigo el clic de la cerradura—. ¿Dónde está la canguro?

—Están bien —dice ella—. Además no vamos a tardar mucho. Un par de horas como mucho.

—Espera un momento —digo—. ¿Vas a dejarlas solas? ¿Aquí?

Tengo la mano en su brazo, la obligo a darse la vuelta para que me mire a la luz del garaje abierto. Baja los ojos hacia mi mano y luego me mira a los ojos, sorprendida. Retrocede.

—Bueno, no va a pasarles nada. Van a estar bien.

—¿Bien? —digo—. Son solo unas crías. ¿No me habías dicho que tenías una canguro?

—No he podido dar con ninguna —me dice—. Venga. Vámonos. No es la primera vez que las dejo solas.

Se dirige hacia el coche. Yo me quedo mirándola estúpidamente, como un idiota, como el idiota que soy.

—¿Y si les pasa algo? —digo—. ¿Y si se incendia la puta casa?

Ella se detiene y se da la vuelta para mirarme. Alza ligeramente el rostro, se lleva una mano a la cadera.

—¿Quieres venir o no? —me dice.

—Anoche me dijiste que la canguro tenía tu teléfono para tenerte localizada —digo. Entonces lo entiendo. Nunca ha habido una canguro. Esas niñas se han pasado todo el fin de semana encerradas en esta casa.

—¿Vienes o no? —dice ella.

Miro a través de las cortinas de la puerta. Las niñas han estado observándonos, pero ahora han vuelto a centrar la mirada en sus juguetes. La pequeña se levanta y se va, desaparece de la vista. La

mayor hace rodar su camión. Miro a la mujer que está junto a la puerta de su Lincoln nuevo, esperando a que me decida para llevarme a un Holiday Inn. Por fin está preparada. Y yo también.

—Ven aquí —digo.

—¿Cómo?

—He dicho que vengas aquí.

—¿Por qué? Sube, vámonos.

Rodeo el capó hacia ella, despacio. La expresión de su rostro cambia.

—¿Qué pasa? —dice ella—. ¿Te pasa algo?

—Ven aquí —digo, y soy consciente de que mi cara también ha cambiado.

—Eh —dice ella—. No sé qué crees que haces.

Sé muy bien lo que hago. Ahora le he puesto las manos encima y no puede apartarse. Probablemente se piensa que voy a matarla, pero no. Esta vez voy a hacerlo con las manos abiertas, nada de puños. No quiero que la sangre asuste a las niñas. Podrían recordarlo el resto de sus vidas.

Adiós a la ciudad

Se llamaba Myra y el aliento le cantaba a whisky. Estaba nerviosa pero, en los tiempos que corren, no se puede dejar entrar a cualquiera en casa. Me dijo que había visto mi anuncio en el periódico y que quería instalar puertas nuevas. Hablamos un momento en el porche y, acto seguido, me dejó entrar.

Parecía que no tenía otra cosa que hacer aparte de mantener limpia la casa. No dejó de morderse las uñas en el rato que me llevó calcular el presupuesto. Ni de abrirse y cerrarse la parte superior de la bata, como si tuviese un tic nervioso. Habían desprendido las dos puertas a patadas. La madera estaba astillada. Necesitaba puertas nuevas y molduras. Y puede que dos cerraduras. Ella quería cambiar también el linóleo del comedor. Le di un precio por la mano de obra y me fui a casa pensando que no aceptaría.

Era un joven bastante educado. Se llamaba Richard. Me pareció muy comprensivo cuando le expliqué que Harold había reventado las puertas a patadas. Por supuesto, no le di detalles. Yo solo quería olvidarme de Harold y cada vez que miraba esas puertas me acordaba de él.

Intenté darle un poco de conversación. Le dije que ahora estaba divorciada y que todo cambia cuando una está acostumbrada a vivir con dos sueldos y de pronto tiene que apañárselas con uno solo. Le advertí que no quería pagar una barbaridad por el trabajo. Me dijo que las puertas ascenderían a unos cuarenta dólares cada una. No tenía ni idea de que fuesen tan caras.

Tenía unas manos muy bonitas. Parecían fuertes, pero suaves. Dudé de que alguna vez hubiesen sido utilizadas para abofetear a alguien, o para derribar una puerta.

No hablaba mucho. Era una de esas personas calladas que te intrigan porque se lo guardan todo dentro. Lo mismo era simple timidez. Consideré que le sobraban veinte o treinta dólares al presupuesto que me ofreció. Le dije que me lo tenía que pensar. Pero necesitaba dar por finiquitado cuanto antes el asunto de las puertas.

Cuando se fue me serví otra copa y examiné las puertas. Eran de esas huecas que cualquiera decidido a entrar podría forzar sin ningún problema. Seguí pensando en Richard. Me pregunté cómo sería besarle. Podía imaginármelo perfectamente. La calidez de sus manos. Ya he agotado la mitad, más de la mitad de mi vida. No me queda mucho tiempo para ese tipo de cosas. No sé ni por qué me dio por

pensar en algo así. Tenía unos ojos azulísimos y parecían muy tristes. Quizá fue eso. El caso es que, por lo que fuera, decidí llamarle para encargarle el trabajo. No podía soportar seguir viendo esas puertas.

Estaba dando de comer a Tracey cuando llamó. Betty estaba leyendo una de sus revistas de detectives. El teléfono sonó tres o cuatro veces. Betty hizo como si no lo oyese. Me levanté con Tracey en brazos y fui a cogerlo.

Me sorprendió que me llamase. Ya me había hecho entender que le parecía muy caro. Pero la gente no sabe lo que cuestan los trabajos de carpintería. Para empezar tienes que contar con herramientas valoradas en cerca de mil dólares.

Me dio la impresión de que estaba un poco borracha. Supongo que se sentía sola. Cuando estuve allí se limitó a mirar las puertas y a sacudir la cabeza. Pero le di un precio bastante razonable. Nadie le habría hecho un presupuesto más bajo. Eso no se lo dije. No me habría creído.

Le dije que podía ponerme manos a la obra la noche siguiente. Ella no había entendido que yo trabajaba de noche. Aunque se lo dije. Simplemente, no me escuchó. Me dijo que pensaba que trabajaba por mi cuenta. Yo le respondí que en efecto, por las noches. Le dije que por el día tenía mi otro trabajo. Entonces quiso saber qué otro trabajo era ese. Solo quería alguien con quien poder hablar. Tracey se me iba a quedar dormida en el regazo. Le pedí a Betty si podía ocuparse de ella pero ni siquiera levantó la mirada. Seguía enfrascada en la lectura de su revista.

Ella quiso saber si no me cansaba de trabajar todo el tiempo, incluyendo noches y fines de semana. Coño, ¿y quién no?, le dije, pues claro que me cansaba, pero necesitaba el dinero. Eso fue todo lo que le conté en ese momento. No quise hablarle de Tracey. No quise contarle mis asuntos personales.

Se quedó un momento sin decir nada. Luego quiso saber si había algún modo de reducir un poco el precio. Eso me cabreó. Quiso saber si era lo mínimo que podía ofrecerle. De entrada le dije que ajustarlo más me era imposible, pero necesitaba el dinero. Joder, había que sumar la gasolina de la camioneta y todo lo demás…

Le dije que le descontaría veinte dólares, pero nada más. Le dije que si no podía afrontarlo tendría que buscarse a otro. Y le aseguré que si encontraba a otro más barato, seguro que no quedaría satisfecha con su trabajo.

Le tuve que repetir un par de veces que me presentaría en su casa al día siguiente por la noche. Le dije que tenía que pasarme antes por el proveedor de materiales de construcción a por las puertas. Ella

quiso seguir hablando, pero le dije que tenía que acostar a mi bebé. Finalmente logré deshacerme de ella. No es que me hiciese mucha gracia volver a esa casa.

Me levanté con Tracey en los brazos y Betty quiso saber quién había llamado. Le dije que una señora a la que le iba a hacer un apaño. Entonces quiso saber qué tipo de apaño, qué edad tenía la señora esa, si estaba casada o divorciada y cómo era. Le respondí que, joder, normal, supongo, yo qué sé, para que me dejase acostar a la niña.

Se puso a llorar cuando la tumbé en la cuna y tuve que quedarme un rato con ella, acariciarla. Supongo que le dolían las piernas. Al final se quedó dormida. Betty, por las noches, no se levantaba ni por la niña. Tenía que hacerlo siempre yo. Lo mismo daba que me pasase doce o catorce horas deslomándome. No se inmutaba ni por el sonido del despertador. Podías dejar que siguiera sonando y colocárselo junto a la oreja, y nada. Ni se movía.

Se estaba fumando el último cigarrillo que me quedaba cuando volví al salón. Me dijo que esa criatura la odiaba y yo le dije que lo único que pasaba era que no tenía paciencia con ella. Cogí el paquete vacío y le pregunté si le quedaba alguno de los suyos. Dijo que se le habían acabado. Yo me quedé mirándola. Se pasaba todo el día apoltronada en casa y no era capaz ni de recorrer la media manzana que había hasta la tienda para comprar cigarrillos, luego se fumaba los míos y nos quedábamos los dos sin tabaco. Y entonces tenía que ir yo.

Cogí la cazadora y le dije que ya veía que no me iba a quedar más remedio que salir a comprar. Ella me dijo que, ya que iba, le trajese unas cervezas. Le dije que no tenía dinero suficiente para comprar cerveza. A mí también me apetecía, pero estaba casi en la ruina. Me dijo que extendiese un cheque. Siempre me sale con esa mierda. Le dije que nos quedaba lo justo para pagar la factura del médico, nada más. Entonces me soltó no sé qué sobre la sierra que me había comprado. Me costó ochenta y nueve dólares. Pero eso es lo que cuestan las sierras buenas. Y si no tuviera una sierra buena, no tendría curro.

Ella quiso saber cuándo íbamos a casarnos. Le dije que ni idea.

Al día siguiente fui al proveedor al salir del trabajo. Pedí precio por las cerraduras, pero salían casi a veinte dólares la pieza. Decidí ver si podía aprovechar las viejas y ahorrarle ese gasto. Firmé por las puertas, las molduras y el linóleo.

No quise ir directamente. Antes quería pasarme un momento por casa, ver a Tracey y pedirle a Betty que me preparase algo de comer. Le había pedido a Leon que me prestase diez dólares hasta el viernes, así que fui a la tienda y compré un pack de seis cervezas. No se puede ir por la vida prescindiendo de todo. Algún capricho hay que darse.

Cargué mis caballetes y dejé el linóleo en el garaje. Tracey estaba sentada en el suelo, deseando que la cogiera en brazos. Dejé la bolsa en la mesa y le dije a Betty que había comprado cervezas. Estaba absorta en otra de sus revistas así que jugué un rato con Tracey. Luego le saqué sus cubos de construcción, la dejé en el suelo con ellos y cogí una cerveza de la bolsa. Había ropa sucia apilada por todas partes. Ella no se ponía a lavar hasta que ya no le quedaba nada que ponerse. Me encendí un cigarrillo y me puse a mirarla. Ni se había dado cuenta de que estaba en la habitación. Me bebí la mitad de la cerveza. Tenía un montón de movidas en la cabeza.

Al final le pregunté si podía prepararme algo de comer antes de marcharme. Le dije que probablemente regresaría tarde. Le dije que estaba hambriento.

Ella me preguntó qué quería. Le dije que me daba igual, un bocadillo, lo que sea. Me dijo que no sabía ni lo que teníamos en la nevera. Me dijo que fuese a ver.

Le dije que quería cenar cualquier cosa. Ni siquiera se dignó a levantar la mirada y pensé: te pasas todo el día partiéndote el culo trabajando, para llegar a casa y tener que soportar esta mierda.

Me quedé un rato sentado, luego me levanté e hice como que iba a la cocina. Ni con esas me miró. La revista le tapaba la cara y se toqueteaba como si nada los botones de la blusa. Me agaché detrás del sofá. Me asomé por encima de su hombro para ver qué estaba leyendo. El asesino de la lavandería no saldrá limpio de esta. No sé cómo puede leer esa mierda. Se mete tan a fondo que acaba llevándose las uñas a los dientes. Me arrodillé justo detrás. Se estaba mordisqueando el labio inferior. Solo quería echarme unas risas.

Dio un brinco de casi medio metro cuando le solté «¡Bu!» al oído. Se dio la vuelta y cerró la revista de golpe. Se cabreó. Se pilló un cabreo de narices.

Le dije que solo estaba bromeando. Ella me dijo que me largara. Dijo que siempre andaba quejándome de lo poco que ahorrábamos. ¿Por qué no salía a ganar algo de pasta en lugar de dedicarme a molestarla y a sacarla de quicio?

Me encaré a ella, le dije déjame que te diga una puta cosa. Te pasas el día aquí con el culo sentado sin hacer nada. No limpias la casa. Ni siquiera le lavas la cara a Tracey. Le dije que si yo salía a currar por las noches, lo menos que podía hacer ella era prepararme algo de cena.

Ella me dijo que no había nada en la nevera.

Yo le dije que, por Dios, podía salir a comprar algo.

Ella me dijo que si le diese algo de dinero claro que podría.

Le dije que ya le había dado y que se lo gastaba en estas putas

revistas de mierda.

Ella me susurró. Llena de odio. Si era tan infeliz, ¿por que no me iba?, ¿por qué no hacía las putas maletas y me largaba ya mismo?

No le respondí. Levanté a Tracey y me rodeó el cuello con sus bracitos. Fuimos a la cocina. Miré en la nevera. Quedaba algo de beicon viejo, una fiambrera con media taza de chile con carne, una botella de leche, un poco de carne picada de color pardo y una salchicha. Encontré unos Rice Krispies debajo de la encimera. Preparé dos tazones y me los comí con Tracey. Le lavé las manos y la cara.

No quería irme. Le había soltado algo que estaba deseando soltarle desde hacía mucho tiempo, pero me había quedado corto. Mis palabras no la herían del modo en que las suyas me herían a mí. Me aferré a Tracey y consulté mi reloj. No me quedaba mucho tiempo. La vida pasa y si la malgastas siendo infeliz, ¿qué sentido tiene? Si quedarte no te hace feliz y largarte arruinaría la vida de otra persona, ¿cuál es la respuesta?

Ni idea. Sigo sin saberlo. Pero le había dicho a ella que llegaría a las seis. Y al final no pude seguir esperando en la cocina.

Estaba tan nerviosa que me cambié tres veces de ropa antes de que se presentase en la puerta. Acabé poniéndome un vestido demasiado corto. Limpié la casa dos veces, aun sabiendo que el suelo acabaría lleno de serrín y de herramientas. Llevaba todo el día pensando en él, no podía evitarlo. Era tan tranquilo y misterioso y tenía esas manos tan bonitas. Me tomé unas cuantas copas, estaba decidida a ofrecerle una en cuanto llegase. Solo de pensar en estar sola con él en la casa me ponía cachonda. Lo mismo si se tomaba unas copas acabaría soltándose y hablaría conmigo. Yo me moría por hablar con alguien. No es fácil estar sola después de treinta años de casada. No es fácil llegar a una casa tan silenciosa que hasta se puede oír el tic-tac de un reloj.

Seguí a la espera, consultando de vez en cuando la hora, sin dejar de beber. Pensé que el alcohol me calmaría. Estaba tan nerviosa que las manos me temblaban.

Por fin llegó y me asomé entre las cortinas del salón. Traía dos puertas y dos caballetes en la trasera de la camioneta. Le vi salir de la cabina, ponerse un cinturón de herramientas y descargar las puertas.

Le abrí, sonreí y le dije que llegaba puntual. Él me dijo hola o algo así y empezó a meterlo todo en casa. No era muy hablador. Yo me limitaba a mirarle y a sonreír. Trajo una especie de palanca, una sierra mecánica y un alargador naranja. No me podía quitar esa sonrisa idiota de la cara. Tenía una copa en una mano y un cigarrillo en la otra. Harold solía decirme que si no me mataba la bebida, lo acabaría

haciendo el tabaco. Pero siempre fue así de cruel. Siempre.

Le pregunté si le apetecía una copa. Me respondió que no le gustaba el whisky, empuñó la palanca y se dispuso a arrancar el revestimiento de la pared como si tuviese algo personal contra él. Los clavos hacían un chirrido horrible al sacarlos. Lo más correcto sería decir que arremetió contra ella. En cinco minutos había transportado el marco y la puerta al garaje y estaba sacando las puntillas de remate de los montantes. Al extraerlas las hacía chillar. Yo dejé caer un comentario acerca del poco tiempo que perdía. Sin perder la sonrisa. Él me dijo que dado que no iba a sacar mucho dinero con aquel trabajo, cuanto antes terminase mejor.

Pensé que lo mismo se había enfadado conmigo por haberle convencido para que me rebajase veinte dólares. Pero ahora soy una mujer soltera. Ya no cuento con el dinero de Harold, yo también tengo que salir adelante.

Le dije que tenía cerveza, por si le apetecía una. Me dijo que le dejase acabar con la puerta y que entonces lo mismo sí se tomaba una. Se sacó el destornillador del cinturón de herramientas, salió al garaje y cerró la puerta al entrar. Casi como si no tuviese tiempo para hablar conmigo. O estuviese enfadado. Yo no le había hecho nada. El revestimiento de la zona de la puerta que había arrancado estaba astillado y lleno de asperezas. Se podían ver los cables por dentro de los montantes. Y los clavos. Todo como en carne viva.

Me serví otra copa y revisé mi maquillaje en el espejo de la entrada. Por mi modo de actuar, cualquiera se habría pensado que estaba celebrando un cóctel. Él estaba ahí fuera, en el garaje, y yo le observaba por la ventana. Se había arrodillado junto a la puerta y estaba haciendo algo que no llegaba a distinguir muy bien. Se le había subido la camisa por detrás y podía ver los bultos de su columna vertebral. Su espalda parecía tan suave que quise sentirla en mis manos, recorrer sus costillas con mis manos y descender hasta sus caderas, deseé que me posara la boca en el cuello y se deslizase hasta mis pechos, que atrapara uno de mis pezones entre sus labios y me dijese Myra, Myra…

La puta espalda me está matando. Si me agacho más de cinco minutos seguidos luego no puedo enderezarme. A veces, por las mañanas, me duele tanto que apenas puedo salir de la cama. Tengo que levantarme, caminar un rato, hacer unos cuantos estiramientos antes de poder ir a trabajar. Por lo general deja de doler a mitad de mañana y empieza a dolerme el doble a eso de las tres. Llevaba todo el día trabajando para un albañil, mezclando el mortero y pasándole ladrillos. Nos mandan como esquiroles a currar con cualquier subcontratista que necesite a alguien en una obra grande. Si no estás

sindicado no tienes ni voz ni voto. Yo no puedo permitirme las tasas, así que voy por libre. Pero me da miedo que me invaliden. Me da miedo no poder trabajar más. Es algo que me inquieta todos los días.

Hace tres meses me caí. Estábamos enladrillando un banco. Una de las patas del andamio se vino abajo, era una de esas baratijas que te alquilan en el proveedor de suministros. Yo me encontraba a unos cuatro metros del suelo, no muy alto, pero aterricé sobre una plancha de contrachapado que estaba apuntalada sobre un dispensador de agua. Pensé que me había partido la espalda. Todos los que me vieron caer pensaron que me había roto la espalda. Cuando vino la ambulancia a por mí me trataron como a un paciente con la espalda rota. Me hicieron una tracción y me inmovilizaron. Yo gritaba. Me mordí la lengua.

El capataz vino a verme al hospital. Me dijo que la empresa nunca abandonaba a sus empleados. Se quedó apenas unos minutos. Saltaba a la vista que no veía el momento de largarse de allí.

Cuando me dieron el alta tuve que ir a cobrar la indemnización laboral. Percibí la mitad de mi paga. Con eso no da para vivir. Necesitas mínimo el sueldo entero. Me pasé por el trabajo un par de veces para hablar con los tíos con los que trabajaba, pero estorbaba. No podían trabajar y pegar la hebra al mismo tiempo. Así que con el tiempo dejé de ir. Me quedaba en casa, bebía cerveza con Betty y le leía cuentos a Tracey.

Nunca me había sentido tan inútil en toda mi vida. No tenía nada en lo que ocuparme. Betty no quería hacerlo. Para estirar el dinero al máximo yo me encargaba de hacer la compra. Nos peleábamos por la pasta, por la tele, por cualquier cosa, por todas las cosas. Yo tenía que tragarme cada semana a los gilipollas de la oficina a la que tenía que ir a por mi cheque. Había días en que lo único que quería era largarme para no volver. Tenía una baja de cuatro meses, pero regresé a los dos falsificando la firma de mi médico en el formulario de autorización del seguro. Me pusieron a mezclar mortero y a cargar bloques de diez kilos.

Había extraído los tiradores y la cerradura de la puerta vieja y estaba de vuelta en la casa. Ella se había sentado en una otomana. Tenía medias negras. Le dije que probablemente me traería a un compañero la noche siguiente para lo del linóleo. Se limitó a asentir. Era como si estuviese escuchando algo dentro de su cabeza. Yo no sabía lo que haría si llegara a dolerme tanto la espalda que no pudiera trabajar. No sabía cuánto tendría que dolerme para obligarme a parar. No sabía cómo iba a pagar entonces las facturas del médico de Tracey.

Le dije que ahora sí que me tomaría esa cerveza, si no era molestia. Ella asintió, sonrió y fue a buscarla. La seguí con la mirada y pensé en los veinte dólares que me había hecho rebajarle. Tenía que haberle

dicho que ni hablar. Tenía que haberle dicho que se buscase a otro y se metiese sus asquerosos veinte dólares por donde le cupiesen.

Era sin duda un trabajador rápido. Yo no sabía si querría vaso. Me imaginaba que los carpinteros bebían casi siempre directamente de la lata. No me estaba poniendo muy fácil hablar con él. Actuaba como si tuviese otras cosas en la cabeza. No podíamos hablar en medio de todo ese estruendo de martillazos y extracción de clavos.

Le llevé la cerveza y se bebió la mitad de un trago. Me volví a sentar para verle trabajar y le pregunté si quería un cigarrillo. Tenía los suyos. Cogió la cerradura y los pomos y comenzó a instalarlos en la puerta.

Le pregunté si iba a estar en casa al día siguiente, por la noche. Se lo tuve que preguntar dos veces. Alzó los ojos y le dije que lo más seguro era que terminara con las puertas esa misma noche. Le dije que, si le parecía bien, seguiría y quitaría el linóleo viejo y dejaría lo del nuevo para la noche siguiente. Si le parecía bien.

Ella se tiró del vestido hacia arriba. Tenía unas piernas algo flacas, pero no estaban nada mal. No sé si lo haría a propósito o no. Lo mismo estaba tan borracha que ni se dio cuenta.

Ella no sabía si iba a estar en casa la noche siguiente. Me preguntó si quería volver la noche siguiente. Le dije que me gustaría acabar cuanto antes. Cuanto antes acabase, antes cobraría. Me dijo que tenía que decidirlo.

Sabía que no iba a interesarse por mí. Lo único que le interesaba era el dinero. Estaba impaciente por salir de mi casa. Y yo me había quedado ahí sentada, pensando tonterías. Me avergonzaba de mí misma. No sabía nada sobre citas, llevaba casada demasiado tiempo. Salir sola a los bares, esperar a que un hombre te ponga el ojo encima: esa no es la clase de vida que quiero. Tenía la copa casi vacía.

Le dije que necesitaba ponerme otra copa y me levanté para servírmela. No sabía que estaba tan perjudicada. La cabeza me empezó a dar vueltas al entrar en la cocina. Se me cayó el vaso.

Oí ruido de cristales rotos y dejé lo que estaba haciendo. Me puse de pie y eché un vistazo a mi alrededor. No la veía por ninguna parte. Entonces la oí. Pensé que lo mismo se había caído y se había hecho daño. Me pareció oírla llorar. Crucé el pasillo y me la encontré en la cocina. Estaba de rodillas sobre una toalla doblada en el suelo. Lloraba y recogía los cristales del vaso roto. No supe qué hostias hacer.

Sé que no hay que autocompadecerse. Pero siempre he tenido a alguien que se ocupe de mí y me diga lo que tengo que hacer. Estar sola es aterrador. Yo solo estaba intentando acercarme a alguien. Solo quería un poco de conversación. Solo trataba de ser amable con él.

Me daba muchísima vergüenza que me viera llorar. Había bebido demasiado y me había deprimido. Él estaba de pie a mis espaldas. Me preguntó si estaba bien y yo le dije que sí. Había tanto silencio. Y cristales por todas partes. Yo quería asegurarme de recogerlos bien para no llevarme una sorpresa cualquier mañana al entrar descalza en la cocina. Le dije que no pasaba nada, que podía regresar a su trabajo, que en un ratito le llevaría otra cerveza. Entonces se arrodilló a mi lado y me ayudó a recoger los cristales.

Me pareció tan indefensa, tan débil. Nada que ver con Betty. Para nada tan dura como Betty. Sabía que se avergonzaba de que la viese en aquel estado. Y me dio miedo que se cortase, así que me agaché para ayudarla. Intentaba dejar de llorar. Yo no sabía qué le pasaba ni qué decir. Me sentía mal por ella y quería ayudarla en todo lo que pudiera. Se le había corrido el rímel formando unos chorretones negros. Se lo extendió por toda la cara al restregarse los ojos. Me dijo que era muy amable por mi parte ayudarla. Luego dijo: Richard. Fue la primera vez que dijo mi nombre.

Le miré. Estaba tan avergonzado como yo. Pensé en la impresión que debí darle, medio borracha, con los ojos irritados de tanto llorar. Me había puesto a llorar así por Harold. Nadie sabe por lo que he tenido que pasar. Echó a perder buena parte de mi vida. Todos esos años tirados a la basura. Lo que más deseaba en aquel momento era contarle lo que me había pasado. Quería desprenderme de tantas cosas. Me volví hacia él y le puse la mano en el hombro. Quería que me besara, o que me pusiera la mano en el pecho. O al menos que me abrazara. Quería explicarle lo que me pasaba.

No supe qué decir cuando me tocó. Me detuve en seco y la miré. Ella intentaba sonreír. Tenía los ojos húmedos. No sabía lo que quería. Quizá solo alguien que la escuchara. Quizá algo más. Pero por la edad podía ser mi madre.

Me preguntó: ¿Y si alguien te pidiese que hicieses una cosa? Una cosa que no te causaría ningún daño, no más que un favor, ¿lo harías? Algo que no te costaría nada y que sería de gran ayuda para dicha persona. Me dijo que si yo supiese. Me dijo que él se había ido con otras mujeres. Que la había pegado. Que nadie sabía lo que había

tenido que soportar.

Se puso a llorar de nuevo. Posó la cabeza en mi hombro, me cogió la mano y se la llevó a la cintura. Aparte de abrazarla yo no sabía qué hacer. Comenzó a emitir algo parecido a un gimoteo. No me dio tiempo a hacer nada. Me dijo que me deseaba. Puso su boca en la mía. Me agarró de las orejas con ambas manos. Intenté apartarme. Intenté decirle que estaba borracha y que no sabía lo que hacía. Pero ella me desabrochó los pantalones. Sucedió en menos de un segundo. Me la sacó y comenzó a acariciármela sin dejar de gemir. Se echó hacia atrás, se subió el vestido y yo le pasé las manos por debajo. No pude evitarlo. No sabía qué hacer. Sabía que estaba borracha y me daba miedo que se pusiera a gritar que la había violado en cuanto estuviese sobria. No sé cómo nos levantamos y retrocedimos hasta la encimera. Ella se abrió el vestido, me empujó hacia abajo y hundió mi cabeza entre sus piernas. No pude zafarme, ni quise.

Por un momento enloquecí. En cuanto le toqué, no pude contenerme. Él empezó a recorrerme el cuerpo con sus manos. Yo sabía que debía ponerle fin, pero fui incapaz. Ni siquiera le conocía. Sabía que me iba a tomar por una puta.

Simplemente, perdí el control de mí misma. Ni siquiera me importó lo que pudiera pensar. Solo quería a alguien que me estrechase entre sus brazos y me estrujase con fuerza. No quería parar. Sabía que si seguíamos acabaría sucediendo. Ni siquiera pensé en lo que sentiría a la mañana siguiente, o al cabo de un rato, cuando acabásemos. Solo pensaba en lo mucho que deseaba que no parase. Pero al final lo hizo. Paró y se apartó de mí. Parecía estar muerto de miedo. No sé qué aspecto tendría yo. Medio desnuda. Creo que le pregunté si le pasaba algo.

Al final recuperé la compostura. Creo que solté un «mierda» o algo parecido. Los dos jadeantes. Me volví a abrochar los pantalones. Ella me miraba como una loca. Había una silla apartada de la mesa, me senté. Ella permaneció un momento sin decir nada. Creo que comenzó a abotonarse el vestido. Esperé hasta que pensé que había acabado, me volví hacia ella y la miré. Se estaba restregando los ojos con los dedos. Se sirvió otra copa. Luego se acercó a la nevera y me sacó una cerveza. Yo me disponía a levantarme para irme. Pero ella se me acercó con la cerveza y la copa, las dejó sobre la mesa y se dejó caer en la silla de al lado. Parecía aturdida. Casi lo hacemos, dijo. Sí, dije yo. Casi.

Se me puso a hablar de la niña. Al principio no le presté atención. Estaba casi en estado de shock. Me llevó un buen rato calmarme. El

corazón me latía a toda velocidad y estaba empapada. Quería besarle otra vez pero me daba miedo intentarlo. Dijo que la niña no era suya. Algo sobre que ella le había dicho que estaba divorciada y que después, cuando ya llevaban un tiempo viviendo juntos, le reconoció que nunca había estado casada. Creo que yo no hacía más que mirar mi bebida cuando empezó a hablar. Pero luego lo que decía me empezó a calar y comencé a escucharle. No me podía creer lo que estábamos haciendo, ahí sentados, en mi cocina, hablando y bebiendo después de lo que había pasado. Me dijo que durante un tiempo no le importó la mentira porque quería a la niña y la sentía como suya. Era el único papá que la niña había conocido. Pero no quería a la mujer. Se desprendía de sus palabras. Dijo que él siempre se llevaba a la niña, aunque solo fuese para ir a la tienda a por algo.

A la niña le pasaba algo en las piernas. No caminaba bien. Le hicieron un montón de pruebas y le pusieron unos aparatos ortopédicos, pero luego la compañía de seguros se negó a pagar las facturas porque no estaba casado con la madre de la niña. Me preguntaba qué aspecto tendría. Por alguna razón me la imaginaba morena y con el ceño fruncido. Dijo que le daba miedo abandonarla. Dijo que no la quería, pero que no podía abandonar a la niña. Dijo que no sabía lo que sería de ella. Después de hablar un rato empecé a sentirme mejor por todo lo sucedido, por haber perdido la cabeza. Pero él estaba aceptando todos esos trabajos por las noches para intentar pagar las facturas del médico. Así que me sentí… No tengo ni idea de cómo me sentí. Indigna. Mezquina. Por haberle pedido que me rebajase el precio. Y me sentí fatal por haber bebido más de la cuenta y por haber soñado despierta con él, por haberle besado y todo eso. Él seguía hablando. Cuanto más hablaba, peor me sentía yo por autocompadecerme tanto por lo de Harold.

Le pregunté qué tenía pensado hacer. Dijo que no sabía. Que si la dejaba, a saber lo que les ocurriría. Dijo que la mujer no había pegado un palo al agua en toda su vida, que no había acabado la secundaria y que siempre había vivido de la asistencia social. Dijo que ella no sabía lo que era trabajar para ganarse la vida.

No tenía que haber hablado tanto. Nunca fue mi intención contarle mis problemas. Sé que todo el mundo tiene problemas y que todo el mundo se piensa que los suyos son peores que los de los demás. Sé que ella no lo había tenido fácil. Casada con un hijo de puta que la pegaba. Sentía que había desperdiciado su vida. También ella habló un poco. Dijo que sabía perfectamente lo que era seguir con alguien sin amor. Me entendía. Era tan desdichada como yo.

Seguro que, de haber querido, podría haber retomado el asunto donde lo habíamos dejado. Estuve tentado. Creo que jamás he tocado

a una mujer que estuviese tan excitada. Pensaba que cuando las mujeres envejecían les dejaba de interesar el sexo. Aunque puede que ella solo intentase establecer contacto con alguien. No lo dijo expresamente, pero por las cosas que contó, me resultó obvio que llevaba años sin acostarse con su exmarido. Me sentí fatal por ella. Pero no quería que ella se sintiese fatal por mí. Y desde luego lo que no quería era ponerme de nuevo con las puertas. Lo único que quería era recoger mis cosas y largarme a donde fuera. Se me pasó por la cabeza preguntarle si le apetecía venirse conmigo a tomarse unas cervezas, pero lo que en realidad me apetecía era estar solo. Tenía que decidirme. Sabía que no podía seguir por ese camino.

Le pregunté qué iba a hacer y me dijo que no sabía. Dijo que retomaría el trabajo. Esperaba que ella cambiase con el tiempo. Dijo que no tenía intención de agobiarme con sus problemas. Pero dijo que cuando llegara del trabajo se encontraría a la niña sentada en el suelo y que, al verle, levantaría los brazos suplicándole que la cogiera. Dijo que creía que la pobre se pasaba todo el día sentada en el suelo porque su madre ni se molestaba en ayudarla a caminar, ni siquiera la cogía en brazos. Dijo que lo único que hacía era leer revistas y ver la tele. Yo no entendía por qué se había enredado con alguien así. No entendía por qué no había dado con una mujer que se lo mereciese.

Le dije que, si no le importaba, dejaría las puertas y las terminaría la noche siguiente, o la siguiente. Tenía que marcharme. No me gustaba dejarle así la pared, pero me resultaba imposible terminar de montar las puertas esa noche. Me dijo que no había ningún problema, que regresara y lo terminara cuando quisiera. Dijo que nunca recibía visitas y que, por tanto, nadie iba a ver el destrozo.

Vi cómo enrollaba el cable del alargador, guardaba las herramientas y se preparaba para irse. Yo quería que se quedase, pero no se lo pedí. Estaba claro que tenía muchas cosas en la cabeza. Sus manos me habían hecho sentir muy bien. Sabía que me iba a poner a llorar en cuanto se marchase. Sabía que me iba a poner a llorar y sabía que iba a seguir bebiendo. En ese momento le deseaba más de lo que he deseado a nadie en toda mi vida. Le habría dado lo que me pidiese. Pero lo único que quería era marcharse. No iba a intentar retenerle. No iba a volver a ponerme en ridículo. Aunque hasta el último momento habría estado más que dispuesta a ponerme en ridículo. Gustosamente. Cuando cruzó la puerta supe que nunca volvería a verle.

Estuve un rato dando vueltas por ahí con la camioneta. No quería

volver a casa aún. Quería huir pero no tenía ningún sitio al que huir. Hay gente que puede largarse sin más, dan la espalda, echan a andar y nunca vuelven la vista atrás. Yo no. Aunque no dejara de pensarlo.

Fui a un bar de la avenida Jackson y antes de entrar conté el dinero que llevaba encima. De lo que me había dejado Leon quedaba suficiente para un par de jarras. No había ningún conocido. Me senté en el reservado de un rincón oscuro. Pensé que bebiendo tranquilo y solo en medio de la penumbra sería capaz de decidir qué hacer con el resto de mi vida.

Florida era el mejor destino. El frío nunca te detenía a la hora de poner ladrillos. Y la construcción estaba en auge por allí. Se suponía que era fácil encontrar trabajo.

Pero no podía dejar de pensar en Myra llorando en el suelo. O en lo que sintió cuando la besé. Nunca había tenido a nadie que me deseara tanto. Nunca había tenido a nadie que me tendiese los brazos con semejante avidez. Y la rechacé. Me arrepentí al momento.

Seguí bebiendo. Betty no sabía lo que era trabajar, estar atado a un trabajo como una mula a un arnés. A la empresa para la que trabajaba se la sudaba si me partía la espalda. Contrataban a otro y listo. Había gente haciendo cola por todo el país en busca de empleo. Ella no lo comprendía. No sabía lo que era tener que trabajar estando lesionado. O sigues el ritmo o no lo sigues. Y si no lo sigues te largan.

Fue horrible verla ahí tirada. Al terminarme la primera jarra seguía pensando en ella. Tuve que arañar todo lo que llevaba suelto para pagar la última. Sabía que cuando me la acabase estaría borracho, pero no me importaba. Quería emborracharme. Me daba la impresión de que emborracharme era lo que más me ayudaría en ese momento. Más que cualquier otra cosa. Así que fui a por otra jarra y volví a sentarme en el mismo rincón. Para entonces ya me había convencido de que había sido un error rechazarla. Y, de todas formas, necesitaba seguir hablando con ella. Me había escuchado y había parecido comprenderme. Era mucho más amable que Betty, muchísimo más cariñosa. Y tenía un cuerpo de lo más suave. Quería quitarle la ropa con delicadeza, tocar su cuerpo y hacerla feliz. Quería curarla. Seguí bebiendo. Cuanto más lo pensaba, mejor idea me parecía.

Sé que estaba demasiado borracho para acordarme de lo que sucedió. Volví en mí en el aparcamiento. Alguien me había golpeado porque tenía sangre en la boca. Intenté levantarme. Logré ponerme de rodillas y volví a perder el conocimiento.

Desperté de nuevo. Estaba tendido junto a mi camioneta. Me agarré de la manilla de la puerta para levantarme. Apoyé los brazos en la plataforma e intenté recordar qué había ocurrido. Alguien me gritó. Recuerdo haberle lanzado un puñetazo. Y después nada hasta que me desperté en el aparcamiento.

Supe lo que tenía que hacer. Supe a dónde tenía que ir. Me subí a la camioneta y puse el motor en marcha. Tuve que cerrar un ojo para no ver doble y poder conducir. Había perdido algunos dientes de abajo. Tenía un corte dentro de la boca. Pero sabía de alguien que se ocuparía de mí. Sabía de alguien que se alegraría de verme.

Ya había dejado de llorar. No puedes pasarte la vida llorando. No puedes pasarte la vida compadeciéndote. Estaba tumbada en la cama viendo *Vacaciones en el mar* y esperando, por alguna razón, que él volviera. Pero sabía que no iba a volver. Ni siquiera sabía si volvería a terminar el trabajo. Pensaba que probablemente se sentiría demasiado avergonzado.

Estaba viendo la serie, pero no me la creía. La vida real no era así. Había demasiados finales felices. Todos daban siempre exactamente con lo que estaban buscando. Y nadie era malo. Ni uno solo de los que salían en la serie iba a derribar una puerta a patadas y a sacar del retrete a nadie a bofetadas.

Quería volver a hablar con él. Me parecía una persona comprensiva, alguien que se tomaba su tiempo para escuchar los problemas de otro. Deseaba ver cómo eran su mujer y su niña. Seguí bebiendo.

Sabía que había hombres buenos en el mundo, hombres que me querrían por lo que soy y que no me maltratarían. ¿Pero cómo dar con ellos? ¿Cómo estar segura de que no iban a cambiar con el paso del tiempo? No había promesas que durasen para siempre. Había cosas que alteraban la vida y la gente cambiaba. A veces incluso nacía el odio. Yo odiaba tanto a Harold cuando me divorcié que no podía ni verle. Pero sigo recordando lo tiernas que eran sus manos. Sigo recordando la primera vez que me desvistió y cómo me miraba cuando estaba desnuda.

¿Pero ahora quién me deseará? No debió sorprenderme que Richard se alejase de mí. Tengo varices y los pechos caídos. Y estos desagradables michelines. He pasado la menopausia. No, los hombres jóvenes no desean a las mujeres mayores. Son las mujeres mayores las que desean a los hombres jóvenes.

Esperaba que no se lo contase a nadie. Esperaba que no se lo contase a su mujer. Sabía que no lo haría. Un chico tan agradable como él. Yo quería encontrar un culpable, así que le eché la culpa a la bebida. Pero no le podía echar toda la culpa a la bebida. Parte de la culpa era mía.

Incluso pensé en llamarle. Pero no podía. ¿Y si lo cogía la mujer? ¿Qué diría entonces? Puede que él ya se lo hubiese contado y que ella me preguntase si era la vieja borrachuza que había intentado llevarse a la cama a su hombre. Puede que dijese: Mira, vieja borracha de

mierda…

¿Pero y si respondía él? No era tarde. Ni siquiera eran las diez. ¿Pero y si la niña estaba dormida y la despertaba? El mero hecho de pensarlo era una estupidez. Pero deseaba tanto que volviese. Nadie se imagina las cosas que a veces me da por pensar. Las cosas disparatadas, las cosas horribles, las cosas demenciales. En eso precisamente estaba pensando cuando le oí llegar.

Ni siquiera sé lo que le dije. Estaba demasiado borracho hasta para andar. Ella encendió la luz del porche y entreabrió la puerta. Hablé con ella. Supongo que la asusté con toda la sangre que tenía encima. Sé que mi aspecto era horrible. No me acuerdo de lo que le dije. Sabe Dios lo que le diría. Lo milagroso es que no llamase a la policía.

No me podía creer que hubiese vuelto. Todo ese tiempo ahí tumbada pensando en él y deseando que volviese y, de repente, ahí lo tenía. Solo llevaba mi bata y la ropa interior. Aún no me había desmaquillado. No veía el momento de dejarle entrar.

Encendí la luz del porche y vi cómo intentaba bajar de la camioneta. Al principio no supe lo que le pasaba. Se tambaleaba. Y tenía la cara ensangrentada. Se había metido en una pelea.

Entonces me asusté. Después de tres intentos logró subir al porche y tuvo que agarrarse a un poste. Era el ser humano más borracho que había visto en mi vida. Casi no le reconocí.

Llamó a la puerta. No supe si abrirle. No esperaba que fuera así. No sabía qué hacer. Siguió llamando y, al final, deslicé la cadenilla y entreabrí la puerta. Me daba miedo dejarle pasar.

Se estaba tambaleando. La sangre le chorreaba de la barbilla. Apenas podía hablar. Costaba entender lo que decía, pero dijo algo sobre lo tarde que era. Yo dije que sí, que era muy tarde, y le pregunté qué quería. Me dijo que solo hablar conmigo. No sé en qué otra cosa estaría yo pensando. Me pareció peligroso.

Le dije que estaba borracho y le volví a preguntar qué quería. Insistió en que se le pasaría la borrachera enseguida. Luego me preguntó si podía entrar. Le dije que era tardísimo. Que en realidad ni siquiera le conocía. No sabía lo que podía llegar a hacer en ese estado. Ya se había metido en una pelea, ¿qué más acabaría haciendo? Sabía que si le dejaba entrar nunca se marcharía o perdería el conocimiento y no sabría qué hacer con él. ¿Y si intentaba violarme? No podía dejarle entrar.

Traté de ser lo más amable posible. Le dije que lo mejor sería que se fuese a su casa. Le dije que eran más de las diez.

Me preguntó si tenía café. Dijo que si se tomaba un café se le

pasaría la borrachera. Pero apenas se tenía en pie. Y estaba conduciendo. Pensé: ¿Y si le dejo que se suba a la camioneta y se mata o mata a alguien antes de llegar a casa? Lo mismo debería dejar que se quedase. Pero me daba miedo. Tenía un aspecto salvaje. Los ojos rojos como la sangre.

Dijo algo a propósito de un favor. Algo a propósito de no causarte ningún daño y ayudar a otra persona. No sabía de qué hablaba. Le pedí por favor que se fuese a su casa.

Me dijo que necesitaba hablar conmigo, que nadie le entendía. Le dije que no quería hacer nada que pudiese herirle, pero que tenía que irse a su casa ya.

Sabía que tenía que ser firme. Le dije que iba a cerrar la puerta. Hundió la cabeza. Luego alzó la vista y me miró a los ojos. Me atravesó con la mirada. Ese fue el momento en que todo cambió. Ví cómo iba a ser el resto de mi vida. Supe que siempre estaría sola y que siempre tendría miedo. Le volví a decir que se fuese a su casa y, acto seguido, cerré la puerta.

No recuerdo haber conducido de vuelta a casa. Solo que a la mañana siguiente me desperté en la cama junto a Betty. Tracey lloraba. Estaba oscuro. Puse una mano sobre Betty, me acerqué a su cuerpo y posé la barbilla en su cuello. Dormida, me apretó la mano. Se la introdujo entre las piernas y gimió. Lo mismo estaba teniendo una pesadilla. Y de repente todo me vino a la cabeza, lo que hice la noche anterior. Cerré los ojos. No quería pensar en ello. Tenía que levantarme en media hora. Tenía que levantarme y prepararme el desayuno.

A los pocos días se presentaron unos hombres en casa. Uno era muy bajito, con una barba pelirroja. Su camisa estaba salpicada de pintura. Era el que hablaba. El otro se quedó en el porche mirando a su alrededor.

Les dejé pasar cuando me explicaron a qué habían venido. Metieron sus herramientas y el linóleo. Yo me quedé en el dormitorio mientras amartillaban, serraban y clavaban. Pensé que no iban a terminar nunca.

Finalmente el bajito llamó a la puerta y me preguntó si quería salir a ver cómo había quedado. Salí y lo vi. Las puertas estaban montadas y el linóleo puesto. Habían hecho un buen trabajo, un trabajo excelente. Pero quería que se fuesen de mi casa. Le extendí un cheque rápidamente, por el precio convenido con Richard. Recogieron sus caballetes. Me dijeron que podían hacer más cosas: remodelaciones, levantar un porche, pintarme la casa. Les di las gracias y les dije que

no necesitaba nada más por el momento. No les pregunté por Richard.

Como un mes más tarde los vi en el supermercado. Me gusta hacer la compra a última hora de la tarde, cuando las tiendas no están llenas de gente, cuando los pasillos están vacíos y una puede tomarse su tiempo. Al otro lado del pasillo apareció una joven, una chica con una sudadera, unos vaqueros azules y unas zapatillas también azules de andar por casa. A mí no me pillaban de esa facha ni muerta. La niña rubia que iba sentada en el carrito intentaba agarrarlo todo al pasar. La mujer le palmeaba las manos sin mirar, como en un gesto automático. Me quedé un rato observándolas. Luego seguí a lo mío y las dejé atrás. Quería acabar y salir de la tienda enseguida, antes de que fuese demasiado tarde. Sus vidas no me concernían y, además, el mundo está lleno de sufrimiento. ¿Cómo va una persona sola a hacer que eso cambie?

Al doblar la esquina me topé con él en la carnicería, tenía un paquete de beicon en la mano. Me daba la espalda, así que pensé que podría escabullirme por detrás sin que me viera. Pero volvió la cabeza, solo un poco, y me vio. No dio muestras de sorpresa, ni de vergüenza. Inclinó levemente la cabeza y dijo algo. Eh, y algo más. Por un momento pensé que iba a hablar conmigo. Pero no. Se dio la vuelta. Me pareció que estuvo bien por su parte, ponérmelo tan fácil. Me contuve para no apresurarme. Me detuve a poca distancia y me puse a mirar unos pepinillos con eneldo que estaban de oferta expuestos en mitad de la tienda. Había cientos de botes. No tenía intención de comprar pepinillos, pero cogí un bote para ver el precio. Cincuenta y nueve centavos. Miré por encima del hombro y vi que me estaba mirando. Richard. La mano debía temblarme. Aun entonces, seguía deseándole. Fui a dejar el frasco sin mirar y desmoroné el expositor. Me aparté de un salto. El espectáculo era de no creérselo. Cristales rotos por todas partes y miles de trocitos verdes desperdigados por el suelo. Un jugo verdoso formando un charco alrededor de mi carrito. Fue extendiéndose y la gente salió de los pasillos para mirarme. Yo traté de decir algo. No miré para comprobar si Richard seguía mirándome. Tenía miedo de lo que podía ver.

Guardé la compra, me duché y me cambié. Tracey y Betty se habían quedado dormidas, cada una en su cama. Esperé hasta que empezó a roncar y entonces reuní todas las cosas. Tenía el sueldo de una semana en el bolsillo y ya había terminado de pagar la camioneta. Llevaba los papeles en la guantera. Podía venderla y comprarme otra, lo que quisiera.

Tracey casi nunca duerme bien, pero esa noche se quedó roque. Dejamos atrás Grenada, Jackson y Hattiesburg. Los kilómetros se iban acumulando a nuestras espaldas. Sabía que Betty no lanzaría a nadie

tras nuestros pasos. Sabía que probablemente se sentiría aliviada.

Llevaba el número de Myra en el bolsillo y pensé que podría llamarla en cuanto llegásemos a nuestro destino. Pensé que podría desearle un poco de suerte.

El fin de una historia de amor

Miss Sheila y yo andábamos dando vueltas como solíamos hacer en aquellos días. Pero yo estaba más que convencido de que iba a ser la última tarde de nuestra relación. Las cosas no habían ido muy bien últimamente.

Hacía calor. Llevábamos todo el día bebiendo y ya casi habíamos llegado al límite. Nos faltaba muy poco para alcanzar ese punto. Yo ya había alcanzado cierto punto. Había llegado al punto en que aún podía lograr que se me pusiera dura con ella, pero el corazón ya no se me revolucionaba ni se me subía a la garganta como una rana mordida por una serpiente. Ya no temía por mi vida cada vez que se la metía. Sabía que había llegado el momento de soltar amarras. Ella se quejaba del tiempo que me pasaba encerrado en mi habitación, de lo mandona que era mi madre, ¿cuándo iba a aprender a comportarme? Cuando empiezan a sermonearte así es como estar casado. Bueno. Yo ya llevaba un tiempo sin saber nada de mujeres cuando di con ella y volvería a pasarme un tiempo sin saber nada de mujeres hasta dar con otra. Había cientos de ellas por ahí fuera, miles, millones. Llevaban años fabricándolas, a diario.

—No estoy borracha —dijo ella.

—Yo tampoco.

—Pues lo pareces.

—Tú también.

—¿Te queda pasta para más? Podrías coger todo ese dinero que te dieron con el Nobel y pillar un par de packs de seis, ¿no crees?

No tenía por qué mortificarme de esa manera.

—Me imagino que sí —dije.

Así que lanzó el coche hacia uno de esos pequeños tugurios de comida rápida que tan populares son por aquí, uno de esos sitios donde puedes engullir pollo como si no hubiese mañana, y paró justo en la puerta. No despegó la mirada del parabrisas. No hay nada peor que una mujer borracha. El suelo del coche estaba lleno de latas de cerveza. El final de una historia de amor nunca es fácil.

—¿Qué te pasa? —dije.

—No me pasa nada. Todo está de puta madre.

—Querrás decir de putísima madre.

Tenía los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida en la distancia. Yo ya sabía que la cosa iba a terminar así. El principio de una historia de amor es siempre maravilloso. No sé por qué caigo una y otra vez. Al empezar una nueva relación soy capaz hasta de

devorarle las putas piernas. Luego, al cabo del tiempo, acabas metido en una mierda así. Mujeres. Te pasas la mayor parte de la vida en busca de la buena ¿y qué hacen? Se cagan en ti. Siempre había oído esa teoría de que para que te respeten tienes que abofetearlas, que eso es lo que quieren. Pero yo no podía. No podía soportar golpear la carne opuesta. Esa bofetada resonaría en mi cabeza el resto de mi vida. Lo que yo hago es esto: tomo lo que me dan y doy lo que puedo, y cuando la cosa se acaba me busco otra. Otra distinta. En eso consiste lo maravilloso del comienzo de las historias de amor. Ella es diferente. Ella es nueva. Única. Todo es fresco. Gilipolleces. Vas a afeitarte tras la primera noche y ¿qué es lo que hace ella mientras tienes la cara llena de espuma? Entra, se remanga el camisón y se acabó la luna de miel.

No estoy intentando desviarme de la historia. Quiero decir que, a los pocos minutos, sucedió algo. Pero en ese momento, sentado en el coche, me sentía un poco amargado. Toda clase de pensamientos me pasaban por la cabeza, tipo: «Dale un buen bofetón, abofetéala hasta reventarla». Pero me lo guardé todo dentro.

Ella me miró con los ojos inyectados en sangre:

—Eres de lo que no hay, ¿sabes? Te lo digo en serio.

Lo veía venir. Habíamos pasado una mala tarde en el lago. Su exnovio andaba por allí e intentó coquetear con ella. Con ayuda de siete colegas, le quitamos el bañador, le atamos al capó del coche y lo paseamos por ahí en pelotas y con los ojos vendados, pero con su nombre escrito en un trozo grande de cartón que le pegamos con cinta adhesiva al pecho durante treinta y siete minutos, delante de matrimonios, madres y padres, reuniones familiares y grupos parroquiales. A ella no le pareció gracioso. Nosotros nos descojonamos.

Me bajé del coche. Si ella no quería divertirse, por mí de acuerdo. Me agaché, recogí un montón de latas de cerveza y las llevé al contenedor. Al tirarlas resonaron con estrépito. Estaba un poco borracho pero no creía que se me notase. Por la ventana de la tienda me miraba una vieja de pelo teñido, pechos enormes y gafas de sol rosas, frunciendo el ceño. La saludé con la mano. Y volví al coche a por más latas.

—No te preocupes por las putas latas, ¿vale?

—No puedo ni mover los pies ahí dentro —le dije.

—Ya me ocuparé yo luego de ellas —me dijo.

Eso hizo que me viniese un poco abajo. Estábamos en su descapotable y antes nos divertíamos lanzándolas al aire en vertical a toda velocidad por la carretera. El viento, o supongo que la misma velocidad, impedían que nos cayeran encima, y era divertido. Era un

juego. Ahora ya no parecía tener el menor interés. Me temo que los dos sentíamos que algo malo se cernía sobre nosotros. Ella podría darme una paliza o yo a ella. Y esa no es manera de vivir. No quieres irte a la cama inquieto, temiendo un cuchillo de carnicero, un revólver, un cable de acero.

—Ve a por cerveza y ya está —dijo ella—. Tenemos que hablar.

Entonces se puso a llorar. Se ponía muy fea cuando lloraba.

Se le enrojecía la cara y se le llenaba de arrugas. Sabía que era por mí. Siempre soy yo.

—Te crees lo puto más, ¿verdad? —dijo ella—. Ni siquiera quieres que haya gente en casa, salvo ese puñado de viejos borrachos, tarados y putas.

Mis amigos. Poetas, artistas, actores, profesores de lengua de la universidad de Mississippi. Los llamaba borrachos y tarados. «Dale un buen bofetón, abofetéala hasta reventarla».

—Ve a por la puta cerveza —dijo ella—. Tengo que decirte una cosa.

Es lo peor dar con un coñito de primera y que te trate tan mal. Es como si tuvieses que pagar por haber dado con algo tan bueno. Pero o eres un hombre o eres una nenaza. No puedes limitarte a quedarte quieto y lamentarte. Pensé que quizá, llegados a ese punto, aquella iba a ser la última vez que me bajaba de su coche.

Entré en la tienda con esa idea en la cabeza. Solo pensarlo hacía que me sintiese mejor. Si ella se largaba podría irme a casa, abrir todas las puertas, poner la música a todo trapo, ser libre. Si se me antojaba podría dormir por el día y volver a escribir por las noches, sin parar, durante ocho o diez horas. Podría montar una fiesta sin tener que aguantar la visión de alguien malhumorado en un rincón. Todo volvería a ser diferente y lo mismo.

Bueno, joder, yo no era perfecto, de acuerdo. Seguro que muchas veces fui un capullo. ¿Quién no lo es? Hasta tu mejor amigo puede ser un hijoputa de vez en cuando. Es lo que tiene ser humano.

Sabía que luego vendría otra. Lo que no sabía era cuánto tiempo pasaría hasta ese momento. Así que dentro de la tienda lo racionalicé todo enseguida.

Lo que iba a encontrarme al salir, fuera lo que fuese, no iba a ser bueno. Era más que evidente que ella estaba reuniendo fuerzas para ser desagradable conmigo. Y no había ninguna necesidad de aguantar tal cosa. Yo podía prescindir de toda esa crueldad. Yo podía aceptar una ruptura amistosa. Lo único que tenía que hacer era quedarme un rato en la tienda, ella probablemente se cansaría de esperarme, pisaría el acelerador y me abandonaría. Así que me dirigí al fondo de la tienda. La bruja me miraba. Seguro que se pensaba que era un

criminal. Me limité a quedarme sentado ahí al fondo, mordiéndome las uñas. Pero no funcionó. Saber que ella estaba ahí fuera esperándome me resultaba insoportable.

Así que al final me levanté y me dirigí al pasillo de las cervezas. Me dije que lo mismo podía encarar la situación. Quizá hasta podíamos darnos un revolcón de despedida. Le pillé un pack de seis botellas de licor de malta Schlitz y para mí uno de Stroh en botella. El vejestorio me miraba con aversión. Yo seguía llevando mi bañador, mis chanclas y mi camiseta del cuerpo de bomberos. Estaba todo colorado por haberme quedado grogui bajo el sol.

Veía a Miss Sheila ahí afuera. Dejé las cervezas sobre el mostrador en el momento en que un negro aparcó junto a su coche y se bajó. Cuando estaba sacando el dinero frenó otro coche junto al primero. También con un negro al volante, solo que este con una escopeta. El primero estaba en el umbral de la puerta y se disponía a entrar. El segundo, de repente, le voló la tapa de los sesos. El primero se abalanzó al interior de la tienda.

—¡AAAAAAAAAHHHHHHHH! —dijo—. ¡OUUUUAAAAAAAAAAHHH!

Entró acompañado de una nube de sangre, carne y pelo negro, y de una explosión de cristales. Pegotes por todas partes, las paredes, las cajetillas de tabaco del estante del mostrador y hasta en el horno recalentado del pollo frito. Yo era muy aficionado a ese pollo. El tipo avanzó trastabillando por el pasillo de los detergentes.

—¡OUAAAAAAAAAAAAH!

Me quedé inmóvil con el dinero en la mano. Me había equivocado. Al final no le habían volado la tapa de los sesos. Lo que pasa es que no tenía un solo pelo.

—¡AAAAAAAAAAAAAAH!

Se retorcía como un pez fuera del agua. Llegó a rastras hasta el final del pasillo, se abalanzó sobre dos de aquellas mesas en las que la gente se sentaba al mediodía a disfrutar de sus barbacoas (donde me había sentado hacía unos minutos) y se desplomó en el suelo. Miré al exterior. El otro negro había regresado a su coche con la escopeta y estaba saliendo marcha atrás del aparcamiento. No pude ver a Miss Sheila por ninguna parte.

—Cóbreme la cerveza para que pueda largarme —le dije a la mujer que se había agachado tras el mostrador—. La poli no tardará en presentarse.

El negro se levantó del suelo y avanzó por la zona de carnicería.

—¡AAAAAAAAAAAAAAH!

Se estrelló contra las cámaras frigoríficas dejando enormes huellas de manos ensangrentadas en los cristales. Se dispuso a recorrer el

pasillo de las cervezas hacia nosotros.

—Venga, señora —dije—. Cagando leches.

Chocó contra un montón de paquetes de salchichas de Viena y de Moon Pies, luego contra las galletas y el pan tostado. Le chorreaba sangre de la cabeza. Miré hacia una de las cámaras frigoríficas y vi un trozo grande de cuero cabelludo negro que resbalaba por el cristal dejando un rastro sanguinolento. El mismo rastro que iba dejando por toda la tienda, manchándolo todo.

Yo sabía lo que costaban las cervezas. Alrededor de unos seis dólares. No quería bolsa. Pero me demoré un rato mirando al negro. No podía despegar los ojos de él. Se abalanzó contra los caramelos y las bolsas de patatas fritas, llegó a la parte delantera y se tambaleó chocando contra el calentador del pollo, la nevera de los helados y los expositores de revistas.

—¡AAAAAAAAAAAAAH!

Dejé la pasta en el mostrador. Salí.

El tipo de la escopeta había destrozado el local. Todas las cristaleras hechas añicos, hasta había marcas de disparos en los ladrillos. Y en los dispensadores de periódicos. Había masacrado al *Oxford Eagle*.

Cuando volví a mirar, el tipo ya había alcanzado el mostrador tras el que se ocultaba la vieja y se debatía sobre la caja registradora. Sheila ni estaba muerta ni había sido asesinada.

Le pregunté:

—¿Estás bien?

Estaba acurrucada en el suelo del coche. Me miró. No tenía buen aspecto.

—Pensé que habías muerto —exclamó—. OH, DIOS, ¿CÓMO HE PODIDO SER TAN IDIOTA?

Dejé las cervezas en el asiento de atrás y me subí.

—Deberías sacar este puto cacharro de aquí a toda pastilla —dije. Extendí el brazo hacia atrás y me pillé una cerveza. Podía oír las sirenas. Ululaban a lo lejos. Ella se aferró a mí.

—NO VOY A DEJARTE POR NADA DEL MUNDO —gritó—. NO VAS A LIBRARTE DE MÍ.

—Te repito que lo mejor será que salgamos de aquí echando hostias —le dije.

—Cuidado —gritó.

Miré. El negro herido acababa de salir tambaleante por la puerta en la que ya no había puerta. Se abalanzó sobre el coche.

—¡OUAAAAAAAAAAAAH!

Nos llenó de sangre. Aparte de eso, me pareció inofensivo.

—Lo que te quería decir es que a lo mejor tendríamos que ver la

tele juntos más a menudo —me dijo ella—. Si no te pasaras tanto tiempo escribiendo…

Los polis llegaron dando voces al aparcamiento. Con las escopetas apuntando por las ventanillas. Cinco o seis coches patrulla. Uniformes azules, corbatas de nudo perfecto y placas relucientes. Se habían quitado los sombreros. Gafas de sol resplandecientes. Resultaba evidente que, ahora que habían sacado sus armas, estaban ansiosos por disparar. El negro seguía apoyado en el coche, jadeante. Supe que no iba a poder acabarme mi cerveza. Oí el percutor de las escopetas. Alcé las manos y la botella. Señalé a Miss Sheila y dije:

—Ha sido ella.

DIRTY WORKS

— Est. 2014 —

dirtyworkseditorial.com